

EL MIEDO ES UN NEGOCIO

FERNANDO JEREZ



quimantú

PROLOGO

A partir de la nueva fase en la lucha de clases en Chile, que inaugura el gobierno de la Unidad Popular, los escritores han oscilado en dos tendencias. Aquellas que estiman que para escribir sobre la gesta chilena se necesita la maduración de los acontecimientos más cierta perspectiva histórica, y la de otros que reaccionan sobre la marcha a los múltiples estímulos que la realidad dispara. En uno y otro caso, sobre los escritores pesa el fantasma de una larga discusión sobre el sentido de una literatura comprometida con el cambio social. Hay en esta polémica una fácil tentación de identificar compromiso con panfleto, y tal vez no falten razones para argumentar de modo tan desafortunado. En efecto, muchos poetas y narradores han creído que bastaba dar rienda suelta a sus emociones políticas para que por obra y gracia de la sinceridad y vigor de su canto se transformara éste en una obra de arte. Muchos de ellos han experimentado con dolor la distancia que hay entre la manera como ellos sienten el poema y el modo como el público lo escucha.

Peor es el riesgo al que se somete el escritor comprometido cuando nada en la misma pileta que sus lectores. Cosa bien distinta es hablar sobre el aroma de las flores acuáticas que adornan los senos de las sirenas que sobre el asesinato del general Schneider, o el sabotaje a las industrias del área social, o los actos terroristas, o la "marcha de las cacerolas". En el caso

de la literatura comprometida, en la acepción que la entendemos aquí, es importante que sus temas sean comunitarios. Es decir, que los lectores estén incluidos en el asunto de la ficción. El narrador tiene que darse mucha maña: él está recortando un segmento de una realidad que los lectores ya conocen de algún modo. La han visto en la televisión, la han oído vocear por los canillitas, la han analizado en las reuniones políticas, la han recordado y discutido en tertulias familiares. Este conocimiento global de la materia que tiene el lector chileno, en cada caso lo autoriza para decir: "Este escritor no agarró el asunto", o "Es la realidad, pero deslavada", o más frecuentemente: "Simplificó la verdad, hizo esquemas. Divide al mundo en negros y blancos. No captó la complejidad de la situación".

Cuando Fernando Jerez decidió centrar su novela sobre el pánico financiero que los sectores reaccionarios desataron sobre Chile después del 4 de septiembre, tiene que haber pesado muy bien estos riesgos. Y, con toda certeza va a tener que pagar el precio de ciertas críticas (no literarias, sino sociales). Pese a lo rápido de los acontecimientos, aún recordamos cómo se encadenaron. Está fresco el discurso de Zaldívar en la televisión, los retiros de depósitos, los autos y casas a precio de huevo, la histeria antimarxista que ya veía tanques rusos paseando por Provi y niños famélicos de buena familia esclavizados en Cuba. La industria del terror en pleno. La industria del terror psicológico, que luego, muy luego, fue terrorismo y en seguida fascismo.

Jerez fue testigo privilegiado de estos sucesos. Con una larga trayectoria de empleado bancario, tenía una fuerte dosis de observación a su haber como para imaginar situaciones novelescas posibles. Desde su experiencia podía visualizar con verosimilitud las alternativas del pánico financiero, los temblorosos capitalistas que inundaban los pasillos de todos los bancos buscando salvar las razones de sus existencias.

Pero más allá de la anécdota política, Jerez se

preocupó de atender el impacto que sobre los trabajadores bancarios ejercía esta maniobra. En cada nivel, jefes, despachadores, secretarias. De lo externo de las acciones, fue a los resortes humanos. Su libro anterior (Déjame tener miedo) había probado que un Banco es un mundo. Por ejemplo, que muchos de esos empleados eran pobres, bajo el simulacro de la tenida Flaño y el corte de pelo Yamil. Que sus aguinaldos navideños en nada se comparaban con las fortunas que un capitalista manejaba en un minuto. Que había un abismo burdo entre los capitales y sus servidores. Abismo que muchos intentan superar en el escalaje social luciendo fachadas grotescas.

Y en esa observación del bancario, Fernando Jerez encontró la fórmula para darle una dimensión a El miedo es un negocio que significara a los lectores implicados una nueva experiencia. Todos sabemos cómo se corroe mundialmente el régimen capitalista, pero ignoramos la forma específica que asume en el empleado de Banco, en su amante, en sus jefes. Es esta información la que mantiene en un continuo alerta esta obra. El procedimiento narrativo intenta aproximarse a la conciencia de los personajes. La voz del narrador tiende a fundirse con la voz de los protagonistas. A decir verdad, el escritor se limita a presentarlos muy escuetamente y ya con la acción iniciada. El desarrollo de la trama corre a cuenta de los personajes.

De allí el carácter un poco desordenado que la novela pueda tener para un lector más sencillo. Como en cada capítulo hablan, piensan, desarrollan la historia distintos personajes, cada uno desde su perspectiva, la anécdota de las peripecias del cheque por 590.000 marcos alemanes tiende a enredarse. Sin embargo, el escritor acepta ese riesgo para entregar la historia desde adentro de los protagonistas. Porque mucho más importante que la historia del grueso cheque es la psicología de los personajes que giran un instante decisivo de sus vidas en torno al documento. A Jerez le interesa mostrar no sólo el lado político de la crisis financiera, sino cómo cada personaje ha llegado a ser lo que

és, el horizonte de sus ambiciones, y sobre todo el modo como se relacionan unos con otros.

Por de pronto, Ramón Barrera, el empleado; Segundo Jiménez, el subgerente; Florencio Costa, el magnate; su socio Astudillo; la rubia Nancy, secretaria de Costa; Carmen, etc., oran, cada uno de acuerdo a su posición, a un mismo Dios: el dinero.

El templo en que se reza a esta divinidad es la sociedad capitalista. Cuando Allende es llevado al gobierno por la votación de los chilenos, los sumos manipuladores del culto sienten que les amenazan su ídolo. Todos sabemos a qué extremos llegan en su defensa, y es vano repetir la historia. Lo que sí conviene señalar es cómo el precio de este culto ha ido pudriendo la personalidad de cada uno de estos tipos sociales que aparecen en la novela, cómo cada paso en el escalaje de la sociedad capitalista aumenta el miedo y los aleja de la dicha que creen poder comprar. Florencio Costa, el magnate, el que ha llegado más alto, no puede confiar en sus propios hermanos "democráticos" (léase "fascistas") que él ha impulsado para reaccionar contra el pueblo. El socio es su enemigo. Cada paso en defensa del dinero lo expone más a la traición. Termina atrapado en las propias redes que él fabrica. El dinero no tiene sentimientos. El supermacho que es Costa, el hombre que ha comprado esposas y amantes de distintos pelajes y edades, debe experimentar su impotencia, su mujer alcohólica, el engaño de la madurona Pepy.

Paso a paso, cuando los personajes creen avanzar, se hunden más en la degradación. Nancy (típico retrato de la secretaria trepadora) tiene un sueño. Su verdadera vocación es ser bailarina. Su sueño luego se relativiza: le gustaría ser bataclana. A este posible destino la lleva la valoración que hacen los hombres de su cuerpo. En el sistema, la mujer es un cuerpo que hay que usar. Para ello le cuelgan encima collares, vestidos, tocadiscos, boîtes y restaurantes. Esos son los camelos con que se les impide su realidad de "ser humano". El objeto Nancy debe renunciar hasta a la

aspiración degradada de ser bataclana. Su destino de "querida" profesional es inevitable.

El personaje central de la novela, Ramón Barrera, de origen humilde, expresa mejor que nadie lo que son las relaciones humanas en el sistema burgués. Actos de dominio de unos por otros. Los personajes se fagocitan. Barrera se deja comer por su propio anhelo de volver a su pueblo natal con un auto y una rubia. Así vengará la explotación sexual a la que lo ha sometido su tía espinilluda y su origen pobre. Cree encontrar el amor en Nancy, pero Nancy, que es objeto para Costa, lo utiliza a él, lo hace objeto. Barrera a su vez hace objeto a Marcos. En ningún momento Ramón Barrera visualiza una salida al encadenamiento del sistema. En vez de reventar a la sociedad, revienta las espinillas de la espalda de Remigia. Desde ese momento sucumbe al hábito de vivir en un país "que estaba a punto de convertirse en algo deliciosamente loco", hasta que llegaron los marxistas para echarlo a andar. En el Capítulo Cinco, ni siquiera lumpen puede ser. Prefiere otro destino: el del pequeño bandido que sueña con ser gangster. Opta por el bandidaje legalizado en la sociedad burguesa. El robo que no se purga mientras esa sociedad mantiene sus cimientos legales, su propia justicia, su capacidad represiva.

En esta obra nadie toma el punto de vista de la fuerza política de la izquierda. Jerez no ha querido construir héroes que pudieran resultar acartonados. Ha preferido que sea la fuerza social del pueblo, sentida por sus personajes, la que los desnude. La que los exhiba en toda su esplendorosa miseria. En este trabajo autodesenmascarador de cada personaje, en la exhibición de sus recovecos íntimos, de sus alienadas existencias, se siente con vigor la fuerza revolucionaria que eriza sus cimientos. Como la piedra tirada en medio del lago, las ondas se expanden y conmueven toda el agua. Desde el traficante internacional hasta el último suche arribista. Desde la secretaria de la oficina que sueña con Miami mientras se deja meter los

dedos en el vientre para comprar ese sueño que no le dará la dicha, hasta la señora del patrón.

Desde el punto de vista de la estructura del relato, es interesante señalar que el autor no adopta en ningún momento una actitud didáctica. No pretende adoctrinar: muestra. Repartiendo la narración indirectamente en cinco personajes del juego de sus perspectivas, se deja sentir la amenaza del mundo construido sobre la alienación de un sector de los trabajadores de cuello y corbata y la explotación de la clase obrera. Todo esto, con un tipo de anécdota, que no desprecia los recursos de la novela policial, donde hay enigma y tensión.

Con esta obra, Fernando Jerez ofrece un fruto temprano del proceso. Ha sabido arriesgarse en una materia revuelta sin las cautelas estetizantes que pregonan teóricos que no salen a la cancha. Un dato que hay que considerar al juzgar esta obra.

ANTONIO SKÁRMETA.

Me entró por la ventanilla el ruido del disparo.

UNO

SEGUNDO JIMENEZ

El 2 de octubre de 1970 se presentó en el Banco. En el mesón esperaba con cierta insolencia, vestido con un traje negro a listas claras, un traje nuevo, seguramente un traje que no había sido expuesto a la rutina de los dobleces al sentarse. Pero la chaqueta no ajustaba bien en los hombros estrechos del cuerpo alto y delgado. Segundo Jiménez vio al hombre desde su escritorio después que el despachador le consultara un cheque por quinientos noventa mil marcos alemanes. Un hombre de negocios que disimula el pánico del momento, pensó Jiménez cuando pudo darse cuenta que la cara delgada, con un bigote espeso bajo la nariz ancha, le miraba como diciéndole si tenía que responder alguna pregunta sobre el negocio que proponía. Luego, el hombre traspasó su atención sobre la jovencita que había entrado apoyando con el brazo a una anciana. Jiménez timbró una solicitud de crédito, pero no estaba de humor para quedarse sentado en su escritorio, no se podía estar sentado tranquilamente cuando el hombre del mesón, la jovencita, la anciana y toda la gente que venía al Banco no

lo hacía impulsada por necesidades bancarias, sino que bruscamente una carga de angustia mal disimulada movía las piernas, los brazos y los ojos de la clientela. Un atado de nervios que se enredaban en el hall del Banco. El despachador del mesón dijo que tenía todos los documentos del hombre, carnet en la mano, y deseaba que el Banco le pagara el cheque por quinientos noventa mil marcos alemanes en billetes dólares estadounidenses. "De los billetes buenos", había dicho. Segundo Jiménez comprobó aparatosamente contra la luz de la ventana que el cheque era exactamente igual a los centenares de formularios prolijamente impresos que el Deutsche Ueberseeische Bank, Sucursal Köln, Alemania, hacía circular por todo el mundo. Un cheque de mierda, como las cien o doscientas solicitudes de clientes que tenía sobre el escritorio, con las que se proponían retirar los dólares depositados en cuentas de ahorro a plazo, y debía darles el visto bueno con rapidez, como un apóstol o un Cristo salvando condenados, resucitando muertos, curando insomnios, antes de las once de la mañana, cuando se produjera la mayor afluencia de público.

El 5 de septiembre la desvelada gerencia del Banco lo había llamado para decirle dramáticamente que estimulara los retiros de dinero, porque el Banco estaba dispuesto a defender la democracia. La débil situación de caja justificaría la supresión de todos los préstamos y convencería a la opinión pública de que no se podía esperar nada bueno de los marxistas, ni menos de un gobierno que destaparía a un grupo de ignorantes improvisados. Antes de asumir ya envenaban de terror a la gente de trabajo. Segundo Jiménez, en su puesto de subgerente del Departamento de Comercio Exterior, recibía un sueldo mensual que lo llenaba de satisfacción y agradecimiento, y cada seis meses le traían un cheque de cincuenta mil escudos, correspondiente al reparto de un porcentaje de las utilidades de la Empresa, momento de su pasado feliz en que ocupaba todo el resto del día en pensar cómo los gastaría. Estaba agradecido del único, del *magnus*,

estaba satisfecho con su país que le presentó la oportunidad de comprar un departamento en la calle Providencia y un Mercedes Benz 1970 que lo trasladaba a las *discothèques* más apartadas del centro de Santiago. Ahora, achatado por la amarga realidad de un gobierno que cometería los mismos o peores crímenes que diariamente daban a conocer las revistas nuevas que han aparecido mostrando a Checoslovaquia, Hungría, Cuba, la Unión Soviética, siente que el temor le muerde los intestinos. Puede ver a tantos hombres más afortunados que él retirando previsoramente sus depósitos en moneda extranjera para cobijarlos amorosamente en los Bancos norteamericanos. Uno de ellos era ese hombre que traía un cheque por quinientos noventa mil marcos alemanes. Chile se conmovía en las manos ansiosas de los clientes que gritan en el mesón a este nuevo empleado, increíblemente parsimonioso e ineficaz, que no puede comprender que la clientela teme a los espías de Salvador Allende desparramados por todo el país. Pero no sólo este empleado es miope. La directiva de la Federación de Estudiantes, embolinada con las revoluciones, estaba llamando a sus socios para que se mantuvieran movilizados en defensa de la victoria comunista. Allí mismo, cosa increíble, en el lujoso e inmenso Departamento de Comercio Exterior del Banco, se instalaba un anticipo de miseria, las preguntas que hacían derramaban amargo porvenir, nada más que desgracias, las bocas despegando la gelatina de las noches en vela: si el Banco les retornaría los depósitos en los mismos dólares que habían traído, si informarían al Banco Central que ellos habían estado allí firmando papeletas sobre la desconfianza y el temor o sobre el repudio al nuevo gobierno. Pero talvez todo se reduzca a una desdicha pasajera y vuelvan las risas, los negocios a-tercio-pelados. Cuatro bombas habían estallado anoche en diferentes lugares. La población despertaba pensando que no se podía vivir entre los estallidos de violencia y los políticos más serenos declaraban reiteradamente que era ridículo pensar que el proceso electoral hubiese

finalizado. Allende había obtenido unos pocos votos más que Alessandri y el Congreso decidiría entre los dos candidatos. El estómago era la zona de Segundo Jiménez marchitada prematuramente, así es que crevó tener clavada una bomba que pronto le haría hila-chas la red de intestinos. La gente hacía señales solidarias en los pasillos, cada cual se esforzaba por aparecer más dañado, los industriales los comerciantes, los importadores, los hombres que habían creado grandes empresas y que esperaban marcharse del país. La ilusión de ser él quien poseía miles de dólares para combatir el terror marxista le molestaba el cerebro, la amargura se instalaba en su escritorio junto a las ganas de huir lejos del país. El despachador del mesón esperaba la respuesta. Este despachador había venido a sustituir a Diego Arcarás, despedido por descortés con él, y su filiación política era una incógnita. Pablo Mena, jefe de Informes, no le prestó interés a Segundo Jiménez cuando le sugirió contratar empleados reconocidamente anticomunistas. Mena era una mierda que hacía las cosas que se le ocurrían a él no más y ahora podía suponer que el despachador surgiría una mañana cualquiera con un grupo de matones comunistas a hacerse cargo del Departamento. Le sonrió con amabilidad al despachador, una sonrisa de cortesía amplificada. "El cheque está girado por un particular", le había dicho el despachador. Entonces Jiménez calculó mentalmente los quinientos noventa mil marcos alemanes por su valor en escudos, pero tuvo que rectificar el resultado multiplicando por tres veces, hasta aproximarse al precio delicioso de la moneda extranjera en el mercado clandestino. "Dígale al señor que nuestra existencia de billetes es casi nula, que vuelva en una semana más, entonces podremos atenderlo. Antes debemos consultar el documento a los alemanes."

Sin embargo, todos no estaban de acuerdo con la estatización de los Bancos. Influyentes políticos declaran en la prensa que están estudiando un proyecto de reforma bancaria en que los intereses de Segundo Ji-

menez serán perfectamente garantizados. Podría seguir en su puesto, tal vez con un leve aumento de sueldo. Que éste no disminuyera era casi mejor de lo esperado. Pensar en el futuro lo exponía a equivocarse al firmar los documentos o al calcular los cambios, y, entonces, el Banco podría volverse contra él. Pero no era justo considerar esta posibilidad con rencor, porque el bienestar de él se lo debía al *magnus*. Y entre las ideas que saltaban en los timbres fechadores y el papel enrollado de la máquina de calcular y los recovecos de su apetito por saltar las fronteras de Chile, distinguía aquellas que tenían relación con el status sexual. La sociedad burguesa, aquella hermosa y tranquila sociedad en que vivía, estimulaba los sitios donde se depositan las posibilidades de placer de la condición humana, pero los allendistas decían que, de entre todos los vicios, el afán de lucro y el sexo era lo que más agradaba a las sociedades corrompidas. Pues bien, últimamente él había hallado una buena picada: las habitaciones arrendadas por horas, adornadas con un gusto exquisito (generalmente él las contrataba de nueve a doce de la noche), de tal manera que existía en Santiago un perfecto equilibrio sexual, una reconfortante serie de oportunidades para llenar el apetito y ponerse en la expresión más cercana a lo que es el hombre sin pantalones, libre total de guardarse los deseos. ¿Qué haría él si el gobierno de Allende se pronunciaba por la Propiedad de Uso y ya nadie pudiera mantener la propiedad de departamentos que se ofrecían a cambio de poco dinero a la ciudadanía y que ésta tomaba tal vez ignorando que con su actuación secreta en el interior de los recintos contribuía a mantener la paz sexual, sin la cual se hace difícil mantener la paz social y la productividad del trabajo? Había pensado también que las cosas como estaban establecidas contribuían a la moral pública. Era necesario hacerlo a escondidas, porque los intrusos desde su lejanía sólo ven una superposición asquerosa de esqueletos humanos voluptuosos, como un sórdido desparramo de miembros que se dilatan y contraen al mero

tacto, sin darse cuenta que en el fondo de su visión había ideas y proyectos por hacer y otros ya frustrados en ambos cuerpos, no sabían que a veces se baraja un infortunio en pleno coito, o se define la personalidad de un sujeto y muchos otros fenómenos importantes para la subterránea tranquilidad de un país. Entonces, obligados por la Propiedad de Uso, sería obligatorio trasladar los deseos a los parques y a las plazas, alentando la moral basada en exteriorizaciones, tal vez anulando, por ser tan evidente, la ambición sexual de la juventud, y en vez de la temida explosión demográfica sería fácil encontrarse de improviso ante la última generación de chilenos, sin posibilidades de renovarse. Y entonces se acabarían también los comunistas.

El despachador vino a decirle que había tomado nota de la serie y del número del cheque y que el hombre deseaba apurar la operación, por lo que sugería el despacho de un cable muy urgente al Banco alemán. Temía que un comando allendista lo despojara de su dinero o de la vida en cualquier momento. Entre la problemática sexual y los Certificados de Depósito a Plazo, Segundo Jiménez dictó lo siguiente: SEÑORES DEUTSCHE UEBERSEEISCHE BANK A.G., FILIALE KOLN, DEUTSCHLAND. TENGAN LA GENTILEZA DE RESPONDERNOS POR LA MISMA VÍA SI FONDOS CONFORME CHEQUE SERIE XGH NÚMERO 4367897 DE LA CUENTA J-4524879 POR MARCOS ALEMANES QUINIENTOS NOVENTA MIL. GRACIAS.

Le costaba admitir a Segundo Jiménez que unos barbudos desaliñados y violentos pudieran venir a sentarse en los sillones de cuero de su oficina, marcando con la mierda de sus botas la roja alfombra de la antesala por cuya superficie todas las mañanas una cuadrilla de asistentes deslizaba la aspiradora de polvo y luego la escobilla eléctrica para volver el pelaje a su dirección de fábrica. Esa gente iba a controlar a los ejecutivos, y a los empleados los mandaría a trabajos voluntarios, razón que él tenía como suficiente para prever la descomposición violenta del orden existente en materia de *relaciones*, manifestación rotunda de

una sociedad libre. Algunos ingenuos le habían dicho que con los trabajos voluntarios los hombres casados andarían mejor, porque solamente se producirían alteraciones de horario en todas las actividades, pero eso llevaba en sí una ventaja que era necesario explotar, ya que después de los indefinidos trabajos seguramente se haría la noche y la justificación para llegar a casa cubiertos de sombras sería amplia y convincente, y hasta enternecedora. Pero a él no lo mueven con argumentos simples. Sabe positivamente que los modernos revolucionarios chilenos no han descubierto que el coito es la etapa-suprema de una aspiración espiritual y que el espíritu se anda trayendo en el cuerpo, de tal manera que el cansancio de los trabajos obligados por las macanas del aumento de la producción sería un obstáculo insuperable para avanzar en las etapas más sutiles del arte sexual. Carmen trabaja dos pisos más arriba, en el Departamento de Cobranzas de Documentos Descontados, y ella le ha dicho que no les tiene ningún temor a los comunistas. Habla con una degenerada irresponsabilidad; lamiéndole las orejas, le dice "debemos seguir amándonos, Segundo, porque los comunistas no son ningunos santurriones, nada de eso tienen. Aman y descan, hasta los curas aman y desean, entonces los allendistas se las arreglarán para mejorar el mundo, no para descomponerlo". Eso dice Carmen, pero es una mujer que no mira más allá de los besitos y los lengüetazos en las orejas, o es que ella se ha acostado con algún comunista, o piensa que podrán seguir haciéndolo en su departamento y que las vecinas viejas no van a reclamar por la moral que tienen ellas.

El despachador del mesón trajo el cable y Jiménez puso su firma, que parecía una cola de gato achicharrada. Luego se puso a meditar lo que seguiría después si los barbudos y mierdófagos de la Unidad Popular llegaban al gobierno. Eso estaba por verse todavía. Seguramente lo interrogarían al lado del resto de los ejecutivos, que si no se mea en el gobierno, que si se cagó alguna vez en el gerente del Banco, y qué

le parece la Unidad Popular, compañero, pero no, señores. . . , perdón. . . , compañeros de la Unidad Popular, no he tenido tiempo para leer el programa del gobierno. No podría decirles a esos rufianUPes que el destino lo había puesto en medio del amor al dinero, que él no era culpable de lo que hacía el destino, y jamás había tenido dinero en abundancia, el amor sí, pero el dinero no. Que todavía no terminaba con las letras del Mercedes 1970, su automóvil color naranja, ahorado y todo, como auto de lolo.

Y era Carmen la que se le venía encima de sus pensamientos, Carmen u otra mujer, si alguna vez ella lo abandonaba, Carmen, convencido de que el amor tenía que concretarse tan libremente y de forma tan necesaria como las opiniones, los deseos de trabajar o de vomitar billetes, si alguien deseaba ganar hasta hartarse. Y luego, viene el despachador del mesón con más papeletas de retiro de dólares y el pensamiento de que los mierdófagos lo obligarán a casarse con Carmen.

DOS

RAMON BARRERA

Te habrás dado cuenta cómo es la risa de uno a los catorce años. Yo me había reído toda la tarde, me reía con nervios esperando el minuto en que vería a Inés. En las estanterías del almacén se apoya mi padre ladeado como un buey, se rasca el cuello, sigue los movimientos de mi mano, que tratan de alisar el cabello, y dice "¿hasta cuándo friegas, mierda? O trabajas o te mandas a cambiar de la casa, lo demás son huevadas". Esto es lo que me da asco, y esos clavos enterrados en las paredes del almacén, y el olor de la parafina, las trenzas de ajos, las tiras lanudas de polvo que cuelgan de las vigas, todo lo que es distinto a Inés y de la canalla de Nancy, ¿no te parece?

Esto que ando todos los días es Lo Miranda. Antes de Inés pensaba que aquí estaba el mundo entero, pero después sabría que Lo Miranda es como uno, cansada Lo Miranda de estar sobre lo mismo siempre. Sabría que en otras partes había grandes salas de cine, que había oportunidades de besar a muchas chiquillas y que todos los ricos vivían lejos de Lo Miranda. Hago mi camino agarrado de un miedo gordo de acercarme a Inés, ella ha venido desde la otra parte del mun-

do, y estoy avergonzado también de la tela gastada de mi pantalón corto, demasiado ancho. Te lo digo así, todo, para que sepas el entero de las cosas, para que no andes después pensando en parcialidades de mí. Pienso que mi pantalón y los zapatos de suela molida, de cuero raspillado, desaparecerán cuando la tía Remigia me lleve a la ciudad, si es que la tía Remigia tiene palabra. Tía Remigia es la más joven de las hermanas de mi madre, siempre me regala cigarrillos Monarch cuando voy a su casa, después de almuerzo, a la hora en que Lo Miranda está más inmóvil que nunca, dormitando hasta las ocho, cuando vuelven los hombres del campo, unos quince minutos antes que pase la micro que viene de Rancagua. Inés se moviliza en Santiago en automóvil, así dice.

Con paciencia llegaremos a los dólares. Vamos a servirnos unas aceitunas y un gin con gin, no tengo whisky. Cuando veas a Jiménez, seguramente tomarás un whisky. Voy por los cubos de hielo. Ya ves, tengo veintinueve años y no quiero más líos, no quiero que me disparen desde cualquier rincón. No será ésta la última vez que me veas, así es que paciencia.

Entonces yo ando esto que es Lo Miranda, que no es nada al fin, a encontrarme con Ines, y pienso que es mejor no irse con la tía Remigia, talvez sin la ayuda de nadie pueda tener un auto y buena ropa, y ella no se va a disparar muy lejos amasando pan. ¿Cuál es la mejor forma de abandonar la jaula que forman las estanterías del sucio almacén? Poco me importará que la tía se muera de calor, no me importará nada, es mucho mejor pensar en la idea de sentarse pronto en un auto, rodeado de miles de vehículos en una calle de cemento, y dar vueltas a la perilla de la radio hasta que salga la voz de un cantante de México y recordar con los Beatles, los Bee Gees, Tom Jones. Eso sería como cambiar el cielo, no mirar nunca más las mismas estrellas de las noches de Lo Miranda, aquellas que cuelgan de los faroles mejor, entrar a las tiendas y hablar bien fuerte con los empleados sobre el color y la tela de un pantalón, con esa voz amari-

conada que tiene el papá de la Inés. Antes de ella no sabía nada, no había sentido eso de caminar por la tierra acalorada cargando un atado de leña, con los ojos cerrados por la costumbre del cansancio, no me había dado cuenta que los mirandinos caminábamos por el pueblo seguros de no encontrar nunca una sorpresa, y que en esa larga fila estoy yo como un puntito negro, pensando que no merezco a Inés, que nunca la mereceré, porque así me tocó en el sorteo, porque eso es lo que dice mi padre en el horrible almacén pasado a carburo y parafina, y mi padre mueve sus manotas grasientas para rascarse dos o tres pelos de mugre que le quedan en la cabeza.

Ya sabes lo que pienso mientras voy a ver a Inés. Rubén me mira de lejos, debo parecerle raro tan peinadito, los zapatos lustrados. Pero aquí no puedes sacarte el polvo, se te mete en las orejas, en las narices, uno se suena y sale más barro que mocos, se pega en la piel. Tres días atrás, Rubén me ha golpeado para hacerse el hombrecito a la salida del Club Deportivo. Me golpea a cada rato por el puro gusto de pegarle a la gente. De lejos me lanza una piedra. Mariconazo, un día le botaré los dientes a todo Lo Miranda con mis dos pies encima de su hocico. Inés ha roto mi largo sueño, y, despierto como estoy, no me siento bien. Ella no es de Lo Miranda (es curioso, nombro a Lo Miranda y aparece el miedo, un poco de vergüenza y una sensación de picazón en los pies que me empujan al pueblo, pero habrá que esperar), Inés ha venido a pasar el verano con su padre, Néstor Gall, y, desde entonces, desde la primera vez que la vi, pensé que sus catorce años eran como veinticinco de las muchachas de Lo Miranda y que acá todas sacan las mismas caras feas de sus padres, casi son las mismas personas las que nacen y mueren todos los días, por eso en Lo Miranda la tía Remigia es de lo mejorcito. Don Néstor Gall pasea todos los días en su coche de caballos por el pueblo. Lo miro con respeto, podría ser mi padre un día, el hombre que me daría todo el dinero para comprar un auto. A veces me viene la idea

de poner en el coche a mi padre, pero de cualquier forma queda mal, se ve asquerosamente mal el viejo cochino. El saludo de mi padre agitando sus manos aceitosas nunca sería como el elegante movimiento de manos del señor Gall, y todo el pueblo veía la diferencia con los hombres de Lo Miranda, pero nadie se preocupaba mucho.

Cuando llegue donde Inés dejaré caer suavemente las manos en sus hombros, disimularé el temblor bajo su larga cabellera lisa y esperaré una mirada suya para besarla, y cuando ella sonría moviendo sus tetitas puntiagudas, quizás pueda controlar los tiritones míos, entonces la invitaré a pasear a la plaza, pero iremos a cualquier calle, a cualquier potrero, y en el suelo o en el pasto sabrá quién soy yo, sabrá cómo la quiero y el viejo cochino sabrá que no soy ninguna mierda. Mañana no tendré cara para mirar a la tía Remigia. La tía me quiere, siempre anda con la preocupación de que no esté de lleno bajo el calor del mediodía, porque dice que de ahí vienen las enfermedades. Ha cosido con sus manos mi pantalón, un pantalón asqueroso, porque piensa que voy a crecer más todavía, piensa que cuando llegue la hora de cambiar el pantalón tal vez estará tan empobrecida como mi padre, por eso hace mi ropa imaginándose el futuro. La tía Remigia aparece en mi recuerdo como la lumbre de una vela de pronto débil, de pronto erguida y firme. Perdona, pero te voy a contar algunas cosas de las que siempre me acuerdo. Por ejemplo, aquella vez ella estaba sentada en la banca de madera, a la orilla de la pista, sobre el límite de la cancha de básquetbol. Era una fiesta bonita y casi todos ya estaban borrachos. Pero ella intentaba disimular su tristeza mientras miraba cómo yo bailaba con Inés, cómo bailaban todas las mujeres, y ella se mordía los labios amargamente cada vez que las parejas en una vuelta o en un retroceder amenazaban pisarle sus zapatos de tiras que guardaba todo el año en el armario, al lado de una muñeca de porcelana despedazada, en cuya base de cartón venía según contaba, un montón de bombones comprados

en Santiago. Yo la comprendo ahora casi quince años después, entiendo toda su tristeza, y ella me dijo al final del baile. "qué bueno que andes con gente rica, así se sube".

Ahora quiero que nadie me vea, que hables lo menos posible de mí, pero, si has de hablar, llena hartas páginas, no te andes a medias tintas. Los viejos de Lo Miranda, sentados en los corredores, como siempre, se acordarán del hijo del almacenero y de alguna manera, para los que saben leer, llegaré hasta ellos, no como quería, claro. Eso por lo menos cambiará a Lo Miranda, eso de verme en un Mercedes Benz. Tengo ganas de llorar. Antes de salir del almacén me he mirado al espejo y no me gustó mi cara. Nunca me ha gustado. Creo que la cosa está por la nariz, o el color de la piel, algo que no mejora nunca. No le darán ganas de besarla a Inés, porque no tiene un color parejo, algunas extensiones considerables son todavía más oscuras y el vello que sigue a las patillas da un aspecto de suciedad. La nariz la quisiera más angosta. Entonces, me doy cuenta que Inés ha venido por el verano, que esto se acabará y quedaré solo en Lo Miranda. Pero de pronto dejo de ser yo mismo, entro sorpresivamente por el pasillo, calculando en puntillas cada paso, tengo que evitar los ruidos. No está el coche, así es que don Néstor debe haber salido. A lo mejor no es necesario llevarla fuera de casa. Ella está escobillándose el pelo frente al espejo y la empujo un poco hasta afirmarla en el borde de la mesa. Me besó. Luego pienso que todo se acabará y la dejo libre, no puedo saborear nada sin pensar en lo que vendrá después. Maldición. Me dan ganas de llorar de nuevo, pero no me explico el motivo, si es por la felicidad, si es por el miedo, la vergüenza, no sé. Le abrí la blusa y la acaricié bruscamente, le mordí la oreja mientras la apretaba contra la mesa. No dejaba de moverme, no podía dejar de moverme, porque eso no depende de uno. Y le digo "¿por qué te dejas?", y ella me empuja hacia atrás y dice "para no aburrirme, estúpido, pero igual me aburres".

Pronto me encuentro de nuevo caminando por Lo Miranda. Al lado del templo de los protestantes —una pieza pequeña y humedecida por la acequia que corre atrás— está el bar de Manuel. El Viva Tuto, un loco inteligente, está en el templo confesando un sueño que tuvo con un león. Atravieso rápidamente la luz que cae desde la puerta y entro al bar. No sé cuánto tiempo estuve bebiendo, pero lo último que recuerdo es que el león le tenía clavadas las garras en el pescuezo al Viva Tuto y que Dios había corrido con su arco y le apuntó a la fiera en el hocico. Era lo que me gustaría hacer con Lo Miranda. Cuando despierto, le digo a don Manuel que estoy bien. Es la madrugada y avanzo hacia el dormitorio apoyándome en las estanterías del almacén. La parafina casi me hace vomitar. Es molesto moverse en un pantalón mojado, mi único pantalón que no pude salvar cuando fui a orinar a la acequia del templo. Tía Remigia arreglará todo lo malo, estoy seguro que lo hará, siempre que no quiera acostarse al tiro, o si ella no está nerviosa y se le ocurre echarse de guata en la cama para que le raspe los sarpuñados de la espalda. Tenía mucho frío y al acordarme del calor del mediodía me helaba mucho más. Me detuve en el espejo a ensayar sonrisas, movimientos de labios que pudieran servirme más adelante con Inés. Fui a las estanterías y saqué una gillete con la que me corté unas pelusas horribles debajo de la nariz. Luego me desvisto y descubro que casi todo mi cuerpo está sembrado de sarpuñidos. A lo mejor me los pegó la tía Remigia. Lo que hice fue rayarme de sangre con la gillete. Hay algo que se me ocurre, pero que no puedo entender: por qué la tía Remigia, que es joven, tiene las asentaderas tan anchas y las espinillas chiquitas. “Ráscame la espalda —me dice casi todos los días—, más abajito más abajito, mucho más abajo.” No me opongo nunca a empezar ese trabajo, me da mucho gusto reventar las espinillas maduras. Pensé: mañana mientras me arregle el pantalón me sentaré detrás de ella y le rasaré tranquilamente la espalda. No se me va a escapa

ninguna espinilla madura para enterrarle las uñas y ver saltar la leche y la sangre. Y le pediré dos cosas: que además de arreglar lo del pantalón me dé el dinero que le pedí dos meses atrás, esa tarde de diciembre en que empezó a caldear el sol como a las tres y se habían ido todos los del pueblo a Doñihue a esperar a la Virgen del Carmen, mientras nosotros nos quedábamos en la pieza y ella empezó a sobarme con la mano hasta que saltó el chorro y el coso cayó sin fuerzas entre las piernas y ella trató de resucitarlo con la boca.

Me voy sintiendo mucho mejor, pienso en Inés, en su aburrimiento, pienso que el aburrimiento no es mío, es de Lo Miranda, y me da asco Lo Miranda, como si estuviera todo pasada a parafina. Mi padre duerme y sé que estoy borracho. Hace mucho tiempo que no me llama por el nombre, no dice más que mierda y se lo pasa siempre golpeando el mesón. ¿Por qué no vivirá con la tía Remigia, que tiene la cara igual a la de mi madre, la boca cilíndrica y partida como la de los chanchos viejos, aunque mi madre no era tan ancha de atrás? Las dos nacieron con un globo enorme en el cuello. Mamá era calladita y trabajadora, hasta que un día el vendedor viajero que pasaba una vez al mes por el pueblo se la llevó en su vieja camioneta. Ahora empiezo a ver mejor a Inés, la cabellera toda a un lado de la cara, la piel blanca y pareja. Delante del espejo imito besos, caricias, pero estoy débil y me río solo, temblando, sobre los ladrillos ahora, junto al tarro vacío de leche en polvo (que me sirve de bacínica) derribado por las manos gruesas, reiteradamente pesadas y aceitosas, de mi padre. Las maneja sin contemplaciones sobre mis primeras heridas.

El hombre caía lentamente, ambas manos en el pecho.

TRES

NANCY

Entre las dos ventanas del living el reloj sonó a las nueve de la noche. Bruscamente la voz del locutor irrumpió sobre la melodía recargada de guitarras eléctricas y baterías. La abuela dijo que durante todo el día habían estado repitiendo el mismo informativo: los terroristas colocaron una poderosísima bomba a unos cuantos metros de un estanque de bencina en el aeropuerto de Pudahuel. El estanque de bencina no se inflamó y el aeropuerto no había sufrido daños. Se temían nuevos atentados, en medio del creciente nerviosismo de la población.

Detrás del sillón una lámpara iluminaba el paisaje de caza real pintado en la pantalla. Ese era el sitio favorito de la señora Clementina. La joven cortó la radio, apretó el botón del tocadiscos y la aguja cayó, haciendo un rasguño que la hizo apretar los dientes. Los Beatles podían superar todo ruido exterior. La abuela todavía sentía demasiado frío ese 2 de octubre de 1970, y, revolviéndose en su chalón, dijo:

—Ahora van a venir los comunistas a asesinarnos, recemos.

La joven cosía una falda de cuero que a la abuela le parecía tan corta y escandalosa que cualquier comunista se iba a aprovechar de ella en plena calle.

—¡Qué ágil! —dijo la joven—, no hay de qué preocuparse, van a asesinar casa por casa.

Dejó la falda sobre el sillón y comenzó a ensayar pasos de baile con sus pies desnudos, tocando apenas la alfombra. Le gustaba mover las caderas como la Miriam Makeba. Tenía veintitrés años y algún tiempo todavía para llegar a ser una gran bailarina, se llenaba de esperanzas y felicidad con aquella música endemoniada y todos sus miembros temblaban con la violencia musical, hasta terminar extenuada circulando en una pequeña porción de alfombra. Se dobló para recoger el diario. CASI VOLÓ EL AEROPUERTO DE PUDAHUEL. Lanzó una carcajada.

—Estos gallos de la Upé están locos, abuela, pero más adelante se volverán más locos. ¿Cómo quieren hacer creer que los alessandristas o los freístas, que son gente decente, van a andar colocando bombas?

—Nos van a matar a todos, a todos los que no los queremos —dijo la abuela.

A la abuela la torturan estos tiempos, la acercan al fin del mundo, pero a la muchacha parece no importarle.

—Si sigues hablando así, abuela, te vas a quedar sola. De eso estoy completamente segura.

—Perderás tu trabajo en la oficina —dijo la abuela— por coqueta o por los comunistas. ¿No te lo ha dicho don Florencio?

—Bueno, abuela, te ves mejor con la boca cerrada.

—Eres irresponsable hasta decir basta. Está bueno que te lo lleses soñando con puros vestidos y con bailarinas. A tu edad no empieza ninguna bailarina. Casi todas están terminando, si no son buenas

O —¿quién habla de terminar?, ¿sabes qué más?, te voy a golpear con una noticia, te voy a decir lo ágil que eres, vieja. En poco tiempo más, muy poco, todos mis sueños serán realidad, pero tenemos que po-

nernos de acuerdo en algunas cosas. Por ejemplo, yo hago mi vida y tú barajas la tuya. Puedes vender las acciones y te las arreglas bien, ya está bueno de payasadas. Además, la casa es tuya. Esta no es vida, no te habría gustado vivir siempre con una vieja.

—Hoy estás loca. Toma una tableta de Valium. No entiendo por qué te ves menos con Ramón. Ese muchacho es bueno y sencillo, ¿qué otra cosa puedes pedir?

Pero a la joven no le preocupaba Ramón; porque Ramón estaba bien para una muchacha que se sintiera enamorada, pero no servía para las muchachas que tienen que llenar todo un día domingo y un día sábado, mientras el hombre que les interesa se queda en casa con su esposa y sus hijos o tiene que gastarse las mañanas y las tardes en reuniones incomprensibles. Tal vez el comienzo con Ramón no fue bueno o, como diría la abuela, no estuvo *correcto* ni *decente*. No se advirtió un trabajo previo ni de ella ni de él, algo así como no estudiar nada para nada, como si la Miriam Makeba hubiese nacido en un escenario moviendo las caderas y gritando el pata-pata. En cambio lo otro fue una lucha áspera con...con su...conciencia...con su *indecencia*. Sudó, lloró. Deslumbrada, enloquecida, hasta que finalmente lo tuvo y *la tuvo*, fue suyo y suya. Ahora, casi de no creerlo, planeaban tomar el avión en cualquier momento, en cuanto Ramón volviera con los Soldados en Acción. A Buenos Aires, luego a Miami y no volver nunca más al infierno chileno. Soñaba con la vida de los Estados Unidos, esa vida llena de *colorido* y perfumes, fácil y *agradable*. En todos los sitios conectaban máquinas computadoras y pensaba que los ingeniosos aparatos eran capaces de señalar con increíble exactitud la hora en que es necesario hacer reposar el organismo en el excusado y vaciar lo que no sirve. En cambio, en Chile, empezaban con tonteras primitivas como reparar medio litro de leche a los niños hacer un país nuevo después de tanto tiempo. Estaban en el principio, en la leche. Un país de enfermos mentales. Además,

así como Ramón se hacía demasiadas ilusiones y apenas llenaba los huequitos de algunas tardes —un imbécil enamorado que pretende llegar a gran señor—, el otro era una satisfacción a la que no podía renunciar por el momento, una roca de seguridad, algo así como hacer dedo a un automovilista y el automovilista se detiene, la lleva a su lugar de destino. los Estados Unidos de Norteamérica, donde cualquier día un director de cine podría descubrirla —como lo habían hecho con una gran cantidad de pobres mujeres— para introducirla en el maravilloso lecho de la fama, o, en el peor de los casos, un millonario aburrido podría cambiarle todos los sentimientos, y entonces pensaba hacer el amor sobre el césped que rodea las piscinas o en los recintos llenos de plantas interiores importadas.

Pero ya a esa hora, las 21.15, Ramón debía haberla llamado. Sin embargo, Ramón no era capaz de huir con un cheque por DM 590.000. De aquello dependía acelerar su futuro y el de la abuela.

—Hice mal en tomar vino después del postre de leche. Tengo sesenta y cinco años y hay que cuidar la digestión. Pero oí en la radio que un hombre toma un vaso de vino después de los postres de leche y ha vivido noventa y ocho años. Vaya a saber una.

La joven descorrió las cortinas y pasó al comedor, donde la abuela Clementina comenzaba a dormirar con el gato en la falda. Le gustaba ver a la abuela con los ojos cerrados, porque cuando los abría la miraba como los policías trastornados en un atochamiento del tránsito, reprochándole la falda corta, el gusto de sentarse con las piernas abiertas mostrando los calzones. Rumoreó “está de más vivir tanto, ya no le hace falta a nadie”.

La muchacha se alarmó. Ramón no la llamaba y aquello tenía una repercusión irremediable: a Florencio lo atacarían los nervios y podría fallar el proyecto de terminar con esa barricada de ochenta y cinco años que se pasaba de silla en silla, como señalando el límite de su libertad. Un monumento de carnes

arrugadas. La abuela levantaba la cabeza bruscamente: —Si vienen los comunistas llamamos al vecino —dijo la abuela—; se acaba de comprar un rifle. La junta de vecinos recomendó comprar rifles.

Tomó el teléfono y quiso llamar a Ramón, pero no, todavía podía esperar. A Ramón lo había querido en un comienzo, pero ha sido todo como si nada. Era un gallo sin imaginación y sin capacidad para convertirse en la tabla salvadora de su naufragio. Un típico representante de los buscadores de oro que se lanzan en pelotas a conquistar el mundo y que se envalentonan a la primera pepita que encuentran. Pero nada de llevarla a bailar a las *discothèques*, nada de chozas, sino puro sentimentalismo, la dejaba igual en ese mundo al que no quería volver, el mundo de la abuela Clementina y la casa espantosamente gris, siempre en sombras. En cambio, Florencio partió llevándola a un restaurant elegante, partió llevándola a sitios donde podía lucir no como cualquier mujer, sino como era ella, estupenda, casi bestial, partió no haciéndola una adolescente que juega en la cama o en un sitio eriazo, partió haciéndola mujer importante. Pensaba que una mujer era feliz, y de cualquier manera una mujer cuando el hombre no siente con ellas el deseo de los hombres, sino que, además, es capaz de gastar dinero, horas, minutos, en una palabra, de *gastarse* esforzadamente para hacerla sentir la vida en todo su maravilloso esplendor.

Ramón todavía no la llamaba ni venía con el dinero. Pensó que podría haber surgido un problema grave y que no había podido procurarse las condiciones discretas en que tenía que hablarle. Cuando la llamase no tendría de dónde sacar una frase que sonara bien para Ramón y, sin embargo no estaba muy segura de casi nada. Si acaso no existiese Florencio Costa, podría Ramón despertarle un torrente de amor, o algo parecido, como una bomba que la estremeciese de verdad. Pero Ramón tenía que dejar de ser ese simpático *monótono*, tenía que ganar dinero ascendiendo en el Banco para no atormentarse sin disimular cada

vez que tiene que pagar una cuenta. Llena de seguridad y desplante, así quería ella su tabla de salvación. Florencio la había sacado de la rutina, de esa sábana blanca, siempre lisa, volviéndose cada día más amarillenta con lo cotidiano, una forma opaca del color de las promesas insatisfechas, siempre una promesa que ni en los mejores momentos llegaba a ser siquiera una esperanza. Sabía de memoria la presión de los labios de Ramón, una presión muy estudiada, y el sitio exacto, siempre el mismo, adonde llegaban los besos, el *sonso-nete monocorde* de su voz. Pensaba a menudo que si llegaba a perder definitivamente a Ramón, iba a sentir un vacío insoportable en la vida; perdería su posible tabla de salvación. Pero subsistía con un trago combinado, un licor añejo y gustador con algo más seco, menos enloquecedoramente alcohólico. Pensó, además, que el encanto de vivir en Chile quedaría pronto como un recuerdo nostálgico en las postales de su memoria. Proliferaban los sitios de diversión. Llegaban revistas europeas con vestidos espectaculares, y ella podía ser alguien superando a las demás con vestidos exclusivos, insolentemente hermosos, pero en absoluto indispensables, puesto que la naturaleza se había portado estupendo con ella. En suma, cuando Chile iba en camino de convertirse en un país deliciosamente loco, de una fascinación espectacular y ella empezaba a sentir las maravillas de esa vida, aun con los problemas de la *decencia* que han preocupado los ochenta y tantos años de su abuela, surgían las sombras aterradoras del comunismo. Todos se estaban volviendo comunistas y hacía muy poco no había tantos comunistas como hoy, no había tanta gente ordinaria hablando en voz alta. Esa noche en particular esperaba algo con tanta ansiedad como ahora la llamada de Ramón. Pero los médicos, cuando nadie les pide nada, se ponen más serios a trabajar contra las enfermedades y curaron la pulmonía de la abuela cuando ella tenía todo averiguado acerca de los trámites que tenía que hacer después de la defunción. La abuela estaba cerca de ella, tenía los ojos cerrados,

pero no dormía, porque sus manos al moverse sobre el gato arrancaban ronquidos sordos, como una llamada telefónica de larga distancia.

—No quiero morirme sin ver en la primera página de los diarios a todos los comunistas fusilados. Entonces podré morirme en paz, cuando respiremos tranquilidad.

Tomó el vestido de gamuza y se enfrentó a la figura explosivamente bella del espejo. Más hermosa que cualquiera, no estaba en sus planes omitir ningún detalle que pudiera inducir a los demás a confundirla con la *masa*, con las grandes mayorías, como dicen los políticos. Piernas largas, muslos redondos, cabellera rubia peinada rulientemente, como los africanos. Pensó que eso era suficiente para sentirse feliz y que en parte su felicidad le pertenecía también a Ramón, tenía un derecho sobre ella que debía respetar. La abuela apenas pronunció antes de dormirse:

—Yo no sé cómo ese señor del corazón injertado, ese señor Orellana, puede venir precisamente en estos días a visitar a sus familiares desde Valparaíso. No tiene miedo que lo asalten.

Si Ramón la llamaba, y además la noticia era buena, le insinuaría hábilmente que saliesen a bailar a una *discothèque* del barrio alto. Ella pagaría los gastos y él podría talvez conseguir el auto con el pesado de Jiménez. Pero si fallaba Jiménez, le pasaría la buena noticia a Florencio Costa y éste le prestaría el Volkswagen de Sonia. Se probó un grueso cinturón de cobre y pensó en una chaqueta de cuero, como aquella que lucía Brigitte Bardot sobre una motocicleta, con el escudo de Indianápolis en el brazo. Era una tenida apropiada para llamar la atención y para sentirles sabor en *ambiente* a los pitos de marihuana, aunque para volar muchísimo mejor, los Beatles, los Bee Gees o Tom Jones. Florencio no preguntaría nada; al contrario, lleno de alegría, le pasaría las llaves del Volkswagen y fijarían la fecha en que deberían estar listos todos los documentos para viajar. Pensó si quinientos noventa mil marcos era una suma tan grande como

para esperar cobrarlos antes de viajar. Con tantos Soldados en Acción cualquiera se perdía. Giró el sintonizador de la radio.

(Dirigentes de los partidos de derecha y poderosos industriales habían sido notificados por medio de anónimos que se realizarían sorpresivos atentados en su contra. Si los partidarios del gobierno no se habían desbocado la noche del 4 de septiembre, después de ganar, ésta era la hora de las atrocidades que temían los ciudadanos honrados de este país.)

Talvez la abuela no muriese, pero Florencio estaba en peligro, y para salvarlo necesitaba la llamada de Ramón. Era muy extraño que a las nueve y media no hubiese informado los resultados, que por lo demás no tenían complicación alguna. Había que andar rápido, aprovechar los últimos días de libertad del gobierno democrático. Sonó el teléfono, pero antes de levantarlo la campanilla dejó de tocar. El teléfono podía estar descompuesto. Esperó unos segundos frente al espejo del living, con la pollera hasta la cintura, a la vista todo el calzón negro que había comprado para cuando se embarcara a Buenos Aires y que ahora tenía que probarse. Por fin llegó la voz de Ramón.

—Hola. Para empezar, tu teléfono estaba malo. Te llamo para hablarte puras leseras, pero tú sabes cuánto quiero a los alemanes. Son estables, casi siempre seguros, siempre en alza. Dicen por ahí que vienen a Chile quinientos noventa mil alemanes. Esperan nada más que la respuesta a un cable que diga si los alemanes tienen buenos antecedentes, ¿me comprendes?; creo que los alemanes no van a tener ningún problema... / ...Entonces, Ramón, nos juntamos mañana sábado a las nueve en Ahumada con Huérfanos. Le pediré el auto a mi jefe, es mejor que pedirselo al fresco de Jiménez, estoy feliz porque creo que esos germanos le darán un vuelco a la cosa. Ellos están acostumbrados a los milagros. Te esperaré...

CUATRO

FLORENCIO COSTA

Florencio Costa volvía del café express de la mañana a ocupar su puesto en la oficina y sintió de nuevo la tortura de estar avasallado por los acontecimientos, privado de percibir con la arrogancia de antes que él era Florencio Costa Ramírez, don Florencio Costa, o el señor Costa, o simplemente ÉL, o EL SEÑOR, a secas. Desde el 5 de septiembre su despertar es un burdo latigazo que a ÉL no tiene por qué darle Dios. Socorrido por las tabletas de Fenarol, de todas maneras el sueño tardaba en venir. Injurias, acusaciones, odios, no encontraba posición en la cama. Planeaba cómo salir del paso, cómo resolver sus propios problemas, que eran, sin lugar a dudas, los problemas de todo el país. Anoche durmió muy mal. Al amanecer se le juntó todo el sueño cerca del reloj despertador que había sonado en forma irritante. Tiene que caminar dos cuadras desde el café a la oficina. Es un hombre que no puede distraerse ni un solo segundo en la vida; eso correspondía a los lujos del pasado. Pone atención a los pasos de la gente que avanza hacia él, por detrás, tratando de descubrir si alguien había estado vigiéndolo en el café y ahora venía dispuesto a finalizar la tarea. Cruzó cuidadosamente la calzada, tocando con la mano el metal tibio de su revólver

calibre 22 que llevaba en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta. Se llevaría una sorpresa el mercenario encargado de eliminarlo. Lo iba a rajar a balazos. Sentirse apoyado en la pólvora y el plomo es sacarse de encima la posibilidad de caer como un imbécil. Un microbús casi le rozó el terno, pero pudo ganar a tiempo la vereda. Seguro lo manejaba un huevetas de la Unidad Popular. El 8 de septiembre empezó todo. Recibió en su casa una llamada anónima (hablan los DUN,¹ le advertimos, hermano, que los comunistas están preparando el corte de agua y luz en ese barrio. Luego, violarán su domicilio y, si no está preparado, todo lo suyo, incluido usted mismo, estarán perdidos). Sintió ganas de volverse por otra tacita de café, pero no arriesgaría su vida caminando dos cuadras de más, por un deseo caferoso. En la próxima reunión se imponía un serio reclamo. Más seriedad, más disciplina porque los llamados continuaban. Evitar el espontaneísmo, como dicen los marxistas, que no se arranquen con los tarros los DUN haciendo leseras sin planificación y acuerdo previo de los patriotas. Lo que habían acordado en las reuniones era algo muy distinto: hacer de la atmósfera chilena un respiradero de miedo y confusión, procurando dominar la conciencia de la ciudadanía hasta hacerla sentir involuntariamente la brutalidad de los marxistas. Pero el miedo no tenían que sembrarlo entre ellos mismos, entre los que tienen conciencia y organizaban las cosas, sino entre los indecisos. Los DUN tenían su número de teléfono y no podían andar jugando como unos chanchos cretinos.

Se detuvo delante del edificio. Ni cien bombas lo destruirían. Construido sobre los cimientos de su esfuerzo, era una obra que lo llenaba de orgullo. Treinta por ciento de materiales importados después que el Ministerio de Economía se dignó a cursarle un decreto de liberación de Impuestos Aduaneros. Entró a su ascensor privado y acarició la madera de encina de

¹DUN = Demócratas Unidos.

las paredes. Ni una sola inscripción, ni un solo rizado que le recordara la Unidad Popular, ni un solo dibujo de los delincuentes de la Brigada Ramona Parra. Las pocas paredes limpias de mierda que iban quedando en su lujoso edificio. El jefe de personal le había dicho, alarmado, que los empleados y obreros comenzaban a corchetear carteles agraviantes en todas las dependencias de la Sociedad. Del baño, mejor ni acordarse. Los excrementos chorreaban de las paredes. Dos o tres huevones miserables dedicados a hacer carteles mapucientos, mirientos, socialboludos, soviéticos y otras mierdas. Menos mal que a los miristas asesinos los tenían en la cárcel. Las paredes de su ascensor estaban impecables; haría que un mozo de confianza las frotara con lustramuebles.

De todas formas, seguía siendo un personaje. En las reuniones esperaban su palabra con ansiedad, porque era un hombre concreto, porque estaba dotado del único poder capaz de variar rumbos, de resolver cosas. Aunque algunos no quisieran convencerse. Sudaban los rostros de los partidarios de la *violencia violenta* y lo acusaban a él de blando y conciliador, que lo único duro y necesario que le quedaba eran sus monedas. ¡Carajos! Todo en beneficio de la patria. Un hombre concreto y NECESARIO. "Esto se hace, aquí está la plata y no me rindan cuenta del dinero, denme cuenta de los resultados de las tareas." Desde el instante mismo en que se sospechara el triunfo de Allende, los DUN empezaban a actuar. Quemar casas, incendiar buses, quebrar vitrinas, saquear negocios, desparramar bombas. En lo posible, iniciar las acciones quemando la imagen de la Virgen de Pompeya en el templo de Santo Domingo y poner inscripciones en las tetas de los cristos crucificados. PONER VIVA EL CHE GUEVARA. MOMIOS AL PAREDÓN. Dejar volantes firmados que comprometieran a la Unidad Popular. Era casi seguro que los de la Upé se le dispararían a Allende y comenzarían a actuar realmente ellos en ese sentido. Entonces era necesario agravar las cosas con apoyo de los comandos DUN, que tenían verdadera inquietud

por justificar su sueldo. Joder a nivel nacional hasta inflarles las pelotas a los militares ociosos. Los comerciantes y los industriales, los banqueros y los profesionales calificados entendían que era mejor perder una parte mínima de sus haberes que arriesgarlo todo si las cosas se tranquilizaban y los ciudadanos, con ese apetito tonto por la *nove-dad*, comenzaban a simpatizar con el Allegado. Para poder *confiar* disciplina y seriedad, porque ahora ni en su propia madre. Todos quieren actuar por cuenta propia, quieren coronarse de laureles y cobrar. A ver si los DUN podrían concretamente demostrar que fueron ellos los que colocaron las bombas en los estanques de la Sociedad de Inversiones de Aviación, en Pudahuel, y que antes tiraron bombas en la torre de alta tensión en San Bernardo y en el antejardín de uno de sus amigos presentes en aquella reunión. Las llamadas anónimas decían "hablan los DUN, hermano..." pudiendo decir "Florencio, los marxistas preparan un atentado contra tus bienes..." Esto lo ponía intranquilo. ¿Era un grupo que le avisó lealmente o se trataba de una maniobra artificial? Podía ser hasta un huevetas de la Upé, para que él huiera con su familia y dejara el camino despejado a su casa y le saquearan todo.

Avanza por el pasillo hacia su oficina. Eso era lo que temían los demócratas de Chile, los que habían dado trabajo y progreso al país, que llegara el momento en que no se pudiera confiar ni en la propia madre. Guarda el revólver en el escritorio. No quiere asustarla. Un rato más, cuando ella llegara, lo abrazaría y tocaría el revólver. La Pepy tampoco debe saber que anda con revólver. Se lo lleva fregándolo con los celos y en un arranque de locura, tan fácil en estos momentos, podría dispararle a él y después suicidarse. Cierra la puerta de su oficina, marca en el teléfono el número de la Pepy... Pepy, hola mi amor, ¿cómo está mi ciclo? (un rito que debe cumplir todas las mañanas después del café; de lo contrario, iría quedando solo: sin negocios florecientes, sin desbordes de placer endemoniado). ¿cómo amaneció mi amor? Pepy.

¿cuántos años tenían los Soldados que desembarcaron ayer? . . . , ¿ochenta? Soy el único que piensa que es una maravilla tener Soldados de esa edad. La guerra está cada día más favorable. Pepy, aló, mi amor. . . Pepy, escucha, no reduzcas Soldados, de ahora en adelante acumula y acumula, ya sabes que no nos servirán los Soldados reducidos, te llamaré más tarde. . .

Se rió. Para recobrar las fuerzas él necesitaba eso: el edificio impecable. Las alfombras importadas, las cortinas, el salón contiguo, los archivos con disimuladas ganancias. En realidad, muchísimas más ganancias que seis Bancos en un año. En su escritorio podía darse cuenta que el miedo quedaba en la calle. Lástima los letreros, los garabatos en las paredes, en los baños. Lástima, porque el marxismo era, según los entendidos, como la mala hierba, se extiende y se extiende. Sacó de la caja de fondos un mapa del Vietnam. Cuando abrió la agencia de viajes pensó en las comunicaciones telefónicas y compró un mapa del Vietnam. Anotó, entonces, el código:

Soldados en Acción = dólares billetes o dólares metálico.

Soldados Cansados = dólares en cheques girados por particulares o firmas desconocidas.

Tropas de Reserva = Dólares en cheques viajeros.

Tropas en Retirada = No vender dólares, mercado flojo.

Vietcongs = Dólares falsos.

Reducir = Vender dólares y recibir moneda chilena.

Acumular = Comprar dólares, suspender ventas.

Años = Precio en escudos.

Había corcheteado un calendario al mapa y en el recuadro del día anotó: Soldados en Acción: ochenta años.

En los días agitados después de la elección de Allende, él pensó en la forma como la vida trataba a los hombres de sacrificio; desde la noche del 4 de septiembre la vida volvía a ese tono gris en el que había vivido hasta los veintinueve años, cuando se aburrió de ser empleado de oficina estúpidamente modesto.

Doce años después, la Sociedad Costa y Astudillo se las arreglaba para no desperdiciar ningún negocio. Ningún negocio bueno. Pero la historia no era sino una película injusta que salteaba a los más inteligentes y a los más generosos con el país. Aquello que nunca comprenderían los boludos de la Unidad Popular, es que en medio de sus preocupaciones financieras él se daba tiempo para ocuparse de la *cosa social*. Regulaba el tiempo que permanecerían los empleados en su Empresa y participaba activamente en la discusión de sus rentas con los directores de las empresas subsidiarias. Estudiaba y estudiaba la nivelación de las rentas, de algún modo tenía que igualar los sueldos, aunque hubiese que sacrificar a empleados antiguos que torcían la igualdad y producían envidias y rencores en la Empresa. Cuando a mediados de agosto compró la agencia de turismo, pensó en ella para dirigirla. Además de la responsabilidad, una demostración de amor hacia la joven, pero no tenía la suficiente experiencia ni podía exponerla a las tensiones y peligros del negocio. Pepy, en cambio, era una coqueta cuarentona en quien podía depositar su confianza, sus temores, su amor inagotable a cambio de placeres endemoniados. Era un múltiple empresario y podía amar y sacrificarse por tantas mujeres como empresas.

Antes de empezar a examinar los documentos del día, volvió a sonreír. Los Soldados en Acción los compraba a 14,35 años y los vendía a 80 años, pero algo nuevo, como un goterón de hielo, cayó encima de su sonrisa: lo único que tenía en claro era no ver más a Sonia, pero ignoraba con quién huiría finalmente; los detalles de esa operación no eran muy concretos. No puede quedarse en Chile. La orden es retirar todo el dinero depositado en los Bancos, en las Asociaciones de Ahorro y Préstamo, las Compañías de Seguros, etcétera. Asimismo, suspender las operaciones de crédito. Los demás creen que él cumple la orden de los DUN; no se les pasa por la cabeza que se irá del país. Pero con la porquería de escudos, moneda familiar y desprestigiada, próxima a convertirse en el sim-

bolo del escaso valor de un país marxista, no haría nada en Miami. Los gringos que asistieron a la última reunión habían dicho que si pudieran llevarse todas las maquinarias y las instalaciones en dólares, desmantelarían el país. Había otras naciones en Latinoamérica que facilitaban la multiplicación rápida de las inversiones. Los gringos no eran chuchetas. Charles Meyer ya estaba moviendo los hilos en Washington para conseguir que el Departamento de Estado le diera una lección al chuchetas de Allende y a todos los huevetas de Latinoamérica que esperan imitarlo. Por ejemplo, Uruguay. Pero los gringos que están en Chile le dijeron que necesitaban el esfuerzo de los patriotas de aquí, de los patriotas como él, dispuestos a financiar campañas, pero en la Casa Blanca preferían prevenir antes que curar y estaban mandando los dólares al Uruguay para romperle las ilusiones al Frente Amplio. Entonces, él estaba de acuerdo con los gringos de Chile, porque no eran ningunos chuchetas. Financiar sí, pero no meter las manos.

Abre una ventana. El clima de Chile es bueno el aire fresco de la mañana se traga las volutas de humo de su Camel. Entra ella. Es una muchacha hermosa, la besa, la acaricia, la recorre rápidamente con sus manos bronceadas sin interrupción: el sol de la nieve el sol del mar. Ella va al baño privado. Se desprendería del vestido para ponerse el delantal de trabajo. E cierra las ventanas para no oír los gritos de la calle, pero igual sabe que son estudiantes de la Universidad ALLENDE, ALLENDE, EL PUEBLO TE DEFIENDE. Chuchetas. Va al baño y la encuentra en enaguas, siente la misma debilidad de siempre en las piernas, la trae a sofá, los cojines se hunden como el globo de cumpleaños pinchado por un alfiler. Asegura la puerta. Este es su hermoso salón contiguo.

Mierdas, chuchetas.

Mi amor / ... Me muero de ganas.
 ¿Cierto? / Cierto.
 Yo también, cierto ... / ¿Y entonces?

lijando con su espalda las tablas del muro exterior de la barraca.

CINCO

RAMON BARRERA

Después de la paliza que me dio mi padre anduve por todo Lo Miranda dando vueltas como un loco. Todavía me dura ese odio que siento por él, me entra a las narices el olor a carburo, a parafina, la cebolla en escabeche (él tenía un frasco grande con cebollas en escabeche cubiertas de pelusitas, al lado de la balanza), los ajos y el jabón gringo, y me viene primero un dolor al estómago, se me sube al tiro el dolor hasta la garganta, y me dan ganas de tenerlo cerca para desocuparme toda la mugre encima de él y desparramar las hojas del cuaderno donde me hacía apuntar las ventas al fiado. No me acuerdo cuándo empezó a suprimir mi nombre, siempre me decía "apúrate, mierda, ayúdame a atender, mierda", y luego soltaba unos vientos. Por eso no me olvido de Inés, porque miraba con una ternura que me traspasaba los huesos y me hacía discutir si era yo una mierda, y porque me dolió hasta siempre saber que yo sería una mierda cuando se terminara el verano y ella se fuera a Santiago a verse con sus amigos ricos, y yo no tendría nada más que hacer en Lo Miranda porque había terminado la sexta

preparatoria y mi padre decía "eres la única mierda con suerte en Lo Miranda", la única mierda que podía vender cosas y anotar en el cuaderno. Yo no me voy a olvidar nunca de Inés, quizás dónde estará ahora, acaso es feliz, cómo se le habrán presentado las cosas al señor Gall, porque ahora a todos se les presentan distintas las cosas y el señor Gall andará con miedo, y ella también, de que le quiten la casa de Lo Miranda y los automóviles. Yo estaba loco al otro día de la paliza, anduve por el correo, por la plaza, por el Club Social. Se me ocurrió ir a la iglesia y arrodillarme frente a una imagen de Cristo, una vieja imagen sin dedos, la nariz saltada y los muslos llenos de polvo. Le fui a preguntar a Cristo si le parecía bien que fuese a ver de nuevo a Inés. Pero me dijo Cristo no habla, y salí a la casa de tía Remigia. Era mediodía, el sol había desparramado el calor sobre el polvo y el polvo me tiraba el calor por la suela despegada de los zapatos. Me esperaba la tía Remigia "entra, chiquillo, te vas a achicharrar afuera", y entré al cuarto, dejó afuera la luz y el calor al cerrar las hojas de madera de la ventana y se tendió en la cama "ven a rascarme la espalda", y obediente caminé unos pasos para empezar mi trabajo. De pronto ella empezó a dar saltitos y a restregarse el cuerpo en mis brazos y en mis rodillas / "Tía, arrégrame el pantalón, me da vergüenza andar así" / "No faltaba más —dijo—, se lo hago en un ratito" y me estiraba las orejas, las besaba untándolas con saliva pasada a cebolla. Los olores son casi toda la preocupación de mi vida, soy un infeliz con los olores, me traen odio, o una suave ternura, un rincón de la casa cuando mi padre hervía los porotos, y todos los recuerdos duran el tiempo que está el olor en la nariz. Para qué decirte la esencia de jazmín, las batas floreadas transparentes pasadas a talco, el aroma de unos cabellos rubios, el mismísimo olor de su piel bronceada. El olor de las cebollas, no las cebollas en escabeche, las cebollas al natural, me depositan irremediabilmente al lado de la tía Remigia, en una cama percudida y áspera. "Tía, déme el dinero que me prometió,

lo necesito" / "no se aflija, sobrino, lo tengo en un cajón de la cómoda envuelto en un pañuelo, se lo doy en acabando", y furiosamente se tumbó y me atrajo cruzando las piernas sobre mi espalda, luego tuve que seguir con un poco de esfuerzo sus movimientos, y todo lo que se hacía penoso por el olor a cebolla que me caía en cada resuello se olvidaba durante los minutos del placer, pero luego volvía con furia. Depositaba una respiración sin descanso entre mis labios y yo me lo tenía que tragar todo con las narices apretadas. "Ahora venga el pantalón, tráeme la aguja y el hilo, voy a coserlo con hilo blanco, no me quedará otro en el carrete." Estuve hasta la noche acompañando a la tía Remigia, reventándole las espinillas en la espalda, sin apuro, aprisionándolas con el filo de las uñas. Quise salir a la calle, pero cuando me acordé de que era domingo y que el lunes se marcharía Inés y no la vería nunca más, me di cuenta que no llevaba el dinero. Tomé un poco del velador casi llorando y la tía me dijo "no seas tonto, teniendo plata yo, nunca te va a faltar". Nunca había tenido tanto dinero en las manos. A las doce de la noche, en la estación, casi en las afueras de Lo Miranda, pararía unos dos minutos el tren que iba a Santiago. "No se preocupe, tía, no me va a ver nunca más, cierto, nunca más, tía" / "No me venga con bromas, sobrino", dijo ella / "Es que me estoy haciendo maricón aquí" / "No, para mí eres un hombre que necesito, dame un beso y déjate de leseras" / Yo le dije "mejor que no, tía, no empezemos de nuevo con las espinillas, le costará menos despedirse".

Lo que viene después es muy enredado y no puedo ordenarlo. Empezaba la primera luz del día y el cielo iba extendiéndose de un color celeste un poco cargado y borroncado por manchas blancas. Luego me vi adentro de un olor grande, como una nube negra que hace llover a todo Chile. Eran las locomotoras, una multitud implacable y vociferante me empujaba hacia el portón de fierro. ¡Cómo cambiaba todo tan pronto! Entre los dibujos del portón se iba filtran-

do a la estación una neblina espesa. Ahora me doy cuenta que también entraba frío, pero entonces todavía podía sentir los calores inmensos encajonados en los cerros de Lo Miranda, podía pensar en cada calle, en Inés, en las espinillas, en el viejo aceitoso y el olor del almacén, unas lágrimas en el rostro picado de viuela de tía Remigia y los viejos sentados en sillas de paja reposando los años en los corredores. Me dije esto es Santiago. Era tan difícil creer que podría venir aquí como tocar las estrellas en el cielo de Lo Miranda y ahora no sé qué hacer. Algún día volveré a Lo Miranda en automóvil para que el pueblo diga si soy una mierda, para ver si Inés, toda una señorita va, se aburre en mi auto y para que la tía Remigia pueda decir "a mí me quería más que a nadie, quién iba a pensar que llegaría tan lejos".

¡Quién iba a pensar! Yo siempre lo pense, pero quién puede saber las cosas antes que sucedan. Cuando uno va sintiendo encima los zapatos de los otros, que cada cual quiere ponerte los zapatos encima del cuerpo y uno no tiene más que reconocer que los demás son unos macanudos al lado tuyo, lo que se le viene a la cabeza es romper con la situación y hacerse un estómago bien duro para manejar los pies encima de los otros. Por eso empecé con los dólares y se lo dije a ella y entonces se acordó de lo que le había contado. Era un poco ridículo no vender dólares. A nadie le importa la derecha ni la izquierda. ¿Crees tú que a alguien le importa Frei o que al señor Allende el Congreso le diga "usted es Presidente, tome la banda Presidencial no más", o "usted no será Presidente, vamos a una segunda vuelta"? No, señor, yo pienso que a nadie le importan los nombres de las cosas, creo que importa lo que se puede hacer con ello o en nombre de ellos. Y a ti no te importa nada ahora, lo que te importa es la recompensa que te va a pagar el Banco Central por la denuncia, el sueldo de los delatores. Pero no hay pruebas, no las hay. Y vienes hipócritamente a saber cosas mías y me aseguras que no me de

nunciarás. Puede ser que te interese otra cosa. Pero no lo entiendo.

A los hipócritas del Banco Central, ¿crees que les importa? Como si ellos no estuvieran en el baile. Y las derechas y las izquierdas. Es como pasarse de huevón. Los de la derecha compran, los de la izquierda venden, y al revés. Al lado de uno, en el Banco donde trabajo, los tipos sacan autos, sacan casas, comen bien con las mujeres y tú no les vas a preguntar de qué partido son. Van a pensar si eres débil para ponerte los pies encima o no. Están en el negocio de los dólares. Y la culpa la tienes tú, yo, Zaldívar, Frei, Allende, los miristas y los mapucistas. ¡Qué importa! Tú ves que te están poniendo los zapatos nuevos encima del cuerpo y compras diez o quince dólares en el mercado oficial y los vendes en el clandestino. Una porquería de negocio que no me dejaba ni comprarle un disco a ella, nada más para vivir. Entonces Nancy me dice "vas a tener que ayudar a un amigo de la oficina, pero no puedo darte el nombre de él. Tienes que cambiarle un cheque dólar por billetes. Tú tienes facilidades en el Banco. Ofrecen un tres por ciento de comisión por hacer el trámite". Y como yo quiero a Nancy y no puedo soportar que vea a los demás ponerme los pies encima y el negocio es extraordinario, casi un sueño, yo le digo "¿qué me cuesta hacerlo?" Los marcos alemanes se reducirían a unos ciento sesenta mil dólares (Soldados en Acción, decía ella) y la comisión sería de cuatro mil dólares. ¡Una fortuna, aunque tuviera que pagar a otros! Se me iluminan los ojos y pienso en un auto, en un auto bueno, digo yo, no en una porquería. Pienso en ella, en esa sonrisa que te hace saltar el corazón.

Yo vuelvo a decirte, no andes inventando leseras como esos *compañeros* de los CUP¹ y agrandando las cosas. Pregunta y anota, no guardo ninguna porquería de miedo, pero da rabia. Soy bien hombre, harto hom-

¹CUP: Comité de Unidad Popular.

bre, pero no sería capaz de dispararle a nadie, así es que ni pensarlo. Tú mismo dices que él tenía el revólver en la mano y Jiménez dice lo mismo. Soy ahora una mierda dura, consistente, una mierda que no se puede pisar así no más sin caerse al suelo.

Después de varios meses conozco cada rincón de Santiago. Lavo baldosas en los pasajes del centro y me pagan una miseria. Vendo números de lotería en la calle. Siempre me va mal, pero conozco gente. Serían las once de la noche y había llovido todo el día. En la Quinta Normal vimos a un pijecito besándose en el auto con una liceana de unos catorce años. Nos acercamos. Los cuatro, arrastrándonos en el barro, llegamos hasta la puerta. El pijecito tenía la radio en unos boleros hostigosos. Yo tenía que abrir la puerta y hablar. "Silencio, es un asalto." El auto era lindo, como el que yo quería tener, pero los otros tres no habían dicho nada sobre el auto. El Pollo se levantó y gritó "la billetera, amigazo, con todos sus documentos... la damita, la cartera, y no les pasará nada". Entonces a mí me dio miedo, porque ella estaba con todo al aire, nada más que la blusa blanca, y él trataba de cubrirse y obedecer las órdenes. Y eso de que en Investigaciones ponían corriente eléctrica en los genitales... El pije pasó una billetera y una cartera temblorosa. "Ahora, bájese, amigazo —dijo el Pollo—, uno vigila y los otros dos lo amarran. Yo trabajo con la damita." No tuve fuerzas para nada y me arranqué. Es la vocación que tiene cada uno. Esa noche dormí en una micro, muerto de miedo, esperando que el Pollo me fuera a matar. Pero a los tres días lo vi en el diario al Pollo, con un mechón de pelo sobre el ojo izquierdo donde tenía la cicatriz, y se acabó todo.

Algunos meses después llegué al Portal Fernández Concha con un aviso que había recortado del diario. Yo tenía ganas de trabajar, te lo juro, unas ganas grandes de hacerme rico y volver a Lo Miranda en mi automóvil y una rubia despampanante que se muriera por mí. El Pollo decía que nadie se hace rico traba-

jando y eso me daba vueltas en la cabeza cuando todavía no abrían la Fuente de Soda. Le imploré al administrador que me diera un empleo "hágame el favor, la semana pasada murió mi papá y no tengo plata ni para el luto". Pero había unos treinta hombres suplicándole a la nariz roja del administrador. Agaché la cabeza y pensé que tenía que llorar. Tuve una visión humedecida de los árboles de la Plaza de Armas, y divisé la hierba de Lo Miranda, y sentí el calor del mediodía en Lo Miranda y la voz de Elías Venegas cuando soltaba el agua por las siembras, y yo estaba en la hierba cazando zancudos, y comiendo las galletas con figuras de animales que le había robado a mi padre, pensando que lo que le pasaba a Elías Venegas era un dolor muy grande.

El administrador me llevó a un lado y dijo "te ganaste el puesto, cabro, pero júrame que no me vas a hacer la vida con las imposiciones legales. ¡Porquería de Seguro! Los primeros quince días son a prueba y sin sueldo. Lavarás copas y platos. La casa pone el desayuno, el almuerzo y la comida. Si viene el inspector del Trabajo le dices que estás reemplazando por el día a Juan Cubillos. Juan Cubillos es un empleado que siempre está enfermo. ¡Ojo!"

SEIS

NANCY

Abrió los ojos. El tamaño y el color de los objetos talvez no fuesen de su propia pieza ni del departamento que Florencio había arrendado para ellos. Pero dejó de creer que estaba en Buenos Aires, en el hotel del cuarto piso en la Avenida de Mayo, a dos cuadras de la Avenida 9 de Julio. No era la habitación que Florencio había reservado, para luego dirigirse definitivamente a Miami, tampoco el hermoso departamento de la calle Huérfanos donde Costa se aislaba con ella, porque podía oír ahora con nitidez las zapatillas de piel de conejo de la abuela que se arrastraban en la cocina, y luego el chorro de agua sobre el fondo de la tetera. Se levantó, y se fue corriendo a la ducha. Cuando ella salió de la tina de baño:

Dejé en el piso una charca de agua y allí uní el dedo grande del pie para escribir sobre las baldosas: FLORENCIO. Luego pensé en Ramón, porque él me quiere y habíamos bailado toda la noche y casi no hablamos de los dólares. El dijo con su voz ronca "el cable tiene que llegar el próximo jueves 8, entonces todo será distinto, no tendrás que pagar tú la cuenta. Pobre Ramón, no tiene idea de nada. Se desgasta pensando en mí y dice que ganará dinero para hacerme feliz (también la abuela hace todos los planes pensando en mí, pero habría sido verdaderamente feliz si

vieja hubiese comprendido que estaba jubilada de la vida, o se hubiese marginado de la vida y de la ambición ridícula de pensar por los jóvenes y saltarlos a viejos por puro capricho), a él lo único que le interesa es el dinero y está feliz porque ganará cuatro mil dólares cuando contesten el cable, pero cuando se compre el automóvil yo no voy a estar en Chile y sé que Ramón se va a morir de pena. Se caerá a pedacitos cuando sepa que no podremos ir a ese pueblo medio folklórico que se llama Lo Miranda, ir con la falda más corta y más bonita que yo tenga, pasar primero por la peluquería y lucirnos por todas las calles de Lo Miranda y, después que todos lo vean y lo admiren, volver a Santiago. Está chiflado el pobre. Yo estaré en un hotel de la Avenida de Mayo en Buenos Aires, cerquita del Obelisco, o en Miami, cuando él, pese a tener el auto que le vuelve loco, se muera de pena.

Siempre que iba al baño la acompañaba una radio a pilas. Regalo de Florencio. Supo de nuevos atentados. ¿Y si habían volado el edificio de la Sociedad?:

Esto es lo que pasa en Chile ahora, lleno de bombas, de comunistas que le van a quitar todo a una, que la van a obligar a vestirse como les dé la gana a ellos, como esos chinos *amilitarados*, y la harán *trabajar* como bruta unos gallos ignorantes, ¿y para qué? La abuela viene a gritarme si quiero comer huevos fritos antes del café. Le digo secamente que no tomaré desayuno, que nadie piensa en el apetito. Me muero de hambre, pero es mucho más fuerte que cualquier cosa mi decisión de cortar todos los vínculos con la abuela. Quiero terminar luego con la vieja, pero ella y Ramón no se dan por aludidos, no provocan. Pobre Ramón. Le costó mucho llegar a empleado de Banco, le costó más que al Roma. Ahora que todos se las dan de atormentados por la vida, él es uno de los pocos que pueden hablar de sacrificios y se tiene bien merecidos los cuatro mil dólares. Lo único que desea es tener mucho dinero. Gallo irresponsable. Si no tiene plata, que no se meta con una, pero se metió no

más, y como no tiene ninguna cosa de valor no piensa en los comunistas. Pero cuando tenga el auto va a empezar a tenerles miedo a todos los comunistas juntos, a los radicales, a los socialistas, a los mapucistas y a los del Api. Pobre. Pero yo no sirvo para embriecerme con sacrificios como piden los comunistas. Tengo un destino, y de cien horóscopos que leo en las revistas, noventa y nueve me anuncian triunfadora de cualquier cosa. Fue una tontera que mamá muriera y que la abuela me retirara de las clases de ballet. Todos dicen que en cualquier parte yo habría triunfado bailando ballet. Claro, a estas alturas no bailaré ballet, pero la sensibilidad artística no la he perdido, y en Estados Unidos y en todo el mundo, con este cuerpo, eso dicen los demás, no es cosa mía, yo triunfo en cualquier teatro, en Las Vegas, en el Maipo, en el cine. Y Florencio va a ser feliz con una mujer que aparece en los diarios.

A los veintitrés años ya no le quedaba tiempo para seguir metódicamente los movimientos suaves y un poco aburridos de las danzas clásicas. Cuando todavía no salía con Florencio, pensó en lo absurdo que era pasarse todo el día encerrada en una oficina ganando un vital y medio de sueldo. Una joven que ganaría el dinero que quisiese en cualquier parte. Y ese hombre atrayente se fijaría en ella sintiéndose orgulloso si lograba romper la mediocridad. Había pensado trabajar en el Bim-Bam-Bum. Allí habló con un hombre afeminado por lo de los estriptís. El afeminado se entusiasmó con ella y le recomendó ensayar por lo menos unos dos meses. Así lograría desvestirse en el escenario igual que si tuviera un hombre esperándola en la cama con una bolsa de billetes. Luego la harían viajar a Mendoza, para retornarla al día siguiente después de una intensa campaña de prensa. Los reporteros de los diarios esperarían a la gran estrella Dora, una chilena que había triunfado en el extranjero y que volvía a su patria a actuar exclusivamente para el Bim-Bam-Bum. La idea le gustó. Compró los vestidos más estrafalarios, se escarmenó el pelo y la abuela em-

pezó a gritar más que nunca. Pero el afeminado era afeminado entero y no cumplía su palabra, y empezó a desilusionarse cuando Florencio le repetía que ella era el más grande amor de su vida. Florencio dijo que era una locura pensar en el Bim-Bam-Bum, cuando Allende había ganado las elecciones y lo único sensato era irse del país:

Me encantan los perfumes, las pinturas choras y los bolsos tejidos a mano. Pero lo que más me agrada en la vida son los perfumes. Abrí la puerta del baño y cuando todo el vapor del agua caliente salió me roció el cuerpo con agua colonia. Bueno, yo no uso sostenes, así es que me puse una blusa blanca y todo lo demás lo tenía desnudo. Mirándome en el espejo, pensé que era una tontera no aprovechar el cuerpo para hacerme famosa y no ser más tarde una tonta jubilada haciéndoles cariño a los gatos, como la abuela. Pensé que lo mejor era dejarme llevar por la mano de Dios, lo que él quisiera. Dios me llevaría fuera de Chile, dejando aquí algunas víctimas: Ramón, Sonia, la abuela, y la idiota de la Pepy, que no se aburre nunca de llamar a Florencio cada hora, haciéndose la simpática, pero él no le da boleto. Al menos cuando estoy yo. La Pepy también sufrirá un golpe al estómago. Yo debería llorar por todo esto, pero no sé por qué nunca me salen las lágrimas y tengo que quedarme no más con la preocupación de no poder llorar. No sé cómo ha ido a parar entre las piernas un hilito de agua colonia. El alcohol me escuece y empiezo a saltar de impotencia. Pienso que en Miami puedo hacer mi debut con agua colonia. Es cosa de salir al escenario con un frasco de agua colonia en la mano, caminar ingenuamente, talvez mordiendo una flor, luego derramar el agua colonia de tal manera que algunas gotas caigan entre las piernas. Música, a toda orquesta. Y bailar locamente entre el escozor del agua colonia. ¡Qué ágil! Las leseras del colegio mixto, las leseras de Antonio. Estábamos muy contentos en la montaña disfrutando de un paseo organizado en el colegio. Antonio nunca cumplía las cosas del reglamento y eso lo hace

feliz a cualquiera. Descorchó la cantimplora donde debía llevar agua, pero él la tenía con pisco y me llenó un vaso con la torpeza de Antonio hasta derramar el líquido en mi falda y yo sentí una cosa desagradable que me humedecía y Antonio sacó un pañuelo y me restregó tratando de sacar la mancha y restregó tanto que desde entonces me quedé con las ganas de saber hasta dónde podría ser agradable todo eso y lo habría sabido concretamente el viernes santo del paseo si no es por la profesora que pasó justito con la bandeja de sandwiches.

Pero Dora se había acabado antes de nacer por culpa de un afeminado y de los comunistas. De eso no se daban cuenta los comunistas, de todas las ilusiones que matan. Limpió el espejo del baño, y el hecho de que Dora no hubiese podido debutar la hizo estremecerse de miedo. No había pensado casi nunca en el miedo y, sin embargo, el miedo lo adivinaba en su propio rostro, fijo en el espejo, tratando de romper la perplejidad con una sonrisa. Hasta entonces, el miedo a los comunistas, tan seriotos y tan sin desnudeces, no pasaba de ser una teoría, algo de lo que oía hablar a Florencio, a la abuela, en la oficina a los industriales, pero el miedo no tenía para ella más forma que el que le daban las palabras. Ahora todo lo que estaba sucediendo era un rompimiento con la tranquilidad, y así como tiraban bombas y todo se detenía, como el Bim-Bam-Bum que no sabe si contratará más artistas, podían tomar preso también a Florencio:

Y lo justo sería que tomaran presa a la Pepy, eso pienso, que tiene metido su cochino cuerpo cuarentón en el negocio de los dólares. A todo el mundo se le ocurren cosas buenas y cosas malas, pero casi nadie realiza todas las cosas. Ella tiene que haberlo impulsado, la Pepy. La agencia de turismo tiene casi la respiración de Florencio, pero la agencia vive porque la alimenta la Pepy. No me gusta la agencia porque la Pepy no me gusta y Florencio anda preocupado siempre de la agencia. La Pepy no me gusta porque anda por los cuarenta y tantos y se viste como lola, y cuando ha-

bla se le pegan las eses finales en las tapaduras de oro que tiene en los dientes (igual a las tapaduras del Roma), hace durar insoportablemente las eses. Me estoy poniendo cobarde. ¿De qué tengo miedo? ¿Quiero a Florencio? ¡Ah, tonteras! Si Ramón no fuese tan tonto. A lo mejor me corresponde conocer a un hombre distinto a Florencio y Ramón, pero en estos días para andar con un hombre tranquilamente habría que escoger uno de entre la Unidad Popular y casi todos son unos barbudos que esconden granos y tajos en la cara. Este miedo es una buena lesera. Apostaría que el miedo es perder a Florencio con una bomba. ¡Pobre Sonia, pobres hippies! ¿Tengo yo la culpa?

Cuando traté de tomar con los dedos la cajita de rimmel cayó desde el botiquín al lavatorio la caja con píldoras anticonceptivas, una caja de material plástico que se partió en dos. Las píldoras hacen mal a los nervios, las píldoras pueden dar miedo. Hoy es domingo y generalmente los sábados y domingos son mi otra vida. Cuando Sonia no se emborracha yo no lo veo y le doy alegría a Ramón. Quisiera, lo juro, lo juro, Ramón, que tú fueras como una tabla de salvación para tener una sola vida entera, no partida en dos mitades.

Entonces, pude afirmar la pierna derecha y ponerla en el freno de la citroneta.

SIETE

FLORENCIO COSTA

Chuchetas. En el propio país las cosas se pueden arreglar, pueden retorcerse y no hay que pensar mucho para apretarle el cuello a un bribón chucheta sin que le pasara nada a él en los tribunales. Pero en un país extraño, con un maldito inglés que nunca aprendió a dominar, excepto ai nou spic a litel inglish, las cosas se complican. Todos los años reprobado en inglés. Necesita llevar a alguien con habilidad y cálculo suficiente para asegurarse un rápido progreso financiero en el exterior. Astudillo habría sido el hombre ideal, pero era demasiado ambicioso y pensaba solamente en sí mismo. De repente quedaba al descubierto la verdadera cara de los hombres. Ha intentado varias veces sobresalir en las reuniones de los DUN. A él no se le puede olvidar aquello que dijo en una de las primeras reuniones: si Allende no asumía el poder el 24 de octubre y el movimiento triunfaba, él pediría la cartera de Economía. Un chuchetas descabellado ese Astudillo. Ahora último, después de haber bebido una media botella de whisky en casa de Durandegui (Du-

randegui, que tiene una hermosa chica de dieciocho años y que a él le gusta mucho, pero es una chica muy extraña la Claudia), echó afuera una ambición que Costa venía sospechando desde hacía tiempo: los empresarios debían formar los CUPO¹ como primer paso de una programación destinada a paralizar todo el país y reventar los nervios de la población, privándola de comestibles, medicamentos y de la posibilidad de trasladarse de una ciudad a otra. Astudillo quería ser algo importante más allá de la Empresa. Tenía el rostro congestionado, el sudor le brillaba en la barbilla y cuando se pasaba el pañuelo su piel enrojecía a manchones, como si acabara de afeitarse su negra piel sin jabón y con una gillete nueva. “¿Qué piensa usted, señor Costa?”, preguntó alguien, y él comprendió que en todo tenían que marchar unidos, pero era difícil frenar las ambiciones personales de unos cuantos chuchetas mediocres sin romper la cadena de los intereses (momentáneamente, momentáneamente) comunes. Pero no todos pensaban como él. Astudillo piensa en su propio pellejo negro y ordinario, y quiere forrar su pellejo con dólares. ¡Ah!, pero eso de los dólares se puede pasar por alto. “De acuerdo —dice él—, no tengo objeciones que hacer, cuenten con mi ayuda para los salarios del Cuerpo de Policía Interior y el Cuerpo de Policía Exterior” / “¡Aprobado!”

Astudillo sonrió satisfecho, seguramente sabía algo de su viaje. Sospechas, puras sospechas, pero en cierta ocasión Astudillo gritó que los DUN estimaban que sólo los maricones se marcharían al extranjero. “A los comunistas de este país los vamos a cagar en su salsa, desde aquí mismo; los obreros de este país son unos huevones y se van a asustar al primer apretón. Por algo les hemos pagado nosotros durante años y ellos lo saben bien. No pueden vivir sin que exista alguien que les pague los sueldos. ¿Y? ¿Quiénes tienen

¹CUPO: Cuerpo de Policía.

la plata? ¿Ah? No. . .so. . .tros. ¿O no? ¿Ah? Lo que no podemos tolerar es que los miembros de la estructura superior de los DUN, que tenemos conciencia patriótica, que tenemos el dinero y las simpatías de los demócratas extranjeros, se anden cagando de miedo." El chuchetas sospechaba también que andaba con la Nancy, pero no estaría seguro, porque una noche lo vio comer en Las Perdices con la Pepy. "Hay que prepararse", dijo después, y Astudillo tiró la cajetilla de cigarrillos al centro de la gran mesa cubierta de círculos húmedos o envejecidos donde el whisky iba o fue lentamente quemando el barniz y él, que permaneció durante toda la reunión en silencio, vislumbraba con amargura que perdía o le robaban el ascendiente entre los DUN y que tal vez lo necesitaban sólo por el dinero. Sí, ha decidido marcharse, porque había perdido la fe en esos imbéciles, que se mataran ellos y luego, cuando se impusiera la cordura del orden y no quedara ningún comunista vivo, volvería a los negocios "sí, señores, hay que prepararse, los demócratacristianos se hacen como siempre las niñas bonitas, pero son unos vacas de mierda, ¿o no? ¿Ah? Quieren entregar la oreja y reconocer el triunfo de Allende. Pero no todos son así, señores, ¿o nos tratamos de hermanos de una vez por todas?, hay hombres cuya importancia es indudable que están trabajando patrióticamente con grupos extranjeros para evitar la porquería de gobierno que se nos viene encima".

No, él había tenido razón. Astudillo no era el hombre para empezar de nuevo en el extranjero. Le habían crecido apetitos, apetitos que convierten en monstruos a los rotos ordinarios. Y para colmo de males, Astudillo quería dólares, pero dólares con sangre. En cambio él quería dólares limpiecitos, porque no iba a pegar ningún salto, era un hombre rico y educado. El quiere el milagro de la recuperación, que volviera a ser todo como antes, aun cuando tuviera que soportar otros seis años más esa desgracia de gobierno que había perdido las elecciones. Pero él no entraría a la línea de fuego, porque se lo comerían los políti-

cos. No. Desde muy lejos, conservando la distancia que lo haría de todos modos indispensable para desarrollar una verdadera industria nacional. Con imaginación. No lo aguantó más a Astudillo en esa reunión. Un roto ordinario infiltrado entre la gente bien, hábil pero ordinario, y había hecho dinero a *costa* de él. Astudillo le miró, bebió del vaso de whisky y luego la sonrisilla le hirió profundamente, porque Astudillo sospechaba que él se iría a Miami y seguro se estaba preparando para dirigir sus negocios en Chile. A él lo miraba como si de los ojos le salieran flechas envenenadas. En Miami necesitaría una persona de mundo, alguien en quien confiar, porque él no estaba dispuesto a pasarse todas las fiestas pensando si lo iban a traicionar en los negocios. La idea que se le ocurrió hace tres semanas no era mala del todo y podía resolver problemas importantes: la Pepy amante, administradora y llena de habilidad para hacerle los zapallitos italianos rellenos con arroz y carne. Astudillo llenó la reunión con sus planes de policía para los industriales y comerciantes: se crearían dos Cuerpos de Policía. El de Interior y el de Exterior. El de Interior lo destinarían a ejercer una vigilancia muy disimulada sobre cada obrero y empleado. A quienes simpatizaran con la Unidad Popular, tenían que despedirlos de inmediato. Si la cuestión de los despidos se ponía dura, tendrían que emplear la violencia contra ellos y sus familiares. Los policías se encargarían de provocarlos hasta el punto de crear las condiciones legales para atacarlos sin piedad. Sería tarea de ellos, también, ocultar mercaderías en sitios apartados con el propósito de dar cumplimiento a los acuerdos firmados con el CEACHI¹ y provocar escasez de productos indispensables. Las ventajas de la medida estaban a la vista y Astudillo dijo "puedo ver los rostros complacidos de ustedes, hermanos, porque adivinan que las mercaderías se venderán fuera de sus comercios, burlando a las au-

¹CEACHI: Comité Extranjero de Ayuda a Chile.

toridades, a precios triplicados o cuadruplicados. Como quiera la oferta. ¿O no?"

El Cuerpo de Policía Exterior ejercería vigilancia de alineamiento disciplinario en torno a la Patria y la Democracia. Denunciaría a los comerciantes que pudieran entrar a simpatizar con la Unidad Popular y coordinaría labores comunes con el resto de los empresarios "que ningún maricón se vaya de Chile, porque tengan la completa seguridad, hermanos, que el espíritu de Portales triunfará al fin".

Pero los DUN eran creación de él, de Florencio Costa R., y nadie parecía acordarse de un detalle tan importante. Los DUN tenían que atacar al gobierno y actuar sobre las instalaciones fiscales (en lo posible) y la vida de los chuchetas mareados con los comunistas. Claro, él era un teórico, no tenía la culpa de haber nacido con miedo, pero eso no le impedía ver con claridad lo que había que hacer, y como hombre serio y responsable lanzó la idea. Los DUN eran ya un monstruo incontrolable y los CUPO de Astudillo también lo serían con el tiempo. Astudillo se apropiaba de todas sus ideas y quería ser ministro de Economía. Entonces resultaba que no sólo tenía que preocuparse de que los comunistas no ganaran la partida y le quitaran la vida, sino que ahora surgían esos CUPO malditos que se le habían ocurrido a su socio (socio por necesidad) y que a partir de ese mismo momento lo estarían vigilando con el propósito de confirmar las sospechas de su huida a Miami. Confundían al enemigo. Ni los chuchetas del Banco Central (donde cuenta con amigos que le deben cada uno un favor más grande) habían descubierto sus negocios con los dólares y ahora tenía que preocuparse de los CUPO, como si ya no existieran los CUP de la Unidad Popular. Astudillo era un ordinario. Después de la reunión, cuando todos se comprimían en su ascensor privado, donde curiosamente sobre la madera de encina había surgido una leyenda MUERTE A LOS TRAIADORES, Astudillo hizo un movimiento de cabeza lleno de suficiencia para despedirse. Lue-

go, él había quedado solo, tranquilizado, dispuestó a revisar la estadística del día.

Se volvió a mirar aquel salón enorme, su escritorio, que había ordenado decorar sin ningún límite de gastos, y el exquisito salón contiguo de la intimidad. Sus hijos sonreían bajo el cristal de la mesa, en el puesto de él, el presidente de Costa, Astudillo y Cía. Mucho más abajo, en un cajón oculto, estaría ella sonriendo en una fotografía en colores que se había tomado en Zapallar. Y también la endemoniada belleza, un poco desgastada, de Pepy, tendida en el prado, allí mismo en Zapallar, pero naturalmente en la tarde de otro fin de semana. Trató de recordar el rostro de Sonia, pero se anticipó en su corazón una sensación de orgullo, la inmensa felicidad de saber que todos esos seres dependían de él, incluso el chuchetas de Astudillo, si se lo proponía. Pero atacarlo sería peligroso. Además, él era un hombre de buen corazón, pero nadie lo entendía. Vienen los ejecutivos a su oficina y se mean delante de él. Venía la directiva del Sindicato (hasta ahora por lo menos) y se meaban de miedo. Hipócritas de mierda. Después en cada fábrica, en cada tienda, le hacían una huelga. La competencia se lo come a uno si se pone a pagar todas las huevadas que se les ocurrían a los obreros y empleados. Mientras más sordera, más expansión, más inversiones. Y qué les *costaba* a ellos sacrificarse, si estaban acostumbrados a una vida que Dios les entregó, porque él no lo ha hecho nacer, ninguno ha nacido por su gusto, sino por el gusto y en las condiciones que se le ocurrió a Dios. Entonces era un asunto de Dios y ellos, que arreglen sus problemas con Dios, para eso tienen oraciones, humildad, arrepentimiento.

Los libros de registro, los archivadores ordenados en cada sección de sus empresas tienen fragmentos de su vida y cada hoja perforada y apretada en los archivos tenía pedacitos de dieciocho años, después del fracaso en la Universidad, veintitantos, de treinta y tantos, pedacitos de cuarenta y dos años, los pedacitos de ahora, cuarenta y ocho sacrificados años. Un

hombre que se deshace así en la vida, *por la vida*, no puede ser malo, aunque tenga miedo después de tantos golpes. Sonia no responde a ningún tratamiento. Con una mujer así, que acostumbra o le gusta dejarlo en ridículo en cualquier parte, él no puede marcharse. Pero ella no quedará sola. Se queda con los dos hijos. Los hijos se tienen que quedar, porque en ninguna parte del mundo podrían cambiar sus hábitos mediocres. Sacó un talonario de cheques. PÁGUESE A SONIA MARÍA DEL PILAR DONOSO Z. la suma de UN MILLÓN QUINIENTOS MIL ESCUDOS. Lo adhirió con un clip a la carta y a las escrituras de las tres casas que no había vendido. Luego puso los documentos en la caja de fondos, junto a los Soldados en Acción.

Terrible imaginar lo que sucede en las ciudades y en los hogares cuando los comunistas se instalan. En los clubes sociales, en los deportivos, en sus cumpleaños ante el personal de las empresas y en todo aquello donde se encuentran los amigos, donde se enfrentan las deudas y las acreencias los amores sostenidos en la clandestinidad. Entonces los que no tienen hecha la piel para las privaciones, aquellos que no pueden soportar la idea de morir aplastados por el propio edificio que levantaron con su esfuerzo (patriótico, eso no lo entiende nadie en Chile), tienen que huir a la paz, a la vida, porque el mundo existe por la vida y no por el odio ni por la famosa lucha de clases, existe para sentirse amado, como es para Sonia sentir la aspereza del vino violentándola incesantemente y para los chuchetas de la Upé acusar a sus enemigos, y a quienes no desean ponerse de rodillas, de reaccionarios o gusanos. Allá ellos. Los que se quedan tendrán que comerse su propia caca.

Con esa operación de quinientos noventa mil marcos alemanes la Pepy cerrará los libros de la agencia de turismo, una diagonal con tinta roja, totales, y una página de su vida para leer en el futuro. Pese a las condiciones pésimas del mercado, pudo vender bien la existencia de mercaderías de todas sus empresas. No a precios muy ridículos. El peruano que vino

de Tacna lo compraba todo sin fijarse en la calidad. ¿Para qué necesitaba hablar ya en las reuniones de los DUN? Ni los sindicatos ni Astudillo saben nada. Con las maquinarias y los bienes raíces no paga ni la mitad de la deuda que tiene con los extranjeros que le han prestado dólares. Y el cable que había enviado a sus proveedores de materias primas tuvo un efecto de solidaridad que lo emocionó: suspenderían las ventas mientras Florencio Costa no dirigiera las empresas. Esa fue la orden. Endeudarse en dólares en lo posible más allá de las posibilidades de garantizar los pagos. Si el gobierno se atrevía a joderlos, se encontraría con las tremendas deudas. Se le acabarían los dólares en menos que canta un gallo. Por chuchetas, que la Upé sepa lo que es responsabilidad, que cargue con la cesantía, con el hambre. Y si los demócratacristianos cedían, confirmaban lo vacas que son los políticos.

Quinientos noventa mil Soldados Alemanes Cansados para cerrar un capítulo de su vida. La maldita costumbre de los Bancos de averiguar si las cosas tienen fondos, si los clientes han tocado fondo. . . .Aló, ¿Nancy?, sube por favor a la sala del directorio. . .sí, amor, al tiro. . .sí, para contarte un sueño que tuve anoche: que volaban este edificio. . .sí. . .

OCHO

SEGUNDO JIMENEZ

El jueves volvió el hombre. La chaqueta que había llamado la atención de Segundo Jiménez, porque no ajustaba bien en los hombros, ahora la veía con profundas depresiones y el único botón que unía la parte delantera estaba a punto de caer. Además, pudo darse cuenta que el hombre no se había afeitado. Sospechoso. Mal olor. Un excelente negocio para el *mag-nus*. Las grandes decisiones, los grandes cambios de la humanidad, de la historia, del sexo. La cajita funcionando en su cuerpo, un poco de transpiración que brota en la duda, y luego el resultado, la decisión tomada. Pero surgió de pronto, con aquella confianza desagradable, apoyándose en el respaldo de su asiento. Ramón Barrera. En otra circunstancia habría sacado su mejor voz amenazadora y sus gestos más firmes para llamarle severamente la atención, pero se frenó. El jovencuelo insolente que trabajaba en la sección Documentos Descontados, al lado del escritorio de Carmen, había estado ayer tomando unos tragos con él, en su casa. No tiene nada que ver con la Unidad Popular ni con nadie, pero como es suchecito le trae buenos soplos de lo que pasa en el Banco. En su mismo departamento, entre el cuarto o quinto whisky, Barrera soltó el notición: hacían una lista negra, inscribían a los opositores del futuro gobierno para despedirlos. Lo

había recogido de buena fuente. Carmen y Segundo Jiménez en la lista, sueldo base, fecha de ingreso en la institución, algunos chanchullos descubiertos, los más evidentes, por cierto, porque los otros se habían quemado con los archivos. No se sorprendió. La noticia le entró con toda naturalidad, pero de todas formas, al espiar los muslos y el calzón de Nancy, sentada frente a él, no pudo seguir imaginándola desnuda, como lo había estado haciendo hasta entonces, tomado de la mano de Carmen. No iba a servir de nada la estúpida ocurrencia de los democratacristianos sobre las garantías constitucionales. Los pelotas caían como moscas penetradas por el insecticida marxista. Ayer los diarios habían dicho que la Upé y los democratacristianos habían aprobado el papelito con el proyecto de las garantías que pedían antes de elegir a Salvador Allende en el Congreso Pleno, el 24 de octubre. "¿Un cigarrito?", dijo Barrera, y él, que en otras circunstancias lo hubiera aceptado, dijo "no, cómo se le ocurre, le quedan dos puchos apenas". El otro insistió. Barrera acercó la llama del fósforo y metió la frase entre el humo del Hilton "¿quiere ganarse unos escuditos o unos dólares? ¿Ah?, lo pasará bien con la Carmen, ¿o no?" y él chupó atolondradamente el cigarrillo y luego expulsó el humo, y en esa circunstancia, sin que le dieran tiempo para meditar, contestó "interesante, interesante proposición para estos tiempos" y notó que se le escapaban todas las aprensiones sobre el hombre del mesón y evitó hasta donde pudo mirarlo de frente y dijo a Barrera que el Banco no tenía, en verdad, el equivalente de quinientos noventa mil marcos alemanes en dólares billetes y entonces Barrera dijo "la gauchada vale unos quinientos dólares" y como él no atinara a mover la cabeza afirmativamente, se le quedaba inmóvil la cabeza, Barrera subió la oferta "o si quiere, mil dólares en billetitos". Fue entonces cuando se apresuró a moverla, ¿CÓMO NO?, ¿CÓMO NO?, y Barrera se retiró a su sección diciéndole a Jiménez "gracias, viejito —con una entonación y un atropello a la autoridad que no se lo

habría perdonado nunca en otras circunstancias—, gracias, viejito, ya estás en la parada” y se fue cantando el valsecito peruano

Vamos amarraditos los dos, espumas y terciopelo.

Huaso de mierda. Lleva como ocho años en el Banco y todavía se le cae la etiqueta de huaso de mierda. Pero tenía que tomar en cuenta cómo se estaban poniendo las cosas. Los de la Unidad Popular no dejar vivir a nadie. Cinco terroristas dinamiteros había detenido la policía. Dicen que son de derecha para emborrachar la perdiz, pero no había duda que los barbudos mierdófagos quisieron volar la antena del Canal 9 de Televisión, barrer con los Bancos y los supermercados. Ahora tenía que recordar todo lo que sabía, todos los consejos que le han dado, por ejemplo las palabras sabias del árabe millonario cuando él no tenía auto todavía y el árabe le habló desde su Volvo último modelo (pruebas concretas, ahí estaba el Volvo último modelo, con sus asientos reclinables y el equipo estéreo) “si trabajas honradamente, cabro Jiménez, no llegas a ninguna parte, te comerán los vivos por lesa”.

Así es que estaba bien aprovechar lo de Barrera Bien.

Sin embargo, el árabe no le había dicho ninguna originalidad; sin embargo, la breve sentencia que sabía desde los veintiún años sonaba mucho mejor desde el auto fenomenal, es decir, habían pasado diecinueve años por su cuerpo desde entonces, cuando Roldán no quería seguir archivando papeles y le dijo “nos sa limos del Banco, ponemos un poco de plata y nos asociamos en una fábrica de tejidos de lana. Para llenarse de oro”. Pero él estaba vacío hasta el último recoveco de su billetera, lo pensó mil veces, quién no había pensado mil veces ser millonario y quién no había planeado y llevado a cabo con éxito lo que él se propuso después de la conversación con Roldán: robar de la caja del Banco el dinero que necesitaba. Luego simularía una pérdida ante el tesorero y finalmente el Banco resolvería que tenía que pagar el dinero *perdido*

aunque fuese en cuotas mensuales. Entonces, ofendido por la injusticia, pediría que aprobaran su renuncia indeclinable y se asociaría con Roldán. Igual que ahora, así, como había aparecido desde atrás Barrera con la cuestión de los dólares, cambiándole la opinión que se estaba formando del hombre del mesón, aquella vez, justito en el momento preciso, es decir en ese instante en que la suerte se le aparece a uno y hay que estar con los ojos abiertos para que lo pille preparado, sería la una de la tarde más o menos cuando decidió traspasar el dinero desde la caja al forro de su chaqueta, en billetes grandes, y estaba contando los billetes y los reducía apretándolos con clásticos cuando surgió el jefe de personal y lo quedó mirando con esa tremenda fuerza que no le pertenecía al jefe de personal, sino con la fuerza que se tragan los hombres como un tónico cuando les dan puestos importantes, por ejemplo, jefe de personal en un Banco (el que hace entrar y salir al personal de la institución, el que te anota los atrasos, el que archiva las calificaciones de tus jefes y si te las encuentran malas va donde el gerente y dice "a éste lo despedimos por penca"). "¿Contando plata?, ¿cuánta plata le hace falta, señor Jiménez?, bueno, no se asuste, tranquilito, tómelo con calma" (y así podían hablar los jefes del personal, naturalmente, *en sus circunstancias*, solamente la gente como él, los importantes del Banco se florecaban con las situaciones, hacían moñitos con las palabras, jugaban a las ironías, gozaban de los hechos, se los mataban), y él, Jiménez, sintió el calor de sus mejillas, sintió el incendio en el rostro, y la otra temperatura, la de hielo, en el estómago, el tambor del corazón y el zumbido de unas cien abejas en los oídos. "La justicia tarda pero llega —dijo el jefe de personal, y él no dio la cara, porque tenía el fajo de billetes en la mano—: así me gusta, que los hombres hagan de todo, que aprendan a coser la ropa, pero no tenga la aguja y el hilo a la vista del público, pues, Jiménez. Bueno, no importa, tengo que decirle que le aumentamos el sueldo, no es mucho, pero de a poco le iremos arreglando

la situación. Firme aquí la modificación en su contrato de trabajo." Ahí se habían ido a la cresta el asunto de la sociedad con Roldán y las posibilidades de hacerse rico. Recordó que todo se debía a un hecho muy simple: no había participado en la gran huelga de Bancos y entonces empezaba a vislumbrar el reconocimiento de su adhesión a los patrones. Las circunstancias, sin embargo, se presentaban distintas ahora y el futuro ni siquiera se podía sospechar. Ciertamente, estaba como siempre al lado de los patrones, porque ellos, arriesgando el capital y las ideas, daban trabajo a miles de hombres y mujeres. Sin embargo, cosa increíble, se rumoreaba insistentemente que dentro de muy poco todo eso no le serviría de nada. Cuando estatizaran la Banca. El momento más angustioso de su vida, el momento en que los rivales se estudian para llegar a un resultado: los mierdófagos lo despidirían. Había muchos allendistas que ambicionaban los cargos importantes. Ganarse unos dólares en una operación tampoco era una novedad para él. Lo venía haciendo desde fines de agosto, pero trabajar con quinientos noventa mil marcos alemanes era un asunto importante. La oportunidad de ahorrar para los tiempos malos, asegurarse para cuando tuviera que pagar caro por hacerle el amor a Carmen.

Llamó al cajero. Tenía que hacer un recuento de la existencia de dólares en efectivo. Por curiosidad, se dirigió al mesón a espiar al hombre. Le bastó una mirada para confirmarlo. El traje era de buena tela, eso no iba a dudarlo más, pero la corbata no tenía nada que ver allí, no existía ni armonía ni gusto ni calidad y los zapatos eran de un color café irregular, muy lejos de entenderse con el traje negro a listas claras. No se divisaba por ninguna parte una señal que permitiera asegurar la legítima posesión de un cheque por quinientos noventa mil marcos alemanes. Era un palo blanco. El corazón superacelerado. Una gran operación comercial, una peligrosa operación comercial. Todavía estaban los dueños del Banco y la capacidad de los ejecutivos se medía no por los negocios

malos que evitaban, sino por la cuantía y calidad de los negocios que hacían. Una excelente comisión para el Banco y mil dólares para él.

El cajero dijo que disponía de una cantidad suficiente de billetes para cambiar el cheque. ¿Abriría una cuenta en Suiza? ¿Sería el comienzo de una seguidilla de operaciones ventajosas para él? En otras circunstancias, a Barrera lo habrían despedido de inmediato por infringir la Ley de Cambios de manera tan descarada.

¡Por la miéchica!

Tenían que ser así las cosas, siempre han sido así. Los patrones y él mismo se veían obligados a hacer cochinas para que el Banco progresara, pero callados, sin andar haciendo alharaca. Con orden y silencio. De repente salía un funcionario público picado y las emprendía contra ellos. Tolerar cochinas entre los empleados habría significado el suicidio de la empresa. Los clientes debían conservar la imagen de la virginidad casi emocionante de la institución bancaria. Ahora no era lo mismo. Han estropeado la disciplina antes que tomen el gobierno y casi ningún ejecutivo quiere mandarse un tiro al corazón adoptando medidas represivas contra los empleados. Quién sabe lo que va a pasar, dicen. Nadie lo sabe. Mientras no lo supieran tenían que andar con cuidado, porque con todo lo que habían hecho en el pasado bastaba y sobraba. El despachador del mesón dijo "diga, señor". Jiménez pensó en el terno con depresiones rugosas, en el nudo de la corbata amarillenta, en los zapatos café y en los riesgos de la operación. Dijo al despachador que extremara los cuidados con los documentos de identificación. Exacto. Una cédula de identidad despedazada en la cubierta plástica y una roída tarjeta de enrolamiento tributario. ¡Comerciante! El despachador extendió sobre el escritorio un papel rotulado ITT, COMUNICACIONES INTERNACIONALES. "Todo perfecto, todo perfecto", dijo el despachador. Jiménez alisó el cable sobre el secante y leyó cuidadosamente

...SUYO 2 DE OCTUBRE CHEQUE NÚMERO XGH 4367897 MARCOS QUINIENTOS NOVENTA MIL DE LA CUENTA NÚMERO J-4524879 FONDOS CONFORME... Estupendo, Estupendo, estupendo, estupendo. Ahora correspondía afinar los detalles. Llamó a Barrera por el citófono. Barrera se notaba tan excitado como él, hablaban a la vez los dos atropelladamente. Decidieron mantener la calma, sujetar las piernas, hacer un esfuerzo por entenderse. Jiménez habló primero, habló con temor, con una obligación ineludible de hablar... ¿Cómo liquidaremos mi parte?... / ...yo diría cómo vamos a liquidar la cosa. Sencillo, muy sencillo, viejo... / ...¿y si alguien está escuchando?... / ...cuando todo esté listo, ¿me entiendes?, tú vuelves a llamarme por citófono. Bajaré con él por las escaleras y volveré con los mil tuyos. Después me das permiso para salir. ¿Okey?... / ...Okey, demonio...

Así fue el meneo ese. Así no más, sin ninguna complicación. Jiménez fue al mesón y habló con el hombre. Cosas intrascendentes. La primavera que no se decide a venir, las lluvias, mucha gente en las calles, está todo tranquilo. Casi sin mirarlo, porque esa corbata en la que acababa de descubrir una mancha gris, y las puntas forcidas de la solapa de la chaqueta, y la camisa blanca de un nailon transparente le reforzaba una sospecha bancaria, un cierto recelo con que él a lo largo de muchos años podía como olisquear el futuro de cada negocio, la exacta conducta invisible de la operación y sus consecuencias. Un palo blanco. Retornó al escritorio. A veces, puras sospechas y nada más. Sin audacia, habría que cerrar los Bancos y abrir puras notarías. Cuando Barrera estuvo en la sección, Palo Blanco lo seguía con una mirada llena de ansiedad y al parecer hacía señales con un dedo. ¿Ilusión psicótemerosa? El huaso parece que acusó la impaciencia y pasó rápidamente, casi rozando a Palo Blanco. Después vio, ¿ilusión psicoahuevonada?, a Barrera guardarse algo en el bolsillo.

El huracán remeció intestinos, piernas, masas en-

cefálicas. Inquietud por convencerse que no había ningún temor en él, ni siquiera por los allendistas, sino que comenzaba a nutrirlo una inmensa alegría, un gran golpe de suerte, en el minuto preciso, en el único, en el minuto del cabo Barrera, minutos que en otras circunstancias no habría sabido aprovechar.

Pero el hombre que estaba junto a él corrió velozmente, ocultándose entre el grupo que escapaba.

NUEVE

NANCY

El señor Costa me ve y seguro que se le corta respiración. Lo del perfume esencia de jazmín fue una buena idea. ¿Cómo decirle? ¿Señor Costa, don Florencio, sencillamente señor? Buenas noches, don Florencio, hola, Florencio. ¿Cómo está usted?

Durante el trayecto hasta el restaurant que acaba de inaugurarse en Las Condes no puede sacar ninguna conclusión sobre la abuela, el gato, el hombre que maneja el automóvil, los riesgos para una muchacha soltera, los consejos sobre el licor, lo hermoso que es salir del aburrimiento, cómo viajar a países lejanos, sacudir las sombras espesas de su casa, aspirar el aire de la noche cuando la ciudad parece entregarse a unos pocos. En la mesa, una tarjeta con sus nombres y un restaurant deslumbrante, estilo colonial, pero nuevo, las vigas oscuras, los velones sobre la mesa, el respaldo de las sillas, y parejas de ojos tiernos en semiluz y la cabellera agitada del baterista golpeado con pasión el tambor. Ella lo mira desde abajo. El otro arriba en la edad, arriba en la seguridad de

que llama al mozo, en la fría mirada que pretende (una simple sospecha) disimular la satisfacción de la nueva aventura de la cual ella es protagonista. Decencia, abuela, recato, abuela, dignidad, abuela, honestidad, abuela, abuela. Pero éste no es su primer hombre, abuela. Hay un momento en que es completamente absurdo decir NO, el NO representa la utilidad cero, nadie gana. ¿Seguirá con los estúpidos consejos, abuela, narrándole experiencias que no le sirven de nada, consejos defensivos? Pero NO, ¡qué agilidad, abuela!, necesitaría que le hablara de asuntos concretos, por ejemplo, puros escollos, casado, rico, lleno de problemas. El ha dicho que el Presidente Frei lo tiene hasta la tusa, pero que ningún mal dura mucho y que el gobierno se acabará en un año y medio más. Es casi seguro que vendrá Alessandri a ordenar las chambonadas de este gobierno que no deja trabajar a los hombres honrados. "Puros improvisados en el gabinete, pero a usted no le interesa eso, ¿verdad? Estoy francamente cansado, me eligen presidente de esto, de aquello, de lo que va a venir. Por eso esta noche. Un relax necesario." Calvo, cabello frondoso plateado en las sienes, como ella se imaginó a los ejecutivos, a los asesores del gobierno de Frei. La orquesta hace sonar una cumbia, concentración en la pista, un rápido acuerdo y comienzan a moverse todos exactamente igual. Se ven sólo las siluetas. Un pisco y coca-cola y en su interior algo retrocede, toma impulso y estalla como una pequeña bomba con la cumbia. Es un crimen quedarse mirando en la vida cómo se pasan los años, con una abuela idiotizada. Para sobrevivir, para comprar vestidos y pinturas y discos, lee:

SE NECESITA SECRETARIA, SUÉLDO SEGÚN CAPACIDAD.

Astudillo la había llevado al escritorio del señor Costa y firmó el contrato de trabajo, una emocionante faja tamaño oficio, tres copias, fechas y horarios en letras gruesas, estudios y calificaciones, edad, su fotografía con el cuello numerado, los conocimientos de taquigrafía y dactilografía, un verdadero jardín lleno floridos y a veces espinudos artículos que al fin

de cuentas representan su liberación, el comienzo de su propia vida y un poco de tristeza, porque aquel hombre que estaba sonriéndole no tuviese entre sus decenas de empresas una gran organización de espectáculos. "No crea que acostumbro invitar siempre a cualquier mujer. Eso es muy raro y le ruego que lo tenga en cuenta." Luego firma un blanco papel donde solamente se destaca el membrete. En caso de urgencia ellos escribirán en ese papel "sólo en caso de urgencia, no se preocupe".

Pasa un mes, dos, tres, cuatro. Se olvida que el otro es un hombre casado a *costa* de quererlo cada día más. Todavía no vendían píldoras para no sentir amor abuela, la fuerza de voluntad, la personalidad, macanitas, abuela. Le había dicho que tenía que estar al lado de los derechos y los deberes, pero después, abuela, se ve que los derechos y los deberes no son del mismo color para todos, la gente casi los elige, o se hunde en ellos como en un pantano: cuando una vivía con una abuela que no oía, que dormitaba sus últimos años, encerrada en una casa de dos pisos, oscura, con enormes paisajes al óleo en marcos dorados. Florencio le ha encargado las últimas cartas que escribirá en Chile. La máquina eléctrica marca líneas firmes, como el Florencio. Por la otra, han pasado años y años. . . , las esposas repiten millones de veces sobre el tablado del matrimonio las mismas frases, las mismas poses. . .

Luego el coñac y el deseo de volver a casa. El fantasma despertaría ágilmente escupiendo consejos. Por tu bien. . . , por tu bien, volver a casa y dejar al hombre plantado en su auto. Moverse entre las amistades, hablar, hablar, que la vean, una sola prueba en un teatro de variedades, porque es casi ridículo resignarse a ser esa bella, hermosa mujer, insignificante jovencita, como la diezmillonésima copia de tantas muchachas que no saben qué hacer con sus lindas piernas. ¿No lo habían pensado y sufrido así Marilyn Monroe, Brigitte Bardot, Sofía Loren?

Cómo habían pasado los meses. No bailaron ni una sola pieza, pero la radio del auto también expulsa-

ba cumbias "es el tipo de mujer que me gusta, el tipo de mujer peligrosa". ¡Como si fuera la primera vez que se lo decían! Nada más que para atormentarla. Se resiste, la verdad es que no se entrega, no es que pretenda valorizar las predicas, abuela, la verdad, no quiere *todavía*. La saliva en el cuello, allí rodando la esencia de jazmín, qué bueno que se atasca el cierre... retrocede... y pasa el obstáculo, dice "no, por favor, eso es, de encajes, siempre lleno de encajes (será por la abuela, pero no, es la moda), son delicados como debería ser el amor, el baile, la vida, como debería ser todo, se puede ver la carne a través de los encajes, ¡qué hermoso auto tiene usted!", pura comodidad y nadie diría que el dueño lo echa a perder todo tan rápido, piense un poco, por favor, yo no soy una de sus facturas, esperaba otra cosa, otra cosa, casi todo, palabra, no me mire así, Florencio, me asustan los ojos locos, está acostumbrada a su mirada de la oficina, dulce, indulgente, insufrible, suficiente, lejana. ¡Y todavía la aplasta! Si empieza a llorar lo asustaría, porque su llanto no tiene lágrimas, sino fuertes y prolongados sonidos, nadie en el mundo podría hacerla callar, así fue en navidad: descubrió al amanecer una hermosa muñeca, le habría gustado verla a Florencio, ella corría de felicidad por toda la casa. La madre estaba más feliz todavía. La perdió en un trolebús el mismo día. Hasta había pensado en un padre para la muñeca. Era hermosa, cabellera rubia, traje de bailarina, qué manera de aplastarme, Florencio.

El citófono... sí, amor, voy... La voz de Florencio, el error en la carta, más bien, no respetó el margen. La haría de nuevo. Es el mismo de entonces, pero ahora es suyo. Al abrir la puerta confirma la verdad. No es un sueño. Está ahí. Comienza a hacer calor, pero a Florencio le gusta exageradamente la luz y la lámpara está encendida en cincuenta partes. Las cortinas blancas necesitan un lavado, nadie las lavará nunca más, porque ahora hay otras preocupaciones. Irse lejos, quemar archivos, cobrar facturas atrasadas. Antes de salir se había untado la oreja con esencia

de jazmín. A él le gustan los perfumes, desde que le conoció adivinó casi todos sus gustos. Lo mira, las dudas no caben, Ramón es un mocoso, no tiene ni un solo misterio, ni un solo riesgo, puras ilusiones, sueños es igual a ella. Su existencia es la respiración de Costa los momentos de Costa en el escritorio, los modales de Costa que hacen temblar a los empleados, las caricias de Costa, casi brutales, la generosidad de Costa

—Bueno, esto no es chacota, ¿qué me dices de los 590.000 marcos? Me estoy poniendo nervioso. Eso son los negocios de la Pepy.

—Es de tu confianza ... y creo que algo más amor.

La Pepy es vieja, ella es joven. Puede hablar fríamente, con ventaja.

—La idiota no ha querido decir a quién se lo compró, imagínate no saber a quién se le compra un cheque por 590.000 marcos, paciencia...

O—no se preocupe, amor, acaba de llamar el enlace, todo va perfectamente. Los dólares podrás tenerlos hoy, mañana o pasado. No es fácil transportarlo. Dijo que tuvo que pagar una comisión al empleado del Banco.

—Todo está mal hecho, querida, son todos unos chuchetas. Los dólares deberías tenerlos ya en tu poder. No veo la razón de la demora.

—El enlace pide paciencia... él arriesga.

O—¿y yo no?

Florencio está preocupado. Habla de amargura, de incomprendimientos, de la situación insostenible en Chile, de los errores de la derecha al insistir con un candidato anciano. Todo estaba perdido en este país, los demócratas cristianos estaban dispuestos a elegir a Allende y Astudillo sospechaba que él se iría a Miami. Cree el hoyo del queque el chuchetas. Quiere hacer cargo de la Compañía, no lo ha dicho claramente pero le cuelga la saliva. Encontraría puras deudas. ja... ja... ja...

—¿Qué harás con la Pepy y la agencia de turismo?

—Puras deudas, a la Pepy le dejaré unos Sold

dos para que se entretenga. ¿Sabías que Astudillo es un alto jefe de los DUN? Anda trasmitiendo que está en un plan ultrasecreto para impedir el ascenso de Allende, es urgente que nos vayamos.

Sirvió whisky y puso la Radio Andrés Bello. Música clásica para curar las incomprendiones. Dijo que todos lo querían por el dinero y que anoche había tenido un sueño: volaban el edificio y estaba él solo.

Y, sin embargo, ella no le había dicho que Ramón había llamado temblando de miedo.

—Los yanquis no cooperan, son unos chuchetas, que nos jodamos aquí. Aseguran que después se van a poner duros con Allende y de todas maneras lo van a botar. Es una esperanza para que nos quedemos en Chile, pero yo no confío en los yanquis. Astudillo está en otro plan, todos corren por su cuenta...

No le interesa lo que sucede en Chile. Una abuela podía ser una bomba. Le interesa él, nunca por el dinero. Palabra. Ese abrazo, ese beso, querido Florencio, esa entrega, no podía confundirse con una máquina que vende amor después de echar la moneda y presionar el botón.

Un beso en la mejilla, toma su enorme cartera de cuero. Almorzarían en una hostería de La Reina, luego volverían a pasar los últimos instantes en la oficina.

Algo que él nunca le ha dicho: casarse.
¡Qué ágil!

DIEZ

RAMON BARRERA

¿Qué se habrá imaginado el huevón del admirador? Me empezó a poner la pata encima desde primer día. Que llegaste tarde, huaso de porquería que péinese, que arréglese (¿y con qué plata, digo yo no quiebre tantas copas. Y al final de mes los d cuantos por los atrasos, las copas rotas, el almuerzo, desayuno, etcétera. Y el pendejo habrá empezado copero también, pero se le olvida y se infla de orgullo si puede ponerte los dos pies encima. Total, aperi para la micro. Esto no es vida, es una cochinidad con cualquier mierda. Yo no quería eso, ni usted, ni nadie que viene de lejos quiere una lesera así. Por menos se le ocurre un bonito uniforme, no quiere delantal sucio y húmedo, manchado con todas las porquerías que los clientes desparraman en los platos. Prefiere un traje azul con botones dorados y una linterna en la mano, una linterna para descubrir las cosas que se hacen en la oscuridad. Empecé en el Teatro Toesca. Venía una pareja con cara de no ver película y yo les buscaba los asientos de atrás, pegados a la pared. Los tipos que se sientan atrás en los cines se los gallos agradecidos y generosos. Te buscan siempre la mano con un buen billete. Pero tampoco es eso que uno quiere cuando viene de lejos después de haber raspado espinillas y metido los dedos en las nar

ces para sacarse el olor de ajos y cebollas y parafina y todo lo del almacén del viejo. Encontré el tiempo necesario para quemar mis últimas esperanzas: me puse a estudiar. No se puede llegar a Lo Miranda después de tanto tiempo, en un auto bonito, con Nancy (podría ser un Volvo en vez de un Mercedes), a deslumbrar al viejo grasiento si uno no puede bajarse y echar una demostración de buenos modales y de saber hartas cosas. Estudié como un loco y después me iba al teatro a acomodar gente. No, tú no aguantarías un minuto que te pisen porque sí no más, o porque andas mal vestido, al tiro piensan que uno es un mal hombre, que uno le va a desparramar vergüenza al que anda contigo, piensan que uno es un hombre sin valor de nada, sin estado de situación decente y te apartan de la conversación, es todo automático, ahora no es como antes, como hace unos pocos años, pero no te invitan a ninguna parte, ni menos vas a pensar en volver a Lo Miranda como se debe, a ver cómo andan los sarpullidos de Lo Miranda y las canas de Venegas. Yo pensaba en lo sencillo que es resignarse, a andar cómodo hasta cierto punto en un traje viejo, como aquellos trajes inmensos que me hacía la tía Remigia. Quien anda con un traje de malo para abajo no anda haciéndoles el quite a las manchas, y en Santiago, en la escuela, al que le hacían el quite era a mí. Pero siempre hay una mujer que te espera (si no crees pregúntale al Roma), pero tenía ganas de conocer una Nancy y tuve que ser feliz a medias con una niñita que me encontraba de todo: medio Alain Delon, medio Marlon Brando, medio James Dean. Por más que quise corresponderle, no le encontraba a ella más que pelos debajo de la nariz. Pensé que podía entrar a trabajar en un Banco, había estudiado lo suficiente. Los tipos mejor trajeados, los más encorbatados y los más peñaditos eran esos gallos que trabajan en los Bancos. No los ves nunca con los zapatos rotos ni con las camisas raspadas en el cuello o en los puños (por eso, el Roma llamó la atención de inmediato). Yo te digo que, en todo caso,

uno va a un fin y si a ti te presentan una buena oportunidad no tienes por qué farrearle el fin así ni más. El certificado escolar de los dos últimos años me lo arregló un amigo. No creas que era un tipo de mala estómago, que se ganaba la vida con tu desesperación ni pensarlo, era un artista que había perdido la esperanza del triunfo y te cobraba los materiales y el tiempo que gastaba. Nada de especular. Nos queríamos mucho, pero teníamos miedo de querernos tanto, porque nos íbamos a influir la desilusión, y, amargado siempre, no se puede ser amigos. Sacó todos los materiales de cuando era artista y borró los números como una inundación. Era bueno para arreglarte cualquier clase de certificado o de hacerte diplomas, si querías. Las excelentes notas del certificado me pusieron valiente. Sentirse promovido dos años en quince minutos o menos no te lo creen en ninguna Universidad. Hablé con el gerente de la empresa de cines "vengo a decirle que no le trabajo más", y él dijo "hable con el contador, a mí qué me importa, el que se jode se jode no más". Yo dije que durante todo el tiempo que había estado trabajando se me había ocurrido que tenía derecho a llegar a ser un tipo como él, que había algo mejor en el mundo para mí, para volver a Lo Miranda. El viejo enchuecó la cabeza hacia la lámpara con unos ojos pequeñitos que habían mirado unos sesenta años, por lo menos, y, además, ladeaba la cabeza hacia la boca de uno para acortar distancia y poner en posición el oído, que se le había gastado menos. Se entretuvo en subirse la punta de los bigotes a la nariz y me pareció que yo le importaba lo mismo, que me estaba poniendo la pata encima como el administrador y me dio rabia, mucha más rabia que si me pusieran en Lo Miranda la pata encima y a la tía Remigia no la sacara nadie a bailar, aunque le pisaran las chalas. No se lo iba a aguantar, menos a un viejo que según la lengua de los acomodadores se las daba de socialista. Los socialistas les dan a todos la mano, eso creía, pero o los socialistas no le dan la mano a nadie o ese viejo no era socialista, o era so-

cialista, pero gastado. A mí me empezó a doler la cabeza. El viejo revolvía los papeles. "Busco fósforos", y yo miro a Frank Sinatra pegado en la pared y a la Marilyn Monroe, a Romy Schneider, a Gina Lollobrigida, a Tony Curtis. A todos esos degenerados pajaros me los sé de memoria. En pelotas, en pantalones, en putas, en vírgenes, en monjas, en princesas, en toda clase de misas, en cantos y lloriqueos. Era divertido mirarlos cómo se ponían feos, o meneaban las caderas movidos por el ventilador oscilante. Se oyó el murmullo de la gente que sale al hall del teatro. Unos minutos y comenzará de nuevo la misma película, es como mucho pasarse la vida así. No encuentra los fósforos. "Las cosas no están buenas —dijo el viejo—, nadie colabora con la historia. Este gobierno de Alessandri ha sido la peor calamidad para un país como éste. Estamos pisando en falso, todos pisan en falso. Yo no debiera estar aquí en la cima, haciendo de cochino burgués, pero tengo que vivir y para vivir hago mi teatro, porque si me pongo a pelear por los ideales, por colaborar con la historia, me liquidan y tengo que alimentar mujer, hijos y a veces nietos. La cuestión del matrimonio no ha dejado de ser un enredo más. Estamos pisando en falso." Si es que pisa este viejo, pensé. "¿Qué le damos a la gente en los teatros? Ahí tiene, diligencias, balazos, crímenes, fiestas fastuosas, la vida deslumbrante de los magnates de USA, amores imposibles, puro veneno. Y usted quiere llegar a ser un Henry Ford, ¿verdad?, porque es mentira que sólo desee llegar a donde llegué yo. No, usted quiere ser un Henry Ford, pero hay millones y millones que se quedan mirando a Frank Sinatra con la panza vacía. ¿Dónde puse mis fósforos? Y si les doy películas suecas sin mujeres en pelotas, se corre la bola y no viene nadie al teatro. Y no hay qué comer."

El viejo dijo "espera sólo un minuto, voy por los fósforos, te dejo con Frank Sinatra y Marilyn Monroe. ¡Pobre mujer!, una víctima de la industria. ¿Para qué todo digo yo?", entonces yo le digo "me voy al tiro, liquideme el sueldo". El viejo me mira, apenas oye.

No sé, pero siempre me acuerdo del viejo. Me pago el doble de lo que me correspondía, no podré nunca entender al viejo ese, pero me dio rabia que me regalara dinero y me dije los viejos no tienen nada que hacer con los jóvenes, en vez de hacer un país para Lo Miranda y un país para Santiago debieran hacer un pueblucho para los viejos y un continente para los jóvenes. Los patrones viejos no sirven. Quise provocar al viejo, pero en verdad quería vengarme de todos los mugrientos que me habían puesto la pata encima y me pasó por la cabeza decirle pega aquí, viejo de mierda; atrévete, vamos, a ver si te la puedes, de una vez por todas, dime, en qué piensas. Que soy una porquería, ¿verdad?, un obrero irresponsable, que me estás dando limosna, que tengo que darte las gracias, pero es cosa tuya, viejo huevón, y yo ¿quién te crees que soy? ¿Crees que voy a volver algún día a Lo Miranda con esta cagada de plata? Pero el viejo buscaba fósforos entre los papeles. Cuando quiero salir me dice "espera". Saca una tarjeta, escribe algo, la firma y me la pasa. Si quiere, vaya al Banco zu y me abrazó. Le hubiera apretado el cogote, la pura verdad, al viejo sordo ese que me mandó a esta cabronada.

De nuevo, forzando la pierna, hundi el acelerador.

ONCE

ALGO SOBRE MARCOS RUBILAR Y SU MUJER

La mujer recuerda que en la noche del 7 de octubre creyó que Marcos había bebido demasiado. Hacia mucho tiempo que el hombre no bebía y Marcos explicó muy poco, algo así como que había que estar feliz porque Allende sería Presidente. El Estatuto de Garantías había sido enviado al Congreso. La mujer se alegró también, porque había dado su voto a la Unidad Popular y esperaba que las cosas, todas las cosas, cambiarían. Y Marcos, serían las ocho de la noche, entonaba canciones lentamente, como si tuviera la lengua pegada con neoprene, y dijo unas cien veces viva la vida, viva la vida, viva la vida, viva la vida y nunca había reído tanto.

Su marido tuvo que ir en muchas ocasiones a la comisaría, pero nunca por el alcohol. Eso jamás de los jamases. Vendía en la calle mapas, tarjetas, pene-tas, lápices de pasta, posters. Los comerciantes establecidos reclamaban y Marcos nunca le pidió permiso a nadie para trabajar. Es un derecho, es un derecho, es un derecho. Lo raro es que la noche del triunfo de Allende él no bebió una sola gota de alcohol. Parece que la alegría lo había tumbado de cansancio

y sólo decía que en adelante trabajaría tranquilo. Volvería a instalarse con su canasto de frutas en la única parte que a él le gustaba, en la Alameda frente al edificio de la Universidad de Chile. Habló de los tomates, de los duraznos pelados priscos, de las cerezas corazón de paloma, de la uva blanca, rosada, de los melones Honey Dew. Agrandaría el negocio. Al lado de las frutas, una carpa para las tarjetas de Salvador Allende, del Che, de Lenin, de Marx, de Fidel.

Cierto. Poquito más de un mes después, en octubre, llega borracho. Viva la vida, viva la vida, viva la vida. Y era un hombre que se preocupaba de casi todo, porque no se preocupó de todo como todo. Casi. ¿Algo raro? Nada. Para qué lo iba a decir, él se preocupaba de las cosas y en los últimos meses no podía dormir tranquilo con tanta barata desfilando por la pieza. Por ahí empezó a discutir ella con el marido. El las pisaba con los zapatos, pero desde que el niño las recogía para comérselas cambió de táctica. La mujer alegó que la tarea de exterminio le correspondía a ella, y se entretenía así: metía a presión la cabeza de un alfiler en un corcho, ataba el corcho a un cordel largo, buscaba la barata, alzaba el corcho y luego lo dejaba caer en el lomo de la cucaracha, enterrándole la punta del alfiler. Y anduvieron enojados harto tiempo. El marido compró un frasco de tanax cuando vio que la mujer erraba unas veinte veces seguidas. La mujer volvió a sonreírle al marido después que una mañana estaba barriendo las cucarachas muertas. Estaba iluminada por una esperanza: encontrar en los almacenes del barrio un alfiler de unos cincuenta centímetros para ensartar los insectos. Los comerciantes se disculpaban, diciendo que el artículo no estaba a la venta todavía. En una semana más, casi seguro. La mujer se puso feliz. Mientras tanto, las baratas seguían desfilando todas las noches por culpa de los vecinos: se producía la inmigración por las tablas divisorias de las viviendas. El marido habló como un verdadero presidente de la junta de vecinos sobre la pre-

ocupación que había que tener con las cucarachas y lo aplaudieron mucho. Pero resolvieron no hacer nada mientras todos no salieran a dispararles a los bichos. El marido se enojó cuando después de los aplausos un pendejo pelucón dijo "dejemos esta cuestión para cuando recibamos los alfileres largos" y entonces se armó la batahola porque un anciano acusó a los de la casa diez que se pasaban oyendo radio hasta la madrugada, un programa de tangos que transmitían desde una quinta de recreo y lo molestaba a él, de la casa nueve, que tenía que levantarse temprano para ir a estucar muros en la construcción, y el de la casa diez contestó de inmediato que él se ayudaba con la música para espantar el miedo que le daba el martillo de la casa doce, donde hacían sillas de playa en la noche para cambiar por ropa vieja, y hacía como cinco años habían asesinado a un viejo solitario de un martillazo en el cráneo, y el de la casa ocho dijo que sí, que era cierto, todos eran unos irresponsables y habló de la clase trabajadora, trabajar no más en lo que fuera y a la hora que fuera, lo demás eran huevadas de cucarachas, si el pan estaba primero y lo que interesa no es eso, claro que no, hay que saber lo del 7 de octubre en la noche, cuando él llega borracho, viva la vida, viva la vida, hablando que está en un negocio bueno y sencillo. Y dijo "a las huevas las cucarachas —mientras las mataba con una botella de vino—, nos vamos a cambiar de casucha y vai a tener un quiosco de metal allá en la Alameda, con sombrita, con techo". Y ella pensó que a lo mejor andaba con otra galla, que se las estaba jugando y lo reta por borracho y mujeriego y él dijo que andaba con la suerte y que iba a tomar todo el viernes, el sábado y el domingo y que mientras tanto la mujer tenía que matar las baratas con tanax o lo que fuera. Y la mujer se puso contenta. "¿Quieres un vestido? Bueno, un vestido para que te tapís." Todo era un poco distinto. ¡Vaya a saberlo ella, si lo hubiera sabido! / "Soi un rajado —le dice la mujer—, vai de mal en peor, ahora andái tomando

como si el compañero¹ te pagara el trago, como si te sobrara la plata y los cabros se andan comiendo los mocos”, y él dice “no me provoquís, porque no vai a responder si te saco la cresta”. ¡Si ella lo hubiese sabido! El pobrecito era bueno, lo hacía de bueno, de puro contento celebraba como celebran los pobres. Pero él no dijo nada de plata extranjera “te voy a dar una respuesta pa taparte el hocico” y se acostó cantando viva la vida, viva la vida. Por eso la mujer decía que la plata no le hace a nadie la felicidad, trae pura mala suerte, y Marcos sabía eso y ella cree que él no lloraba de felicidad en la cama, ni porque andaba borracho, él adivinaba la desgracia que le iba a venir, la estaba viendo a la desgracia que se le metía y se le metía. Viva. . .

Y lo otro. Que un jovencito la había venido a ver una tarde que Marcos no estaba, sería a fines de septiembre, no se acuerda bien de la fecha. Lo había conocido a Marcos en la Alameda cuando le compró tarjetas. Eran buenos amigos y le llevaba un paquete con un terno.

La mujer tomó un martillo y empezó a darles a unas cucarachas muertas.

“Se volvió loco —dijo—, de puro loco se pegó un tiro. Habría estado tomando todo el día quizás dónde. Aquí vinieron de Investigaciones. Puros maletines y frascos y polvos. Yo conté lo que sabía: que nunca tomaba y que peleábamos por las baratas. Me avisaron casi nueve meses después que se mató de puro loco y borracho.”

¹El compañero = El compañero Presidente.

DOCE

FLORENCIO COSTA

A la oficina de nuevo. Había almorzado bien y en otra época se habría acostado a dormir la siesta en el salón contiguo. En pocos días más esta rutina se acabaría, prepararía las maletas y listo. Le quedaba no más el riesgo de llevar consigo los dólares en billetes, pero era mucho menor que llevar un cheque bancario que volvería cobrado a Chile con las huellas de su nombre en el endoso. Se acabarían los parásitos, porque con él todos ganaban. Todos. La cabrona de la Pepy, Sonia, la chiflada de la Nancy, el chuchetas de Astudillo y un centenar de gallos más. Ahora lo iban a echar de menos sus empleados. Todos ganaban a *costa* de él. Hasta con el apellido lo habían embarrado, lo habían untado de un signo fatídico, a *costa*, a *costillas*, por los costalazos que él se había dado, *conchas de su madre*.

Nancy, la Pepy o nadie.

Pero la soledad lo abruma, no puede ir solo. Cinco pisos más abajo, en la calle, de nuevo los gritos y siente que está más solo que nunca. Su oficina es enorme, alfombras, un gran diván, cuatro sillones giratorios, mesas de arrimo, lámparas de mesa, los cuadros de pintores mediocres que le habían regalado los empleados de la industria y ahora los chuchetas gritaban en las calles, y él está solo en el quinto piso del

monstruoso edificio que le costó la enemistad de sus amigos arquitectos y la envidia de otros industriales. Que sigan gritando, él no se dejaría traspasar por las consignas, pero de todas formas estos días iban a ser insoportables.

La Nancy o la Pepy, tiene que resolverlo sin equivocarse. Y espantar el sueño de la siesta.

Alguien golpea la puerta. Nancy anuncia dulcemente por el citófono al chuchetas. Que sigan gritando, ¡griten, mierdas, y que entre Astudillo! (cuando pasan unos cinco días sin ver a Nancy, le dan ganas de internarse en una clínica, porque no puede soportar el ritmo de la vida en esa soledad que sólo la Pepy cubre medianamente con noticias excelentes sobre los negocios de la agencia de turismo).

La agitación empuja sangre bajo la piel negra de Astudillo (la madre le había dicho que ningún hombre moreno fallaba: ordinarios).

—Te vas, Costa, ¿verdad?

—¿Adónde?

—No te hagas, te vas al extranjero

O—mentira, mentira

O—itinerario, Buenos Aires, Miami.

—No jodas, Astudillo.

—¿Me crees huevón de la Upé, Florencio?

—No, huevón no más. Rehuevón, si cree en cabezas de pescado.

—Lo sé todo.

—Basta, Astudillo, no me haga problemas artificiales

O—ya dije, primero a Buenos Aires, luego el salto a Miami. No soy ningún chuchetas, para emplear una palabra suya, hermano. ¿Por qué ha vendido cuatro automóviles, seis casas y ha retirado todos sus depósitos? Eso no lo sabrá Sonia, ¿verdad?

—Me extraña, ¿acaso no es ésa la orden para cargar a los de la Upé, no sabe que hay que reventarlos?, ¿qué pretende? ...hasta cuándo me jeringuean, digo yo...

—Pero usted se olvida de una cosa, Florencio: no

es época de lamentos, ya no hay tiempo para los llo-ri-queos. Hay que enfriarse. Entonces, pongámonos de acuerdo, lleguemos a un arreglo, he sido su hombre de confianza y me pongo los pantalones, porque no hay otra cosa que hacer en estos momentos. Mire cómo se le caen los pantalones a cada rato al gobierno, ¡como si les quedara mucho tiempo para mandar! Les encanta la idea de impedir a Allende, están de acuerdo en todo, pero ellos no hacen nada, que lo hagan los otros.

—Dígame quién es el maricón que anda con cuentos.

—No se aflija por la reunión de ayer, hermano Florencio. Me preocupa que usted crea que quiero arrancarme con los tarros. No, no pretendo convertirme en líder. . . ¿Ah?, ¿quiere saber quién me lo dijo? Ate cabos, Florencio, ate cabos. Hablé de la policía, ¿no? Bien, los CUPO funcionan desde el mismo día 4 de septiembre a las doce de la noche, cuando la fulanita esa todavía andaba buscando los votos femeninos, los votos que matarían la ilusión de Allende. Ahora dígame quién es el gil. Pero si estamos vigílándolo todo, Florencio, y muy pronto formaremos los grupos de choque para barrer comunistas, pero ¿por qué se va a ir del país?, podíamos hacer una nueva sociedad, aquí, en Chile.

—A mí no me van a comer los comunistas, pero el capital no cuenta para los comunistas. Tengo derecho a elegir.

—Allende no sube.

—¿Cómo no?, ya no caben dudas. Los democra-tacristianos son más vacas de lo que creíamos usted y yo. Votarán por él, está decidido. El Congreso lo elegirá. Se dejaron meter la puntita con las malditas reformas constitucionales.

—Allende NO SU-BE, eso es definitivo. Créamelo.

—Los gringos se echaron para atrás, así es que Allende subirá. Se arrepentirán esos gringos cuando les quiten las empresas. El 15 inaugurarán el Sheraton Hotel como en sus mejores tiempos de ingenuidad.

Sube Allende, lo demás son huevadas. Pero no va ser fácil para el compañerito. Más de cinco mil obreros de la compañía Anaconda estarán todavía en huelga cuando tome el gobierno el 4 de noviembre. Es tremendo para un marxista.

—Lo único que puedo aconsejarle es que usted se vaya. Eso sí, hagamos otra sociedad de acuerdo con los tiempos. De todas formas ganaremos dinero.

—Escuche, Astudillo, no sea sordo, ¿puede oír cuántos serán?, ¿veinte, treinta mil?, y esto se repite en cada cuadra, en la Universidad, en los centros laborales: cantan, CANTAN, Astudillo, CANTAN.

Venceremos, venceremos, la Unidad Popular al poder, venceremos, venceremos, y lo han sabido hacer, y son ningunos chuchetas, quieren arreglar la imagen de asesinos que les denunciarnos en la campaña electoral. No me va a decir que no le da miedo, ¿no?

—Un poco, son marxistas. Pero no se vaya, Florencio. Usted quiere caer en la demencia de los patriotas cubanos: le dejaron la isla limpiquita al barbo. Pero si insiste, arreglemos.

—No me haga reír. ¿Qué debo arreglar con usted?

—Así es el destino. Nadie se imaginó esto de meses atrás. Bien, al grano: primero, no se irá sin darme un poder amplio para manejar sus negocios, un poder en todo el sentido de la palabra.

O—no huevec

O—no huevec. . . , segundo, nos dejará un cheque por 100.000 dólares.

—¿Está enfermo del hoyo, Astudillo?

O—recuerde nuestra organización: los CUPO, los DUN, todos están de acuerdo en que si es necesario llegará al sacrificio de vidas humanas. Arreglemos.

—Seamos francos, ¿quiere un poder para que los metan a la cárcel?, puras deudas, Astudillo, no sea ingenuo, puras deudas, no soy ningún huevetas. Y no van a meter a la cárcel al contador y a todos los jefes de sección que han colaborado con nosotros. Váyanse usted también de Chile y no me odiará nunca. Astudillo.

—Allende no sube, ¿hasta cuándo mierda le voy a decir lo mismo?

—¿Podría saber qué hara con los 100.000 dólares?

—Bueno, el secreto vale los cien mil dólares: hasta el momento los gringos se van de puros planes no más. Que estamos dispuestos a ayudarlos, que paciencia, que ya llegarán los dólares. Se pasan afinando detalles y enviando cables. Y, mientras tanto, yo estoy metido hasta las masas en el meneo para que Allende no suba. Soy el financista. ¿Okey?

—Está loco, ha fallado todo y usted viene a dárselas de libertador

O—cien mil dólares y usted gana. Como Allende no subirá, ampliaremos los negocios y después nadie se atreverá a jeringuear con solicitudes de aumento de sueldos, ni con sindicatos, ni con huelgas, porque la cuestión no es evitar que Allende suba, eso no cuesta nada, hay que barrer con todos los upestosos, cortar cabezas rojas. Entonces se dará cuenta que es un error marcharse de Chile, porque se avecina la época de mayor prosperidad para la industria y el comercio. Hay que tener visión... perdón... no puedo hablar más sobre nuestros planes, comprenda, es peligroso...

Allende, Allende, el Pueblo te defiende

O—quiere cien mil dólares y no explica ningún detalle. ¡Hay que tener estómago!

A Chile lo salva Eduardo Frei Montalva

—¿Ve usted? Si no son ellos los que andan en las calles no más, quedan patriotas. Voy a decírselo al fin, un verdadero privilegio, pero si habla le echo a los cupe, lo saben unos pocos afortunados: vamos a secuestrar al Comandante en Jefe del Ejército el 19 en la noche. Lo vamos a pillar con la guatita llena y medio caramboleado, vinacho, whisky, champaña...

O—¿y qué novedad es ésa? Lo mismo andan diciendo los miserables

O—secuestrarles al Comandante en Jefe del Ejército es ponerles un ají en el hoyo a los militares.

—Y los yanquis se habrán corrido, por supuesto.

—Andan en otra onda, son lentos de cacumen,

por eso no se deciden. El Kissinger salió más duro que el mismo Nixon

O—bueno, ¿y?

—Un general retirado hará que agarren papa las unidades del Ejército y la Armada de Valparaíso.

—¡Ah! Usted supone que los roteques de la Upé se quedarán tranquilos, ja...ja...ja...

O—paciencia, Florencio, todo está estudiado. Lo cagaremos de todas maneras. Es fácil cagarlos. Vamos a publicar fotografías con viviendas repletas de armamentos. Le mostraremos a Chile lo que le escondía bajo el polvorín de la Upé.

—Ahora hasta los demócratacristianos quieren que Allende suba y usted insiste en hablar puras fantasías. Nos traicionaron enviando las reformas constitucionales al Congreso. No largo ni un dólar.

—Mire, Florencio, conversemos en serio. A usted no le gustan los escándalos, ¿no?, bien, a la Democracia tampoco. Florencio Costa es conocido, un hombre de fortuna, es la imagen que le dan ahora a la Democracia y esa imagen es importante. Quiéralo o no, representa a la gente que le da vida a este país con sacrificio e inteligencia. Pero usted tiene enredos de negocios y enredos sentimentales. Cien mil dólares es una cantidad ridícula para guardar el secreto.

O—está inventando, ¿quién me asegura que usted no es comunista? Uno nunca sabe, agente del Kremlin, de Cuba, de cualquier cabronada, ¡no me joda!

O—por ejemplo, su agencia de turismo, la Nancy, la Pepy...la caja negra de la industria, los regalitos a los jueces, a los diputados, a los gerentes de los Bancos, a los curas...

O—siga no más, siga, a ver hasta dónde llega mi hermano...

—Sigo. Oiga esto, Florencio: los DUN no lo dejarán partir a Buenos Aires/Miami, lo van a mandar a otra parte, sin vuelta. Hay DUN en todas partes, no se crea demasiado inteligente, Florencio, los DUN lo han salvado hasta ahora, los DUN de Impuestos Inter

nos, los DUN de los juzgados, los DUN de los edificios donde usted se acuesta con la Nancy y la Pepy, los DUN del Banco Central, los DUN del Ministerio de Economía, los DUN de los conventos. Una orden y lo revientan. Lógicamente, lo mismo me pasaría a mí. ¿Todavía quiere que le refresque la memoria?

O—pido que comprenda la situación no más, que en los negocios no hay canalladas, existe sólo la inteligencia, la fortaleza, el que gana es el más fuerte, el más astuto, no hay canalladas. . .

O—en agosto usted montó una empresa de turismo. No me dijo nada. Está muy bien, con el mercado negro de las divisas hay que andar con secretos, pero yo lo sé

O—un negocio como cualquiera. Hasta los jueces me han comprado dólares. Viajan los pobres y el Banco Central les autoriza una miseria de divisas oficiales.

—De acuerdo, es un negocio como cualquiera. Los DUN lo dejaron montar su agencia pensando que en caso de apuro ello podría facilitar la huida de nuestros amigos. Ahora, casi no es necesario, triunfaremos de todas maneras. Pero voy a otra cosa. Si lo investigan a usted, esa agencia no realizó nunca una operación. Es una agencia fantasma, dicen los DUN, organizada para proporcionarle ganancias en dólares. Usted está en una organización, va a las reuniones, coopera, tiene miedo. Detrás de todo están los DUN, que pueden darle las agallas que le faltan, pero no debe ganar dinero para usted no más. Sepa que los DUN viven sólo de dinero y fe patriótica. Rebélese usted y lo matan o le incendian todo. Sí, pues

O—usted no tiene escrúpulos

O—no tenemos, Florencio, ¿de qué sirven? Sigamos, dígame, ¿cuántas personas a las que usted les vendió pasajes han viajado?

—Mis clientes son obreros y estudiantes, pura Upé. Han ganado mucho dinero sin esforzarse en nada. No me lo niegue, Astudillo.

Lucha, lucha, lucha, no dejes de luchar, por un gobierno obrero, obrero y popular

Chile es y será un país de libertad. Chile sí, Rusia no

—Está bien, usted le regalaba los pasajes a la gente modesta, ¿eso quiere decir, no? Pasajes a Mendoza, Córdoba, San Juan o Buenos Aires en automóviles, ferrocarriles o aviones. Operaciones lucrativas que no necesitan de la inteligencia, hermano, hay cientos de personas que lo hacen todavía. Algunos infelices que no tienen la protección de los DUN han sido descubiertos. Su cliente, ¿cliente dije?, iba al Banco, compraba las divisas autorizadas por el gobierno, al precio oficial, por supuesto

O—déjese de payasadas

O—luego usted recogía las divisas o cobraba las órdenes de pago con sus agentes del extranjero. El sujeto recibe un premio en escudos y adiós viajes. Usted se queda con los dólares para trabajarlos en el mercado negro, ¿o los deposita en Suiza? Cuantiosa fortuna, ¿verdad? Los Bancos no ganan ni un tercio de lo que gana usted

O—nada más que explotar las posibilidades que ofrece el sistema, las *coyunturas*.

—Luego usted agota todos los pasajes disponibles. Para viajar a la Argentina hay que pedirlos con cuarenta días de anticipación, por lo menos. Pero cuando el ferrocarril o el avión parten, no hay pasajeros casi. Claro, se quedan en Chile, porque el miserable no le paga ningún gasto de estadía. Ellos ganan un sueldo en escudos prestando sus nombres y sus documentos. Usted los deja aquí en Chile y Florencio Costa no figura en ninguna parte. Todo se paga en dinero efectivo. La Pepy suda en la agencia manejando sus negocios, la Pepy trabaja amorosamente

O—basta de provocaciones, tengo un revolver en este cajón

...como si no lo tuviera, como si lo disparara contra usted mismo. No me asusta. No arriesgaría su co

modidad por salvar cien mil dólares que al fin de cuentas le van a facilitar las cosas

O—son bromas, no nos alteremos, por favor, lo único que faltaba ahora es que nos dividamos.

—Bueno, pero usted tiene que darse cuenta que lo sabemos todo. Por ejemplo: el último curso de secundaria de un colegio se festeja con un viaje, generalmente al exterior. Los cabros hacen fiestas, venden pasteles, van a los concursos de las radios y juntan platita. Tonterías, dice usted, no se las machuquen, cabros. Yo les regalo treinta pasajes y quince dólares para gastos. Yo les presto el dinero para comprar toda la cuota de divisas en el Banco, sacan sus quince dólares cada uno y el resto me lo dejan a mí. Lo felicito, Florencio, es un hombre afortunado e inteligente.

—Astudillo, salga de aquí, no quiero verlo nunca más.

O—un momentito, ¿y los enredos con la Pepy? Ella es gerente de la empresa de turismo. Es su favorita. La Nancy es su *locura*, el sueño infantil de un viejo, de un maricón que quiere ganar él no más, que se arranca dejando la cagada entre quienes lo han ayudado a hacer dinero...

O—no quiero verlo más, en cuanto reciba un pago que estoy esperando mande a buscar cien mil dólares para los DUN y veinte mil para usted, pero no hablemos más de este asunto, no quisiera verlo más, pero encima me jode con el poder...

O—con el poder más amplio... posible.

—Puras deudas, porfiado.

—Como sea. Allende no subirá y nos desquitaremos.

Está probado. A costa, costillas, costalazos, cuervos corrompidos. Ya no se pueden hacer negocios en Chile. Tiene que preparar sus maletas.

¿Y si Allende no sube?

Un muchacho corría un poco retrasado y más cerca de la carretera. ¡Creí haberlo visto antes!

TRECE

SEGUNDO JIMENEZ

—¿No se habrá confundido?, ¿ah?, es posible, claro, un error, se cometen tantos. Revisemos.

El despachador del mesón no podía sujetar las manos, trataba de ponerlas en movimiento con la vitalidad medida que le había dado la naturaleza y él se dio cuenta que deseaba apretarle el pescuezo a ese despachador que tenía el cable dando saltitos entre los dedos. Un rápido movimiento y el cable quedó aprisionado por la otra mano. Al soltarlo, el despachador balbuceó:

—El cable que nosotros mandamos y los dos cables que nos respondieron y la copia de la carta con la que enviamos el cheque estaban corcheteados. Usted le puso el visto bueno a la operación, señor Jiménez.

No tenía por qué decirlo con ese tono el despachador, aunque sí, aunque no, era evidente. no podía negarlo.

—A ver, léalo usted mismo —dijo al despachador. Miró las pequeñas concentraciones de empleados que

sospechaban seguramente algo sensacional y las disolvió con una mirada breve, llena de odio y amargura. Los brutos no eran capaces de calificar las circunstancias que atormentaban su estado de ánimo. El despachador leyó KOLN OCTUBRE 7 1970 SU CHEQUE NÚMERO XGH 4367897 ENVIADO 2 OCTUBRE RECIBIDO HOY INFORMAMOS FIRMA GIRADOR FALSA HAY ORDEN NO PAGARLO RECIBIDA AYER ÚLTIMA HORA CABLEGRÁFICAMENTE POR HURTO PUNTO ACLARAMOS NUESTRO CABLE FECHA 5 OCTUBRE SE REFERÍA EXCLUSIVAMENTE A SUFICIENCIA FONDOS PUNTO EFECTO DEVUELTO VÍA AÉREA CARGAMOS SU CUENTA COSTO CABLES Y NUESTRA COMISIÓN DÓLARES QUINCE. . .

—Váyase —dijo al despachador—, llame a Barrera.

Esto le pasaba por imbécil. Una víctima más de las circunstancias, del huaso Barrera y de la delincuencia desatada con la elección de Allende. Indisciplina, irresponsabilidad por todas partes. Ningún empleado había corcheteado el último cable. Lo niegan. Corchetearlo así no más, sin avisarle. Y él pudo haber revisado tranquilamente el legajo . . . pudo . . . , debió . . .

¿Tendría que ingeniárselas para ponerse del lado de los mierdófagos? Se creen el hoyo del queque, andan soberbios, dan la cara y se ríen ¡Qué hacer, por la cresta! Carmen, Carmen, tiene que contárselo a Carmen. A las mujeres siempre se les ocurren leseras que uno no piensa nunca. No, no, nadie tenía que saberlo, menos una mujer. La Gerencia lo entendería con facilidad, una operación llena de riesgos, como muchas que realiza diariamente el Banco. (Jiménez, fiel servidor de esta institución, cuente con nuestro pleno respaldo.)

No, mucho más que una adhesión moral, más bien el perdón, por algo está con ellos, fiel servidor, como un perro desde el ascenso aquel antes de . . . antes de . . . antes de intentar robar. . .

Viene Barrera. Disimula, le cuesta fingir, apelar a los recursos de un gran ejecutivo bancario, sin debilidades ni sentimientos casi, como la imagen de un

general. El sabe que la prepotencia es la mejor arma contra un huaso de mierda.

—¿Qué me dice de esto, Barrera?

No será solamente él. Seguro habría muchos huevones enredados con ese cheque maldito. Es un consuelo tener presente que no se es el único huevón del mundo, que nadie es un huevón coronado por la exclusividad, que había hartos huevones, un desparramo de huevones.

—Me pilla de sorpresa —dijo Barrera sin menear la cabeza, que estaba por hundirse en la copia de cable—, ¿no será un error?

—No, señor Barrera, aquí no hay más error que el haberme metido con usted.

—¿Todo verificado?

—Todo.

—¿Qué hacemos?

—Me trae los dólares o chao.

—¿Chao?

—Despedido y a la justicia. La justicia le va a secar la carne.

Barrera suspiró. Tenía la cabeza inmóvil y golpeaba con el cable su rodilla derecha.

—Estamos amarraditos, señor Jiménez. Usted, yo, una mujer, quizás cuántos hombres más poderosos que usted. En esto se joderán los débiles, usted y yo, o ni usted ni yo, piénselo.

Jiménez mascaba un palo de fósforo y escupió las astillas al tacho de los papeles.

—En otras circunstancias, no me habría metido con un sinvergüenza como usted. Nunca. Soy de otra pasta, tengo mi moral, bien limpia, pero me pasó lo que a muchos chilenos, les tengo miedo a los comunistas, por eso quise asegurarme unos dólares...

—Así son los negocios —dijo Barrera.

El miedo también era un negocio. El miedo vendía automóviles, casas, yates, valores bursátiles, radiofonógrafos, lavadoras automáticas, amoblados, bicicletas de niños, abrigos de pieles. El miedo había precipitado los precios a un nivel ridículamente bajo

y entre los planes que había tejido durante el sueño de los dólares escogió el miedo para hacer sus negocios. El despachador del mesón se acercó, puso en los dedos de Jiménez la Parker 51, de oro reluciente, y empezó a firmar los giros en dólares. Lo que había sido bueno en ciertos momentos como arma contra los comunistas (el derrumbe económico de Chile) ahora se volvía contra él. Las posibilidades de arreglo con un Banco que necesita cada dólar para cubrir los préstamos que estaban reclamando los Bancos norteamericanos, eran escasísimas. ¡Maldito ministro de Hacienda! Si no hubiese hablado por radio en septiembre, seguro que los norteamericanos no se asustan tanto y los chilenos no estarían retirando los dólares. Todo se habría hecho como antes, discutiendo cómo recuperar rápidamente la pérdida.

—Pensemos una táctica —dijo Jiménez, calado por una esperanza que nunca dejó de iluminarlo en los momentos difíciles. Sentía que él volvía a sonreír, mientras Barrera buscaba ideas salvadoras rascándose la barbilla. Iba a salir del paso. Segundo Jiménez no perdía nunca por nocaut (él tenía doce años. Fue Tulio quien porfiadamente lo trataba de maricón. Probó que no era cierto: bebieron hasta las doce de la noche. Era un hombre, porque bebía mucho y no se emborrachaba. Ciertamente expulsó líquido con pedacitos de duraznos y la garganta le raspillaba y le raspillaba y le ardía la nariz. “No quieres ver a mis amigas porque eres un maricón” / “No es cierto, hablas nada más que huevadas cuando estás borracho.” Y fueron. Se puede decir que ella se hizo el amor con él. Y también sintió un ardor doloroso y la vergüenza de hacerlo todo adivinando la mejor forma para no quedar mal, raspillándose y raspillándose. “Mamá me va a sacar la mugre”, le dijo a la mujer, que lo doblaba en edad. En la otra pieza, Tulio sabía hacerlo: reía estrepitosamente, reía con el ruido de las risas inmorales, de las risas descaradas, que se burlan de todo. Él descueve el gallo Tulio. La mujer fricciónaba y fricciónaba, lo mordió, pero él ya no podía otra vez.

Quizás la mujer asoció ideas con instinto protector. Ellas sabían hacer las cosas, las hermanitas de provincia que se vienen a trabajar a Santiago, y arriendan departamento en la calle Monjitas / “Llévale algo a tu mamá y no se va a enojar”, dijo ella, y caminó desnuda por el pasillo. Era una mujer masasenuda. Tulio reía en la otra pieza seguro de lo que hacía o había hecho o de lo que haría. Ella volvió con un atado de salchichas, extendió un papel y las empaquetó / “Están congeladas.” No entendía cómo las salchichas evitarían el enojo de la madre / “Para eso tienes mollera, inventas historias, pues.” Se puso rápidamente los pantalones, mientras la mujer imprimía besos en la espalda / “Se está deshaciendo el hielo y el papel se rompe”, dijo él / “Espera —trajo una bolsa plástica con manilla—, échalas aquí” / “Se va el maricón, se va el maricón”, gritaba Tulio enfurecido. No es que se cansara de caminar tantas cuadras. El aire estaba fresco y agradable, era la cuestión del tiempo, las tres de la mañana. Había luz en la casa. Tocó la puerta, la hoja se fue hacia atrás y el hombre lo miraba fijamente y la mujer del hombre enrojecía. Iba a abrir la boca, pero él se anticipó “estuve en casa de un compañero, tiene fiambrería, te manda salchichas, mamá”. El señor Jiménez inició un ritmo golpeando el vidrio de un cuadro. Era un cuadro de aves que su padre siempre quiso destruir. La madre fue a la cocina y volvió llamando a la Virgen Santísima. “¿Qué significa esto?” Sus ojos no podían equivocarse. El padre terminó el ritmo con un golpe que hizo trizas el cuadro. Segundo no sintió romperse el vidrio del cuadro, creyó que su cuerpo se desintegraba. Un sostén colgaba de la mano de la madre, lo tenía tomado con la punta de los dedos manifestando repulsión (vaca de mierda, no fijarse que en la bolsa había un sostén y llega y pone las salchichas). “¿Cómo lo voy a hacer?” implorando a la madre / “¿Qué dices, corrompido?” dijo el padre. / “¿Cómo lo voy a hacer, mamá? No puedo llegar mañana a devolverle un sostén a mi amigo, tiene que ser de su madre.” La mujer intercamb

dudas, en completo silencio, con el padre / "Cierto —dijo papá—, sería muy vergonzoso" / "Ahora que me acuerdo —dijo él—, mi compañero sacó la bolsa de una pieza oscura y allí metió las salchichas" / "Bueno, ¿qué hacer? —dijo la madre, y rápidamente agregó—: Lo echamos a la basura." Cuando se retiraba a dormir, el padre le dijo "que te sirva de lección" y siempre le ha dado vueltas a la frase).

—Es una lección para usted, Barrera, para mí, para todos —dijo Jiménez, y pensó que salvarían la difícil situación, aun cuando todos dudasen de su inocencia—. Tenemos que recuperar los dólares, el hombre se fue hace cinco minutos, sígalo, Barrera.

Barrera salió atropellando una fila de clientes que contaban los segundos que les faltaban para alcanzar al cajero, alcanzarlo antes que algo gordo sucediera en Chile.

CATORCE

RAMON BARRERA

Creo no equivocarme si digo que Nancy anduvo pasando su tiempo aburrida conmigo, nada más. Nunca estuve más cerca de lo que llaman amor que con la tía Remigia. Esa mujer se habría muerto por mí. Yo recuerdo a Inés, a Nancy y a tía Remigia. Por Inés me pasa un poco de vergüenza y, claro, Nancy me duele porque era la mujer calcada para volver a La Miranda y para encontrarme en cualquier parte con Inés y pegarle una sonrisa de este porte andando con Nancy. Porque ella, además, te daba unos besos que te comían toda la respiración.

Yo llevaba siete años trabajando en el Banco gracias a la tarjeta del viejo y de pronto dicen los compañeros de la sección que el Roma se casaba (en verdad se llamaba Alfonso Llakhaman, pero cuando entró al Banco se pasó tres días de escritorio en escritorio buscando el libro de los Dólares-Vaticano y tal libro nunca existió, porque con el Vaticano Chile no hacía negocios, entonces le pusieron el Roma).

Claro. Nadie creía que el Roma podía casarse algún día. Todos encontrarían mujer, pero el Roma no. Era demasiado bueno, demasiado pobre, más pobre o tanto como los requetepobres y más feo que todos los fabricados a la descuidada, mucho más que todos los feos juntos de la sección. Pero el Roma hizo de-

masiado: compró una casa con la libreta de ahorros, una casa que un viento fuerte después de una lluvia así de lado, de esas que mojan los adobes, la tumbaría fácilmente. Y lo que tenía que pagar por el préstamo era a la vez ridículamente poco e imposible para el Roma con sus solos ingresos. Era bueno el Roma, andaba contando todo lo suyo a los que él quería de verdad. Vivió de pensión en pensión, comiendo casi nada y tomando vino blanco en los jarros de porcelana que todos los años la Gerencia regalaba a los empleados a través del Departamento de Administración, jarros de whisky vacíos, por supuesto. Siempre el cuello de la camisa del Roma estaba apretado firmemente por una película de grasa y la cosa duraba una semana entera. En el invierno podía llegar al récord de tres semanas seguidas. Los pantalones nunca fueron para el Roma y él los llevaba caídos, talvez porque cargaba los bolsillos con objetos insoportablemente pesados. El Roma nunca perteneció a un sindicato, porque era muy pobre para arriesgar toda su nada en la vida (yo entré al Sindicato después del lío de un visto bueno, y como a los seis meses, cuando el Sindicato no te arreglaba nada, me salí porque los fregaban mucho a los del Sindicato y yo pensaba en Lo Miranda y en un automóvil para volver allá algún día), pero el Roma siempre desparramaba buenas historias, sentado pierna izquierda sobre la derecha, arruga sobre arruga, dejando ver los moretones de las piernas y las venas azuladas sobre un fondo asquerosamente blanco, y los zapatos los meneaba como chuteándole a la luna grises como si cada mañana los bañara en polvos talco. Tenía los ojos muy hundidos, exageradamente distantes de las cejas, que hacían una especie de alero contra la lluvia en sus ojos. Entonces el Roma se irritó un poco y dijo que teníamos que creerle, había encontrado una mujer chiquita, empleada de la pensión. El Roma inició una amistad con un paquete de calugas, de esas calugas que siempre tienen un pedazo de carbón, pero la Martita se las comió con la avidez de quien está mirando todos los días cómo hacen las co-

midas en las pensiones. La Martita era bonita, todo lo contrario del Roma, pero los dos vestían horriblemente mal. Cuando empezaron a relacionarse tomaron precauciones: él siempre terminaba su relación sobre un muslo de la Martita. Ella se mudó a un trabajo más decente, porque siempre hablaban de las mujeres que trabajan en las pensiones, que entran a los dormitorios y todo, que pasan al baño común y la empleada los ve en calzoncillos y demás. Parece que los feos son más felices que los carabonitas. Los carabonitas se vulgarizan, en cambio los feos son siempre originales. Belmondo es un tipo con suerte y el Roma también, pero al Belmondo no le caben los billetes en los bolsillos y seguro se habrá vuelto a su pueblo con la Ursula Andress arriba de un Mustang-Belmondo-Model, mientras que la gracia del Roma está en que no tiene más que nada y su casita. La Martita se fue a encerar y lavar ropa a la casa de una tía solterona que criaba cuarenta gatos finos y el Roma arregló lo de las cuotas que tenía que pagar por la casa. Distribuyó los cuartos: tres piezas, y un gallinero pegado a la pandereta del fondo del patio. Arrendó dos piezas a unos tipos de la Vega y otra más independiente a un zapatero que terminaba de martillear a la una de la madrugada. Después venía a verlo una mujer y terminaban golpeando al Roma, que, en su casa, siempre fue muy moralista. "Respeto en mi casa", decía, pero no alegaba por los golpes sino que aprovechaba de cobrar el arriendo. Que lo golpearan si pagaban el arriendo. Puros pómulos el Roma, agudos pómulos mal afeitados y unos labios gruesos, muy gruesos pero amariconados (el de arriba tenía forma de corazón), un Roma horrible, imagínate un hombre feo con una untadita de maricón y la tapadura de oro a la vista y el anillo de plata mal raspado. Para entregarlo a una institución científica, pero al Roma nadie podía abandonarlo a nada porque el corazón lo tenía lleno de oro como la tapadura. Iríamos tres compañeros de oficina al matrimonio del Roma. Uno, el más viejo, con nombre de reloj, el señor Ebel, que se las

daba de hombre de buen corazón, se ofreció de padrino. ¡Caramba la sorpresa! En la oficina contigua a la capilla se paseaba una rubia sensacional, mirándolo todo con cara de preguntar. Nosotros nos paramos frente a un Sagrado Corazón, con las manos atrás, meneando las piernas. Al rato, entró el cura soplando un libraco como de mil páginas y se sentó a leer. Claro, mil páginas y unas letras para leer a cien kilómetros. Mil páginas para impresionar. Dejamos de mover la impaciencia cuando el cura alzó la vista, aprovechando para montar mejor sus anteojos, detrás de un lunar muy gordo. “¿Usted es la novia?”, mirando a la rubia que se paseaba preguntando a las paredes / “No, padre”, dijo. *No padre*, con ese tonito que habría de matarme, *no padre*, frunciendo los labios y sonriendo como para renunciar a todo y partir al tiro al cielo con ella. *No padre*. Rubia poco vista. Entonces no tenía por qué usar tan cortos los vestidos, pero ella se preocupaba seguramente de ir a la cabeza de todo, hojeando revistas de Italia y Francia / “¿Cómo, usted no es la novia?”, y el cura se empezó a enojar, porque dijo que todas las cosas tenían un horario, excepto la extremaunción, asunto que tenía que discutirse / “¿Cuál novia?”, dijo Ebel / “Marta Hormazábal”, dijo el cura / “¡Ah! —dijo Ebel—, no ha llegado”, y en eso entra el Roma con la Martita. Nada nuevo, igualito que siempre. El cura miró con lástima a la Martita, y al Roma le dedicó un reproche moviendo la boca, como si masticara la saliva. Seguro que el cura pensó como nosotros: que era una maravilla de Dios que el Roma encontrase una mujer como la Martita / “Póngase el velo”, pero ella no tenía un velo. “Un pañuelo grande, entonces.” Y nadie tenía un pañuelo limpio. Mientras tanto la rubia se acercó a la Martita y le untó la mejilla con un beso solidario. El cura apartó un florero de la mesa, derramó el agua sobre un sucio mantel. “¡Chupalla!”, dijo, y amontonó papeles y frascos de tinta sobre una silla. “Póngase esto”, le dijo a la Martita sacudiendo el mantel. Después pasamos a la capilla y todo concluyó rápidamente.

te. El señor Ebel preguntó a su ahijado dónde pasaría la noche el matrimonio, porque él pagaría un taxi, pero el Roma dijo que cada uno en su cada uno. La rubia dijo que era ridículo y asqueroso no pasar juntos esa noche y el Roma dijo que a la Martita le quedaban todavía quince días de empleo para no perder todo el sueldo. Fue entonces, después de las miradas mutuas y las sonrisas para morirse, cuando la rubia estrechó nuestras manos y reíamos del Roma y la Martita mientras caminábamos hacia Mapocho, cada uno a su cada uno.

Pasó el tiempo y aquella angustia se redujo al pago de una letra descontada

QUINCE

NANCY

¿Casarse?

¿Cariño?

¿Amor?

Casarse. Eso ¿resuelve cosas?

Le dice "no digas palabrotas, ¡qué ágil de lengua!, ¿no?"

Toda su vida anterior había crecido al costo de casi nada. Muere la madre: carreras, muebles que cambian de posición en el living (desaparece la mesita de centro, los floreros, el picap) y comienzan a llegar las flores (muchos claveles), lágrimas, suspiros, vasos de agua (que la pequeña no vea todo esto), cariños en el rostro, es demasiado pequeña para algo más. "Floren-
cio, no digas palabrotas, olvídate un segundo siquiera de los marxistas, de Astudillo. Ese infeliz acaba de salir de tu oficina y me ha provocado con su mirada de odio. Pero me olvidaré de él. Mañana tendrás los dólares y listo. A partir."

Después de la dura oposición de la abuela, el colegio mixto (hombres y mujeres juntos aprenden ma-

las costumbres desde chicos), pero entonces podía más la opinión de los tíos (los tíos que se alejan inexplicablemente de casa, desaparecen, no vuelven nunca más) y entró al colegio mixto. Todo al costo de nada: depósitos en el Banco, dos casas, un auto. Eso después de la muerte del padre, cuando todavía es muy pequeña. Notas regulares en el colegio y castigos (media hora de pie bajo la campana, a pleno sol, sin mover un músculo, o escriba doscientas veces "no debo bailar en clase de matemáticas"), pero es como nada. Entonces, cuando se producían los hechos ella no sentía casi *nada*. Hasta el paseo escolar y el pisco entre las piernas y la mano de Antonio que trata de limpiarla con el pañuelo: agradable sensación, sorpresiva y nueva, algo así como una ventanita a un mundo que la puso nerviosa. Se lo habían dicho y lo había leído, pero nada es igual a una mano que va y vuelve presionando y se da cuenta que si ella misma se mueve también se descuelga dulcemente por esa ventanita. "Más, amor, más" / "Nancy, mañana, aunque vengas tarde a la oficina, puedes llegar a la hora que se te antoje, tienes que venir con los dólares, no es ninguna chacota esta demora. Amor, tienes que venir con los dólares. No me siento bien cuando me doy cuenta que la gente vive en la selva y la vas conociendo a machetazos, y a uno también le dan sus buenos golpes los desgraciados. El chuchetas de Astudillo ha estado jodiéndome por dólares. Se destapó hoy día. ¡Botado a chantajista el huevetas!" / "Te escucho todo, amor, pero esto es más importante, tratemos de hacerlo como se debe" / "No puedo, estoy preocupado."

No lo hagas así, entonces... / ...me siento mal, no puedo...

Si quieres, puedes, no con la mano... / ...querida mía, querida mía...

Amor, es que ahora necesito... / ...cuando estemos fuera de Chile...

Como ahora no. Ya no es una ventanita. Esta a campo abierto, en la cima del monte más alto mirando la libertad que sube y baja por los riscos; también una

sombra allá a lo lejos, sólo una sombra de la abuela. Libre. Florencio se inclina y ella acepta las caricias, acepta el beso, su cuerpo siente la sensación de un asalto esperado y agradable. "Tratemos de hacerlo, querido, el mundo es nuestro." Sí, ahora es distinto, a campo abierto. Caricias, whisky, Pall Mall, pulseras de oro (se la tenía como sorpresa hoy), y como Florencio insiste en pasar los dedos surge la humedad desagradable de satisfacerse a medias, de no querer haberse satisfecho así, y sobre todo la viscosidad desagradable (es un viejo repelente).

Funciona a veces no más.

Va al baño caminando de lado, temerosa de las miradas de Florencio. Entra a ese cuarto impecable, todo importado para Florencio y ella. Ni un empleado de la oficina ha visto ni se ha imaginado jamás un baño así. Claro, se sabe afuera, lo comentan, la noticia sale de los obreros que fijaron los artefactos. Una ducha tibia, cambio de calzón y adiós Florencio. "Así es que hoy no me llevarás a casa en tu auto, ¿no?, chao, entonces, hasta mañana, no pienses leseras, Astudillo es pura boca y ya nos iremos de esta porquería de país, chao."

El ascensor privado la deja en el primer piso. Salen otros empleados. Ya no usan corbata. Fue el primer ataque de nervios de Florencio. En su oficina tenían que vestir todos los empleados en forma impecable y ahora ¡sin corbata! ¿Los saluda? Siempre la miran, cuchichean, tal vez riñen y hacen gestos cuando ella pasa, pero no se atreven a saludarla, no se *atreven*. Ella es *casi Florencio*. Miedo, miedo, miedo. ¡Qué ágiles! Pensar que ella provoca miedo, si supieran que no hace nada, que ahora los besaría o los abrazaría. Leseras, leseras, leseras. ¿De dónde le vienen estas ganas de abrazarlos a todos? ¿Murmurarán?

Pero se equivocan. Son ágiles.

La calle está tranquila, la gente lleva paquetes, lleva maletines, hay microbuses, autos. No pasa nada. ¿Será verdad lo que dicen, que los marxistas trabajan

en las sombras, que en el día parecen corderitos? Las bombas son de noche. Tiene razón Florencio (no funcionó hoy). Tiene razón, estos comunistas van a empezar con sus fechorías después del 4 de noviembre, cuando estén con las patas en el gobierno. Una cartera de cuero o de napa, una hebilla de cobre ennegrecido. Le pedirá a Florencio que le compre cosas choras para llevar (y todo al costo de nada) (no funcionó hoy, está más viejo) (ya no es una ventanita).

¿Es la vida? Antonio no era tonto, era un gallo bien ágil. Se dio cuenta de lo que pasaba debajo del pisco y luego esperó hasta el cumpleaños de Josefina María. "Vamos, yo te acompaño a casa." Los Beatles, los Bee Gees, Tom Jones, para morir, pegados a los oídos, la batería, el bajo, la guitarra eléctrica, para caer envuelta en llamas y claro, hace calor; está todo muy oscuro y como el ágil de Antonio no pudo dejar al papá sin auto hay que caminar y caminar, con esos gallos cantándole canciones el descueve; las únicas canciones el descueve de toda la historia. Claro, no hay que equivocarse, la Reina Isabel lo hizo por los dólares, ella no tiene por qué saber de música, por eso, por los dólares los hizo caballeros a los Beatles. En seguida llegan al gran sitio eriazo donde hay un pasto seco que creció y murió a los veinte centímetros y hay también una vivienda humilde a lo lejos, se divisa la luz a través de una cortina que el viento quiere arrancar de la ventana, y las luces de las calles pobladas, regiamente pobladas, a unas seis cuadras, y se deja llevar al sitio eriazo, al centro del sitio, al centro de la esfera, porque el ágil de Antonio pensó que si pasaba gente no los verían y allí él comenzó a rozar la rodilla sobre sus muslos y en seguida apuntó derecho a la conjunción de los muslos y con esa agilidad propia de Antonio debe haberse dado cuenta que así podía cumplir y cuando estuvo listo para cumplir todo cuanto se podía, según le habían contado, ella cerró los ojos, como si estuviera bailando con John Lennon o Tom Jones, ese Tom Jones que arroja al suelo su cor-

bata cuando baila, y entonces comenzó a moverse como en el baile, aumentando la velocidad en la medida que el conjunto paría un ritmo endemoniadamente espontáneo y en alguna vuelta sintió los dientes ágiles clavándole la punta de los senos o las manos pegadas a la piel de su cuerpo, las manos apretadas, estrujando una buena porción de carnes duras y redondeadas, y un hombre silbó a lo lejos y un coro acezante apuraba el ritmo de la respiración de Antonio cuando le soltaba los labios y de pronto una punzada y el dolor, y en seguida otro empujón y el dolor, y la herida abierta, y el dolor, para continuar bailando porque era exquisito, sí, exquisito, pero no, no alcanza a ser exquisito, Antonio ya no se movía y casi no se escuchaba su respiración. Asqueroso, sudoroso y viscoso el resultado de Antonio que resbala por un muslo. Y el silencio. No hay aplausos para Tom Jones, que ha tirado los minicalzones sobre un pasto muerto. Demasiado ágil ese Antonio, hasta que aprendió a moderarse y hacerla una mujer satisfecha.

Todo así, normalmente. Pasó la etapa de la escolaridad, la etapa sin costo. Los tíos no vuelven más a casa y la abuela Clementina entristece. Tal vez los tíos se sienten culpables de la mala administración: no quedan casas ni depósitos en los Bancos, sólo la casa que habita y unas cuantas acciones que bajan y bajan.

COSTA, ASTUDILLO Y CÍA. NECESITA SECRETARIA.

Baja de la micro, no hay una sola lágrima, así llora ella.

¿Casarse, cariño, amor? ¿Dejarme embarazar? Partir al extranjero y ser abandonada en tierras extrañas.

Florencio. . . Ramón. ¿Se puede amar a una persona, ejemplo: Florencio, y a la vez puede a una gustarle otra persona, ejemplo: Ramón?

Allí está la abuela, en el sillón delante del horrible paisaje de caza cuyo fondo se ve cada vez más amarillento.

—Hola, abuela.

Hola hielo, lágrimas, crueldad. Hola incertidumbre: hola. Vieja solitaria, vieja que friega la vida de los jóvenes. Llanto. Joven sola, proyecto de bailarina, veintitrés años, tres hombres. El no funcionó hoy. Viejo lleno de problemas, joven llena de problemas, vieja sin problemas.

DIECISEIS

RAMON BARRERA

El Roma fue a dejar a la Martita a la casa de la tía y allí, en Mapocho con la Plaza Italia, Ebel y Jesús se despidieron. La rubia también estiró la mano para irse y Ebel y Jesús, que ya habían avanzado unos metros, miraron atrás y cada uno me cerró un ojo y yo entendí al tiro. "¿Para dónde va?", le pregunté / "A Ñuñoa", dijo ella, así, con la voz que le salía por una orilla de la boca, como alguien que devuelve cosas desagradables, medio suficientona / "¡Ajá!", exclamé fingiendo y ella dijo de inmediato "ese Roma que le tocó a la Martita es un destruyón, pensé que esto iba a durar hasta tarde y son apenas las ocho" / "Ajá", repetí; y bueno, pensé que de aquí a Lo Miranda, de aquí a esa porquería de aburridos que son los mirandinos serán unas tres horas de viaje, lo justo para ir allá con esta rubia y despertarlos a todos, desde el cura hasta mi padre, y pasearme delante de ellos. Pero no tengo auto. Lástima. ¡Cresta!, diría mi padre, ésta no es la mierda de mi hijo, es un caballero con una señorita de verdad. "Vamos —le dije. Y ella sonrió con esa sonrisa que lo parte a cualquiera, como preguntando de qué se trata. Pero no dije nada de Lo Miranda, aunque ya se me había entrado que era la rubia calcada, calcada para ir un día al lucimiento, abrirles la boca a los mirandinos—, vamos a comer a

alguna parte." Pensé en un lugar bueno para ella. Lo dudó un momento y debajo de una mata de pelos se las ingenió para mirar la hora. Yo tenía ganas de soplarle los pelos de los ojos para ver qué andaba pensando con los ojos. Miró la hora y pensé... hijita de buenas costumbres. Pero por muy buenas costumbres que les enseñen a las hijitas buenonas, a estas hijitas que andaban con los muslitos al aire y que cuando se sientan uno no tiene nada en que pensar sino como en la televisión abrir los ojos para el cómo serán los muslitos cargaditos en el sillón, y mucho después soñar con la película: cómo sería esa carne aguantándolo a uno en la cama con dientes y punzetaos en los senos y en todas las partes que se le antojan a uno allá en las alturas del manoseo, escapado del control de las fuerzas que hacen guardia al *mal de la carne*; por muy sanos y olímpicos y coronados éxitos de los consejos maternos y paternos y abuelernos y tíernos, incluso primiernos, por muy muy, la misma naturaleza se encarga de reírse de la palabrería y es inútil encerrarse en una lata de pescado. "Dónde tienes el auto", preguntó. Se me cortó la respiración. Un aparato indispensable, con escape libre, para que no le pongan la pata encima a uno / "No, todavía no tengo ningún auto", dije. Desagrado al echarse el mechón y tratar de sujetarlo detrás de la oreja / "¡Qué ágil!" / "¿Cómo?" / "Qué agilidad" / "No entiendo" / "Estoy acostumbrada a que me lleven a casa en auto" / "En taxi —dije—, nos volvemos en taxi." Hijita de buenas costumbres con muslitos redondos, tras-te redondito, carita rosadita, minifaldita, picanita / "Nancy", dijo / "Ramón", dije / "Tienes un acento extraño." Se me cortó la respiración ("...para qué dijiste que eres de Lo Miranda, pues —me dijo un compañero en el Banco—, ahora estas pelotas te van a decir huaso y no tienes pinta de huaso"...).

Comió almejas. Odio las almejas, los choros, los piures, los erizos, todo lo que tiene olor a culo de mar. El conjunto salió a tocar y unos focos los fueron vistiendo de distintos colores mientras empezaban a hacer

ruido, pero al final la cosa era con pantalones de cuero negro, camisas con vuelitos, desabrochadas en el pecho. Más de alguno se las daría de beatle. Y eran buenos. Todos cantaban entre con pena y alegría. Abandonamos la mesa. Pelito rubio, sonrisitas, manos tomaditas (que no me vayan a traspasar las manos, que no me vayan a traspasar las manos).

Siento el olor a alinejas, pero después me olvido al besarla. Como un murmullo entendí lo que decía "me encantan los Beatles, hay que hacerles monumentos en todas partes, monumentos con picaps para que la gente los pueda sentir". (A mí también me gustan los Beatles, pero prefiero a Sandro, a Favio. Son gallos picados que quieren volver sobre los tipos o las tipas que les pusieron la pata encima alguna vez. Andan detrás de algo, gallos que se la pueden, que saben que se la pueden, lo saben ellos no más. Al otro, a ese Modugno lo encuentran un sobrado.) "En Costa, Astudillo y Cía., de secretaria", dijo (hijita de buenas costumbres que empieza de secretaria termina vivarachita).

Uno de los del conjunto anda cantando solo, interrumpiendo: Ou yes, ou yecess. Chic tu chic. Está contenta y le brillan los ojos: don cray. Oh japines, don livmi plis.

Tet a tet. Yamé, yamé, yamé. Hice como que no se me cortaba la respiración y pagué. "Espero un ascenso en el Banco o espero alguna buena oportunidad, después el auto y chao Banco", dije / "Creo que no bailaré nunca, lo hubiera hecho hasta en el Bim-Bam-Bum. Me sacrifico y me caso." Nos sentamos y el chofer apagó el *libre*. "No me dejes, Ramón, nunca." Olor a piscola cargadito al pis / "Don cray", pero ella crayó. Curioso, sin lágrimas crayeaba ella.

De ahí en adelante, habló de un buen trecho de tiempo, melancolía. Empecé a sentir que la quería, cierto, un loquerío de amor. Claro, pienso ahora que todo el gasto del amor era mío. Al revés de la tía espiñilluda y sarpulliduda. Allí era ella la que entregaba, pero una mercadería mala es como pegarle patadas

encima a uno. "No me dejes, Ramón, nunca" / "never, yainé de los yameses."

Entramos. Un gato saltó y se enroscó en las piernas redonditas de Nancy. Un sofá, dos sillones manchados de manos, una lámpara de pie con papel encendido y unos tipos a caballo y unos perros, cortinas de tul con manchas listadas por los pliegues y una reproducción de bailarinas. "Renoir", dijo ella / "¡Ah! Renuaro", dije / "Me gustas —dijo—, por eso estás aquí." Parecía una cómoda el picap. Beatles. Se sentó a mi lado. Se le había ido el gusto a almejas. Tomó un frasco y se echó colonia detrás de las orejas, en los senos y en los muslos. Echó coca-cola sobre el pisco. Las partes perfumadas las olí primero y luego las mordí. Podía ver su minicalzón como las escuadras plásticas de las clases de geometría. Hice una metida de dedos bajo el elástico y toqué los labios, apartando los vellos. "Así no, es muy fome. Cuidado, la abuela está arriba." Bajé el cierre del pantalón, cerró los ojos y dijo "Ramón, Ramón, don livmi never" / "Antandi", dije, como una lancha en el mar embravecido.

Así fue. Nunca quise tanto. Never. Después le han envenenado el alma en la oficina con las porquerías de la política. Se puso rara y un día viene y dice "ayúdame, es una cuestión de vida o muerte. ¡Puchas, de vida o muerte! Tú conoces gente en el Banco. Hay que cambiar un cheque por 590.000 marcos, es un encargo de la oficina. Pensé en ti porque se gana plata. Tendrás que hacerlo con precauciones por esa Ley de Cambios que hay. Quieren billetes dólares para un viaje de vida o muerte. Afuera, nadie te cambia un cheque de un particular, tú lo sabes mejor que yo. Además, la operación empezó aquí y puede pasar algo."

Tuve miedo al comienzo (si me pillan voy a parar a la cárcel, si craneo bien la cuestión ganó plata, nos casamos con la Nancy, damos la vueltita por La Miranda en auto y después instalamos un negocio una boutique en Providencia, discos o vestidos, algo que le dé una fama a la Nancy, ya que no bailó nun-

ca. ¡Si el viejo de mi padre pudiera venir a ver lo que es un almacén aquí en Providencia!).

Porque claro, el Roma es lo más pan de Dios que hay, pero todos le ponen la pata encima, tan encima que la Martita terminó aplastándolo con otro, porque el Roma no usaba los anticonceptivos del Programa Nacional, sino que llegaba al final sobre el muslo de la Martita; y todas las piezas de la casa se mojaban y la Martita se aburrió y empezó a entretenerse con un chiquillo *amigo* del Roma. No, uno no quiere una cosa así, ni tú, ni nadie (“La Martita —dijo Nancy a la salida de la iglesia— quería ser bailarina. La conocí en la Academia. Después quedó solita en el mundo”).

“Es un medio lío meterse en los dólares”, le dije / “¡Qué ágil!, ¿no?” / ...pero me meto por ti más que nada.

El plan que hice fue el siguiente:

CONSIDERANDO: que las paredes de la pieza de mi pensión estaban llenas de hoyos y manchas; que los amigos míos y los compañeros del Banco cuando les prestaba la pieza reclamaban de los hoyos y las manchas, RESOLVÍ: comprar fotos de desnudos en brillantes colores a un vendedor que se paraba en la puerta del Banco de Chile. Dicho hombre tenía una facha envidiable y conocía todos los pormenores del señor/ón Alain Delon, de la señora/ita Marilyn Monroe, de la señora/ita Bardot, de la señora/ita Sofia Loren, del señor/ito Tony Curtis, etcétera, de tal manera que antes de vender contaba a los clientes la historia de cada empelotado. Ese hombre sabía más cosas que cualquier tipo del Banco y, sin embargo, vendía objetos en la calle. No puedo eludir consignar aquí el hecho desagradable que me ocurrió en cierta ocasión cuando me ofreció posters de Lenin, Guevara, Allende y Maosé en vez de los sin ropa. Repito el siguiente breve diálogo: “No me ofrezca más estampitas, porque los hoyos de mi pieza ya están todos tapados” / “No —dijo él—, si usted no hace lo que estos fulanos recetaron no tapa usted ni nadie ningún hoyo. Se lo

vov a remostrar", y el aludido hombre disparaba toda la historia del mundo, hasta que un día lo frené bruscamente "usted habla mal, no se dice remostrar, la palabra es demostrar", y el hombre que motiva esta exposición de antecedentes se echó atrás hasta raspillar-se la espalda en la pared y dijo "no, mi señor, si todo eso está demostrado, pero la mayoría no quiere entender, por eso yo lo remuestro". La relación con el aludido se fortaleció con el principio de la corriente de simpatía y por lo canchero, suficientón, sin largarse nunca con las patas encima de uno. Harto gallo Marcos Rubilar. ENTONCES ME ATREVO A HABLAR. Se negó al comienzo, pero ante la insistencia y a que "tengo mujer, tengo chiquillos, tengo conciencia, me da mala espina, me da miedo, porque uno después se acostumbra a esta vidita, se avaricia y le crecen los hijos en la desgracia y no se vuelve nunca a la honestidad, pero en fin...ya que se pueden ganar unos escuditos...y cuando se ha vivido siempre en la miseria"...

EN CONSECUENCIA:

a) Hay que comprarte un traje nuevo. b) El cheque no es mío, estamos los dos en igualdad de condiciones: por unos escudos. c) Me lo entregó una amiga sin decir quién es el dueño. Operación anónima. d) Como toda operación anónima, nadie deberá saber lo que tú harás, ni tu propia mujer. Secreto entre dos. e) Con franqueza, los peligros: si te sorprenden cambiando el cheque, prisión, multa para nosotros dos. f) Comisión: quince mil escudos. g) Detalles: irás al Banco. Muestras tus papeles: "Deseo que ustedes me cambien este cheque por billetes dólares. Pueden hacer la consulta del cheque a Alemania, en tal caso yo pago los gastos del cable". h) Aceptada la operación: endosas el cheque sin poner tu nombre, dos o tres líneas en la parte de atrás y con la mano izquierda. Yo estaré cerca en el Banco para intervenir en caso de emergencia y para recibir los dólares y pagarte la comisión.

NO PENSÉ NUNCA EN EL PAPELITO. Cómo se me iba a ocurrir.

Después de calcular en la máquina, el muchacho vino al mesón.

DIECISIETE.

FLORENCIO COSTA

La sensacional pelea entre Cassius Clay y Jerry Quarry la verá por televisión en un hotel de Buenos Aires. Tres años y medio que el negro no lanza sus bombas mareadoras ante la multitud. El hombre que ha practicado la violencia a la vista del mayor número de personas. Seguro va a ser un valsecito de pocos minutos y Quarry a la lona por ambicioso. Lo quieren destronar al negro sensacional incluso los que han vivido a *causa* de él y han tenido publicidad y viven *casi* por él, por *casualidad* algunos mediocres habían escalado posiciones: por *Cassius Clay*, negro un poco chuchetas con esa chambonada de no ir al servicio militar.

Como las cosas no pueden andar mejor en este país, los Soldados en Acción que debió haber recibido ayer los recibirá hoy. Se terminaban los negocios en Chile. La Nancy llegaría con los Soldados en Acción que le encargó cambiar. También, es una de las últimas compras de la Pepy con la porquería de dinero que le dieron por las grabadoras, los veinticuatro vasos de cristal que tenía en el cuarto contiguo a su ofi-

cina y el depósito más pequeño de la Asociación de Ahorro y Préstamo, tan pequeño que se le había olvidado retirarlo, como había olvidado las grabadoras, los vasos de cristal, el televisor, las porcelanas y el picap que le había exigido Nancy. Sin embargo, la espera ya no tiene el sabor de una victoria inminente como la de Cassius Clay, sino la derrota práctica y moral de Quarry: esperar para entregarles los dólares a los DUN. Le han visto las costillas. Se roció el cuerpo con talco-
aroma-de-claveles, se anudó la corbata y luego aplastó con fijador los cabellos de las sienas. Los cabros ya habían salido, mansos idiotas que no pensaban en nada, con esos bluyines gastados y asquerosos que no quieren cambiarse por nada del mundo, gastados, grasosos y viejos, pero no se les olvida pedirles la mesada. Podrían peinarse, o bañarse siquiera. ¡Quién podía saber lo que les pasaba a sus hijos! Salen con bolsos de mujeres como vulgares maricones. Cualquiera de ellos podría ser el marido de Nancy si actuaran como hombreritos de verdad, si por lo menos hubieran tenido interés de trabajar en alguna de sus empresas, sólo entonces se podía pensar que eran capaces de enamorar a una mujer. No son nada. Andan locos con ese festival hippie de Piedra Roja. Allá ellos.

Un gesto amargo. No era ninguna novedad, a casi todos, en alguna ocasión, los agredía el fantasma de la soledad, de la derrota total. A él lo van dejando solo. Entre él y sus hijos y Sonia ni un cochino niño, ni un lagrimón. Mejor el silencio. Más grandes, podrían conversar desde la distancia, ...escribirse... desahogarse en las cartas. Tiene que prepararse para cuando la soledad definitivamente lo fornicare día y noche, cuando esté viejo y enfermo, pero con sirvientes, sí, con muchos sirvientes para resistir hasta el final...

Sonia está en cama escuchando la radio. Hace tiempo que se entretiene en copiar los gestos caprichosos de los niños, se amurra y nadie es capaz de sacarle una palabra. Si tiene otro, allá ella. Se alegra-

rá cuando abra el sobre . . . se alegrarian todos en esa casa.

. . . Pero algo quizás no pueda resistir: el mismísimo segundo en que se dé cuenta, como ayer, que el sexo lo abandona. Son veinticinco años de diferencia y en aquel segundo comprenderá que su incapacidad le estará señalando que Nancy será irremediablemente de otro. Entonces él tendrá que alejarse del ser querido, no será capaz de enfrentarse, porque la violencia que la hagan los otros, nunca su mano, Cassius Clay, Quarry, Bonavena, Frazer, Astudillo, los DUN. El hombre tiene su vocación como una bomba de tiempo. Estalla o no estalla. Fundamental la provocación. Eso es más amargo todavía, tener que alejarse voluntariamente del dolor y la soledad llevándose auestas el dolor y la soledad. Fe y esperanza en el futuro, Florencio, arriba ese ánimo. ¿Habría en Chile cincuenta gallos más poderosos que él?

Sonia está en cama. Seguro que cuando lleguen los marxistas la van a encontrar en cama y harán una larga fila para fornicársela, si le aguantan el tufo.

—De qué hablas, huevón —le dice—, te lo pasas el día entero haciendo frases con marxistas entre medio. Vive tu vida y no jodas a los demás.

La risa que largaría si supiera que no la joderá más. Se puso la chaqueta azul de paño.

—Y todavía se cree lolo el huevón. Anda a Providencia, allí hay lolos buenos, de verdad, lolitos rulientos, puros rulos.

Se lo pasaba tomando vino. Son las ocho y media y ya probó el vino. No puede invitar a ninguna de sus amistades a comer a casa, porque pierde la chaveta. Hace cinco años bailó en pelotas delante del juez, del dueño de la Constructora Durandegui, de Astudillo y los gerentes de sus empresas, entre ellos el de la Asociación de Ahorro y Préstamo, las compañías de seguros, los supermercados y el mismo general Zemperz. Cuando la vieron en pelotas los chuchetas se metieron en el baño, quebraron copas y platos y la señora

del general Zemperz resbalo en la tina y se partió la cabeza. La pura embarrada no más.

Aseguró bien la llave de su escritorio, donde había puesto en el sobre lacrado las escrituras con el porvenir de Sonia y los dos hijos.

Decidido: cuando tuviera que hacer las maletas y elegir sus objetos inseparables para el viaje, dejaría abierto el closet lleno de botellas de whisky para que picara la Sonia. Borracha hasta las patitas no se daría cuenta de nada.

No decidido: si la Pepy o la Nancy. Debería ser la Pepy, lo más razonable, pero él sabe que finalmente ha de ser la Nancy. La Pepy y la Nancy creen lo mismo: Buenos Aires/Miami ... una cabrona y una locateli.

—Adiós, querida.

—Chao, cuidado con los marxistas.

Joaquín estaba esperándolo en el auto. Uniforme azul, corbata azul, camisa celeste. Le recibe el malefín de mano, se ajusta la gorra y parten. Ese perrofiel se quedaría sin trabajo, vagando por las calles. Pero cuando lo conduzca por última vez al aeropuerto lo va a sorprender regalándole cincuenta Soldados en Acción. Perrofiel decir "yo verlo tomar avión solito. No saber nada más perrofiel, no preguntar entonces"

En la puerta había empleados fumando. Saludos rápidos, tímidos. Su presencia todavía conmueve el ambiente, le hace renacer la fe que a ratos perdía. Pero Astudillo ya no lo respetaba. Tal vez él no sabía hacer durar el respeto.

Sube. Pobrecita la Nancy, con un pañuelo sollozando. Se habría peleado con la vieja Clementina o amaneció con la histeria. Son fregadas las cabritas jóvenes.

—Florencio, amor, ¿cómo decirlo?, tómalo con calma, ha sucedido algo terrible (¿tan terrible puede ser? Oh, mejor que no lo dijera, él no puede resistir nada más).

—Habla.

—Llamó el enlace. El cheque salió falsificado. Lo

peor es que en el Banco se equivocaron y le dieron los Soldados en Acción al palo blanco, pero el gallo no aparece por ninguna parte con los Soldados y el enlace tiene miedo. . . , perdón, Florencio, ayer no quise decírtelo. . . , de todos modos el enlace lo persigue. . .

O—por la cresta, lo que faltaba, esto me pasa por huevón, por confiar en la gente sin pensar que todos són unos carajos destruyones. Destruyones de todo y después lo andan jodiendo a uno que llévame a Miami, que dame cien mil dólares, dime, ¿sabe el enlace quién le mandó el cheque, ah?

—No, no sabe. Escucha, Florencio, yo no te he pedido que me lleves a Miami, tú lo ofreciste.

—No lo digo por ti, pero es que me tienen hasta la mismísima coronilla. Y se permiten aconsejarlo a uno: no se vaya a Miami, Allende no sube, quédese aquí . . . y pides que lo tome con calma. ¡Sale de aquí, Nancy, sale inmediatamente de aquí, estúpida!

La violencia, sin embargo, tenían que hacerla otros, sí. . . , otros.

Mejor andar solo que con chuchetas mal informados. Anoche llamó Zemperz, que tiene dificultades en el Ejército con unos tipos que se dicen soldados y no tienen ni calzoncillos para enfrentarse a la situación y parales el carro a los planes de Allende. Zemperz aseguró que los marxistas van a meter las patas en todas las industrias y en el Ejército. Y en medio de este clima, ¿a quién putas no se le ocurre que comprar 590.000 marcos es como hacer una transacción con la vida? A esto hemos llegado. Mejor andar solo, solo, sooolooo, sooolooooo.

—¡Nancy, ven; ven, Nancy, te digo! Entra, no te quedes ahí parada con la boca abierta, entra, sucia . . .no . . .no . . .Nancy, querida. . . perdona el bofetón. . .yo te he dado todo cuanto he podido con mis fuerzas. . .eres adorable, Nancy. . .no, Nancy. . .ahora te necesito más que nunca.

—Se acabó todo, sí, todo. He sufrido mucho, es como una tabla de salvación todo esto. . .

O—te necesito a mi lado, querida

O—no, esto se acaba, tú me necesitas, porque cuando pierdes 590.000 marcos te sientes perdido tú, por eso nada más, y me tratas como a una perra... bueno, tal vez lo merezca, esto es normal, un hombre casado que no le dice a una soltera casémonos, mientras la cama cruje. Siempre he sabido que esto no es normal, pero yo sí que lo pierdo todo contigo y sabía que cuando te perdiera me daría cuenta de tantos fracasos: ser bailarina, por ejemplo, enamorarme de alguien para casarme o sentirme siquiera tan segura de mí misma, sin pensar que sólo soy pasto para los animales

O—cállate, Nancy, ¿es que no comprendes?, ¿cómo puedes ser tan cruel?

O—mis ilusiones se acabaron la primera vez que lo hicimos, no se sale así no más de un hombre casado lleno de miedo para darte una respuesta, la única respuesta que vale

O—entiendo... , pero estoy solo ahora, me acosan, soy Costadiner, Costaicompañía, Donfloren-
cio, Costamagnate... , todo eso es terrible sin ti

O—vivir contigo sin sobresaltos, sin andarse escondiendo de nadie. Es terrible sin ti, dices tú, claro, tú eres el conquistador, no eres nunca el puto, pero mi caso es diferente, aun amándote, aun contigo, ha sido mucho más terrible para mí

O—amor... , ven... , acércate

O—completamente diferente, porque nadie piensa que se puede amar simplemente y que veinticinco años de diferencia y todo tu dinero cochino son accesorios no más, pero que no tienen nada que ver entre nosotros...

—Amor, te quiero

O—pero me insultas y me golpeas a la primera dificultad; no grites entonces por 590.000 cochinos marcos, tú *valías*, *valías* por cualquier porquería que se te ocurría, por cualquier sobra de cariño valías, no por tu plata, y si alguna vez te pedí dinero, fue para vestirme para ti y más de alguna vez quise dejarte, quise encontrar un pretexto salvador, palabra...

O—Nancy, ¿qué hago?, ya no tengo colaboradores, consejeros fieles, se han dado vuelta para cualquier lado... te quiero...

O—hasta cierto punto una puede querer a un hombre así, porque pienso que no es correcto querer en el instante en que se siente el amor, hay que pensar en querer siempre... y los veinticinco años de diferencia, tus arrebatos, tu dinero, siempre tu dinero, por todo he tratado de dejarte y me ha faltado un poco de valor, un poco de no trabajar todo el día a tu lado, un poco de imaginar que eres sólo dinero y miedo...

O—no nos separaremos más, nos iremos juntos para siempre.

—No, primero resuelve tus problemas, yo tengo los míos.

—¿Qué hacer? Hasta a ti ha llegado toda la mierda de Chile ahora, precisamente ahora

O—no grites, se oye afuera.

—¡Llama a la Pepy, llámala, la quiero aquí!

Suena el teléfono... sí, Astudillo, estoy con problemas... dije que estoy con problemas, no me pagarán los dólares que me habían prometido... ¿Ah?, ¿usted está loco?, ¿que usted lo sabía?, correcto, correcto, ¿cómo lo sabía?... conforme, pero ¿es posible que no puedan esperarme?... ¡no me joda!... hemos trabajado veinte años juntos, ¿no?, veinte años juntos, Astudillo... óigame, ¿veinte años con toda mi confianza no son nada para usted?... bien, más tarde, o mañana, ahora necesito calma y pensar las cosas... sí, sí, de todas maneras vendré a la oficina mañana...

—Pepy, ¿a quién le compraste el cheque grande ese?

—No sé.

—¿Cómo mierda no sabes?

—Es todo un poco dramático y ridículo

O—como sea no me importa, ¿a quién se lo compraste?

—A ti nunca te ha importado con quién, a quién,

desde quien se hace el dinero, la cuestión es ganar plata. Hablemos de otra cosa, Florencio, de nuestro viaje...

O—me vas a decir a quien se lo compraste o lo vientes. Pepy, querida, mi amor, soy capaz de matarte (la violencia para Mohamed Ali, Jerry Quarry, Bonavena, los DUN, para el degenerado de Astudillo. Mientras se pueda evitar la violencia, serenidad. Cuando la paz es insuficiente, calma todavía, hasta que los demás no te atropellen).

O—¡oh!, ¿estás loquito?

O—porque necesito explicaciones claras, Pepy, el cheque salió malo, ¿me oyes?: falso, fal-l-lso, fa-l-l-lsoo. Estás jodida si no encuentras rápidamente al vendedor.

—Déjate de leseras, Florencio, no me vas a cargar a mí las pérdidas de tus negocios, como si alguna vez me hubieses pasado tus utilidades, loquito.

—¿A quien se lo compraste?

—A un hombre, se entiende

O—a un hombre que se llama...

—Kraiz Oellinger, un tipo decente, así es que cuando mate, el tipo se va a quedar tranquilo, te lo aseguro. ¿Y qué querías que hiciera? Me llamó la Porota desde el hotel y me dijo que había llegado un pasajero estupendo con muchos dólares y muy baratos...

O—Pepy, ¿cómo no te diste cuenta? Así operan los sinvergüenzas, los sinvergüenzas no tienen nunca domicilio.

—Primero gana la tentación, lo demás se sabe después, ¿o no?

O—tú no compras 590.000 marcos así como así ni cien dólares.

—No, claro que no.

—Entonces di cómo ubicamos al tal Kraiz.

—No sé.

—Pero, Pepy, déjate de payasadas, ¿no sabes lo que significa una vida de sacrificios, no sabes que cada sacrificio tiene un costo moral y material? Seguramente me tomas por un avaro, pero no, yo he vivido

pensando en mi vejez, pensando en la tranquilidad que merezco, haciendo lo posible para que la edad no me pille enfermo y solo, entonces hago mis ahorros para enfrentarme a esa prueba. Ya, ponte seria, Pepy

O—Kraiz está fuera de Chile.

—¡Un extranjero! ¡Por Cristo! ¡Un extranjero! Entonces llama al hotel, pregunta si anotaron el número del pasaporte, es un deber de ellos.

—No seas loquito, Florencio, si un cheque sale sin fondos, o con la fecha mala, o la cantidad mal escrita, todo eso puede arreglarse talvez. Pero tú dices que el cheque es falso, fal-l-l-l-so. Ningún tipo que anda con un talonario de cheques que no le corresponde va a dejar una pista...

O—lo hiciste adrede, dime si lo hiciste adrede, tú no compras un cheque por 590.000 marcos así como así. Te acostaste con él.

—Sí y qué.

—¡Chuchetas!

La golpea en la mejilla, una, dos, tres veces. Empuña la mano y dirige maestramente el anillo con la piedra al rostro de Pepy. Un verdadero placer

O—huevona, chuchetas, eso eres, una puta chuchetas. (Sin embargo, violencia repugnante, porque no es él quien golpea, son los aliados de sus cuarenta y ocho años que se rebelan: golpea el esfuerzo, el sacrificio, los desvelos, el talento creador.)

O—y me emborraché

Que lllore no más, que las pague todas, él no va a pagar toda la vida por los demás.

—Reputa destruyona.

—Requeteputa, todo lo que quieras, pero no chuchetas.

—Te voy a descrestar ... a Miami quería irse la niña bonita, a Miami, ¡a la cresta te voy a mandar!

O—tan fino el señor gerente, tan desinteresado don Florencio, ¿sabes?, lo hice en honor a tu delicadeza, como todo lo que he hecho, no pensarás que por Paulo VI, por ti, por ti

O—acostarte con el estafador

O—exacto. Como si no supiera que andas con la Nancy, como si yo no tuviera sentimientos. ¡Qué sentimientos va a tener una de mis maquinitas que me produce dinero!, dirás tú. Me acosté de dolor con él, te juro que no me había acostado con nadie desde que te conocí, pero de qué sirven mis palabras, sobre todo palabras con significado. Por ti he sentido todo. He sufrido teniéndote mucha lástima, porque lentamente has dejado de sentir sin calcular costas, pero mucho más que lástima, mucho más, te he dado un amor verdadero. De eso soy responsable yo, no te preocupes, es mi costo y he sido feliz llevándote pegado al recuerdo a cada instante, deseando estar a tu lado como cuando íbamos a Zapallar y no hablabamos en toda una noche de negocios ni de política, ni de que todos se aprovechaban de ti, nada más de nosotros dos, Florencio, y entonces ya planeabas un largo viaje por el mundo y yo gozaba como una tonta; me reía para el interior de ese largo viaje, de un tiempo largo para estar en mi mundo que eras tú, exclusivamente (errores se cometen muchos, errores coméese, entusiasmos playeros, pero no tenía que arrepentirse de nada, qué culpa tenía él de despertar sentimientos, apetitos, qué culpa... , que llore no más, así no le dará un ataque, neurótica).

O—no me importan los países, había viajado tantas noches contigo sintiéndome acariciada y una tonta importante. Tengo cuarenta y dos años. Ya nadie se acerca seriamente a mí. Trato de disimular, me arreglo con pinturas y vestidos juveniles. No me saca nunca esas pestañas postizas que me trajiste de Suiza, eso da la impresión... de que soy lo que tú crees... , eso mismo... , creen que no tengo sentimientos, que me interesa la vida fácil no más, que ando manchando el nombre de la familia, que soy una amiga peligrosa para cualquier mujer

O—y para cualquier hombre

O—eso andan hablando de mí, entre ellos tú. Al menos lo piensas. Si acepté administrar la agencia fue por ti y por ganarme mi vida, por ganar *mi* dinero

trabajando. ¿Que el trabajo no es muy limpio? De eso eres responsable tú, un poco. . . , sí, yo he querido ganar mi dinero trabajando, ¿quién pregunta antes de trabajar si el trabajo es limpio?

O—ganar a *costa* mía

O—claro, a *costa* tuya lo hice. Me acosté por el dolor con Kraiz, porque sabía que no me amabas a mí, y porque tenía derecho

O—alguna vez me alcanzó el cariño para ti también

O—pero lo hacías a un tercio de tu capacidad, están Nancy y Sonia de por medio, no, no mientas

O—no me he comprometido nunca a nada

O—me acosté por eso con Kraiz, porque en el momento Kraiz llenaba todo el vacío de muchas noches sin dormir. Tú no sabes que la felicidad *cuesta* muy poco. Joven, agradable, buenmozo, fino y elegante, la verdad me inflaba y mi posición fue legítima

O—termina luego con tu mugre de historia

O—pero me equivoqué. Pensé en ti, no pude dejar de hacerlo, estaba borracha, es cierto, pero pensaba en ti, como siempre, ¿y qué mejor homenaje para un hombre como tú que un buen negocio? Ofreció venderme el cheque, lo giró, lo vi llena de emoción cómo no le temblaba ni un pedazo de piel al firmarlo, te lo juro, lleno de naturalidad lo contemplaba forrado en su bronceada piel desnuda

O—¡puta de mierda!

—Gracias. Yo lo hice por ti, te lo juro

O—esas huevadas no las hace nadie por mí, se hacen porque se es una perversa.

—Estaba desnudo y lo firmó respetablemente, inspiraba confianza

O—hasta aquí llegamos, Pepy.

—Tu fiel Pepy.

—No seas cínica

O—no hace falta que lo digas, Florencio, hasta aquí llegamos. Kraiz te ha hecho un favor: una cortina de billetes se rompe, se aja, se desvaloriza, ¿verdad?

- Diría yo, mejor, que la cortina cae por el peso de su mugre.
- Si pudiera hacer algo...
- O—¡claro!, irte, desapareecer de mi vista, eso se hace por mí.
- Un beso, por lo menos.
- Hipócrita, malagradecida.
- Un beso.
- No soy una máquina para dar besos cuando la aprietan, ¿qué no comprendes mi situación?
- Sí y no. Tú pierdes 590.000 marcos y Kraiz me hizo ganar un poco de amor.
- Dije que hagas el favor de salir. ¡Nancy! ¡Nancy!
- Sí, diga, señor.
- No disimule, Nancy.
- Acompañe a la señorita al ascensor.
- Sí (cabrona, cabrona, cabrona).
- Perdón, y adiós. Perdón, Florencio (la Nancy llora también. Qué tiene que andar llorando. Y la otra debe estar en cama todavía con una pataleta de nervios chupando vino).
- Está nervioso.
- No importa, señorita Nancy, no importa nada. Ojalá se mejore, es terrible tener un jefe enfermo de los nervios.
- Olvidese.
- No faltaba más. Usted tiene muy bonita la oficina de Florencio.

Nancy / No me hables.
 Un beso no más, Nancy / Un beso y me voy

DIECIOCHO

RAMON BARRERA

Me di cuenta que corría cuando tuve que detenerme a la entrada del café, impedido por una gran cantidad de gente que formaba un muro compacto alrededor de un hombre que gritaba a viva voz frases agresivas contra Investigaciones. Pasé entre la gente abriendo una brecha y en el baño traté de contener la respiración ante la fila de hombres que con sus panzas infladas de frente a la muralla se acercaban al urinario. No, como lo suponía, Marcos Rubilar no estaba allí. Solté la respiración y entonces sentí el dolor encerrado en mi cabeza. Debí arriesgarme en el propio recinto del Banco, *arriesgarlo todo*. Bajé el cierre y me quedé parado nada más para hacer tiempo: los orines no cayeron. Salí (a Marcos lo seguían, ya no había ninguna duda).

Me convencí de que si no era capaz de retener adentro toda la angustia rompería en un llanto que en el café habría tenido mucho de ridículo. Tenía la boca seca. Quise pedir calmadamente un vaso de agua. Afuera los curiosos continuaban cercando al anti-Investigaciones. Rubilar podría estar entre los mirones, entre esos extraños curiosos que me lanzaban sus patadas de odio. Casi todos llevaban maletines negros de mano, mirando gravemente, *como pensando* en el pobre tipo que se lanzaba con su soledad tartamudean-

te contra Investigaciones, pero lo hacían como pensando, porque estaba claro que no pensaban: ESTABAN vigilando. Pensé que todos los hombres eran agentes de Investigaciones, no necesariamente agentes profesionales, podían ser aficionados en busca de traficantes de dólares para denunciarlos y ganarse una recompensa. Volví al mesón y pedí un express. La jovencita me sacudió con una sonrisa y me esforcé mucho por ser sociable y contestarle. Ella sonrió de nuevo y se fue a la máquina a llenar tazas y desde allí hacía muecas de incredulidad moviendo la cabeza. Comprendí al mirar mis zapatos: había encendido unos cinco cigarrillos, pero no los fumaba. Recordé que cuando pagué el vale del café había comprado un Hilton y yo no fumaba nunca cigarrillos. Era la una y media de la tarde. Finalmente me senté a una mesa (la mala suerte no más, Nancy, creo que tenemos que esperar. Nunca voy a tener plata, pero no importa, la plata no, Nancy, en este momento me importas tú y me importo yo. Ya no ganaremos nada con esto, mejor no pensar en las ganancias, pensemos en perder poco o perder nada. ¡Oh Dios mío!, palabra, no odio por odiar no más a mi padre, soy capaz de mandarle plata al viejo).

La función de afuera terminó. Los agentes se apartaron, fingían no conocerse y se marchaban. Dos fulanos entraron distantes entre sí y el más joven escarbó con la mirada, muy detenidamente, entre las mesas. Se detuvo al verme. Tosí para normalizar mi espanto, tosí y tosí y el fulano se apoyó en el mesón cerca de la bandeja de vasos de agua y anotó cosas en un block que sacó del maletín James Bond. El tipo no demoró nada en consumir el café, escarbó de nuevo con un cinismo impresionante y se fue. Eso tenía que hacer, pedir que me sirvieran una taza de café en la mesa. Cuando la trajeron aseguré mi lugar con el llavero, me levanté y escarbé como lo hiciera el tipo. Esperaría a Rubilar hasta ...no sabía..., no, la pura verdad (nadie conocía Lo Miranda. Algunos pasan a Doñihue por el pueblo, pero no es ninguna

obligación pasar por esa miseria. Los que van a Doñihue pasando por Lo Miranda no se dan cuenta que eso es el pueblo de Lo Miranda y a los que se dan cuenta les da lo mismo que si no hubiesen pasado por allí. La cuestión no debe haber cambiado mucho. Y en Lo Miranda estará la tía Remigia, lógico, la casi abuela-tía-Remigia "estoy en apuros, casi uno no se da cuenta, cuando lo meten en líos en Santiago" / "pobre chiquillo mío, cuánto habrás sufrido y a mí hace catorce años que no me revientan las espinillas" / "no, no, tía, a ese viejo de mierda no lo quiero ver... usted lo debe saber, tía, cuénteme la verdad, yo no soy hijo de ese hombre, ¿cierto?, no lo quiero ver al viejo, si me presento así va a soltar sus carcajadas de mierda, no, nunca quise que me viera arrancando sin un peso en los bolsillos. Él siempre ha querido que yo sea una porquería").

Entonces me di cuenta que ya había perdido algo importante: la facultad de escoger, la de elegir algo para mí, o, si se quiere, la esperanza. De ninguna manera alcanzaría a regresar a Lo Miranda, porque me estaban persiguiendo, alguien vigilaba cuando encendía torpemente los cigarrillos, cuando derramaba la azúcar con que pretendía endulzar el café. No estaba seguro quién o quiénes dirigían esa labor de vigilancia. Si los de la Upé o ese grupo secreto de los DUN, el Servicio de Investigaciones o los detectives aficionados. Pensé también que la gerencia del Banco sabía todo lo sucedido y habían enviado a sus propios detectives para culparme de la pérdida de los 590.000 marcos. No, no alcanzaría a llegar a Lo Miranda así tal cual, sin elegir el mejor momento, empujado por la necesidad de huir como un delincuente y yo me había salvado de ser un delincuente, llegar así y aparecer en Lo Miranda después de tantos años para quedarme allí. Es como sentir encima unas cien mil patadas insolentes. En consecuencia, una torpeza mayúscula. Además, sospecharían los motivos del regreso y no tardarían en delatarme por muy encerrada, perdida, ignorada y humillada que fuera Lo Miranda. Lo Mi-

randa sería para mí como una cárcel y encerrarse en una cárcel no lo desea nadie para sí mismo. El día que vuelva a Lo Miranda lo haré, lo juro, lo juro, con una mujer al lado, no sé si rubia o morena, pero con una mujer que le haga saltar los ojos a mi padre y a todos los mirandinos, con un buen traje y arriba de un auto.

Cuando el chiquillo entró se me ocurrió comprar el diario de la tarde, pero no estaba obrando bien, así no podía hacer nada bueno, pensaba cualquier cosa y sin lógica: todavía no podía salir la noticia en ningún diario, si es que la cosa se había desparramado por ahí. El diario traía un título llamativo. AL CONGRESO LAS REFORMAS. UNIDAD POPULAR Y DEMOCRATACRISTIANOS APRUEBAN TEXTO FINAL (tal vez sea la hora... esa hora que les llega a todos... no en un momento cualquiera, sino en el momento en que tiene que venir no más... la hora en que se ve perdida la única respuesta que le interesa a alguien... : la del suicidio. Un tiro de revólver... es lo más rápido... y lo que conviene más... apretar firme... firme y listo...). Me levanté a escarbar nuevamente entre los clientes. Marcos Rubilar podía aparecer en cualquier momento y de una plumada de suerte evitaría todo lo malo de esa hora. Por lo menos divisé seis oportunidades claras, seis esperanzas casi concretas de abrazar a Marcos Rubilar y besarlo y decirle "hola, viejito, hola, viejito", pero las fui descartando una a una. Al lado del sexto hombre había un tipo con un maletín en el suelo, sujetándolo firmemente con las piernas, seguramente para sentir el roce si alguien intentaba robárselo. Me acerqué con lentitud: el hombre tomaba apuntes con vertiginosos movimientos de lápiz pasta sobre una gruesa libreta de palanca. Luego rápidamente y con una velocidad increíble giró la cabeza y pude ver los ojos brillantes del señor Mena, el jefe de la sección Informes del Banco. "¿Supo lo de Jiménez?" / "¿Lo del señor Jiménez?" / "Clotió" / "¡No me diga!" / "No sé cómo cresta cambió ese cheque, menos mal

que uno trabaja en una sección sin peligros. ¿No ve que todos andan con la cabeza trasnochada con Allende? Son unos gallos locos, no se dan cuenta que aquí en Chile no pasa nada nunca, ha cambiado el gobierno y punto. Ni para calentar a nadie, ya ve, los demócratacristianos van a votar por Allende en el Congreso... , bien, me voy" / "¿Y el señor Jiménez, cómo está?" / "Mal, muy mal, salió como desde un cajón de muerto de la gerencia, chao, Barrera, Jiménez se fue a su casa, cree que lo pueden embargar" / "¡Oh!" No supe cuándo ni por dónde salió Mena, pero era un tipo vivo y siniestrón, un detective particular con acidez estomacal. No cabía la menor duda, ¿por qué no le había preguntado un superior a su subalterno qué hacía allí a esa hora en el café? El puesto de jefe de Informes no pasaba de ser una olímpica mascarada, una faramalla de campeonato mundial. Me vino de golpe un mareo y vi que en mi cabeza ahora giraba la rueda mecánica de la plaza de juegos infantiles. En los asientos iban Jiménez, Mena, el gerente del Banco, la Carmen, otros jefes y Nancy. Y abajo, entre el carrusel de caballitos de madera y los puestos de tiro al blanco, circulaba lentamente una multitud de hombres y mujeres. Traté de distinguir la época: cuatro años atrás más o menos. La multitud circulaba vociferando. Había visto esos rostros en alguna parte, tenían unos dientes muy largos, como esos dientes del Barnabás de la televisión, y las manos, las encías y los pies ensangrentados. Los dedos eran largos, con la piel raspada en los nudillos. Podía oír claramente el fondo musical de las rondas infantiles, primero un coro muy suave y luego la voz diáfana de una niña que hacía de solista. Todo era como un tierno paraíso y me conmovía profundamente. Estaba en un torrente de emoción y quería alcanzar a Nancy, que giraba sin cesar allá arriba en la rueda gigante, cortando con su bello cuerpo el collar de luces de colores que adornaba la plaza, pero cuando estaba a punto de tomar sus dedos, una fuerza implacable me devolvía a tierra. Sor-

presivamente, los Beatles hicieron huir a los niños que cantaban, y la multitud que se movía disciplinadamente en bloque me arrastró unos tres metros y quedé aprisionado entre ellos. Ya ni siquiera podía intentar levantar los brazos hacia la rueda, que estaba a mi izquierda, horriblemente lejana. Sin embargo, yo tenía mis manos, los pies y las encías completamente sanas. Una nube de mosquitos comenzó a sonar como las orquestas planificadas con demasiados violines. Los mosquitos se mantuvieron suspendidos a cierta distancia de la multitud y el ruido terminó por completo con los Beatles. La multitud amenazada comenzó a quejarse y en seguida a gritar con mayor entusiasmo, casi con un ritmo histérico, como si los gritos compusiesen frases ensayadas mil veces. Arriba, en la rueda, Mena apoyaba un cuaderno de apuntes en sus rodillas y en la zona de los ojos tenía dos potentes focos que iluminaban distintos sectores de la multitud. Se apresuraba en escribir: sin duda tomaba los nombres de los que vociferaban. Cuando los focos me iluminaron temblé, no veía más que los rayos luminosos, no veía a Mena, pero sabía que detrás del chorro estaba Mena, el jefe-de-Informes-detective-simulado y le sonreí alzando las manos amistosamente. Mientras tanto, Nancy reía, se divertía alegremente, porque los mosquitos parecían no amenazar el sector de la rueda o porque los focos encandilaban a los mosquitos. Nancy era feliz e indefectiblemente cortaba los collares de luces. De pronto, la multitud, como arrastrada por un huracán, forzaba los barrotes de hierro que encerraban la plaza. La cerca no cedía y los gritos furiosos aumentaban su intensidad. Cuando la muchedumbre se movía resonaban claramente los zapatos hundiéndose en los charcos de sangre. Noté que mis botas estaban todavía limpias y que Mena continuaba llenando las hojas del cuaderno. Cuando los focos de Mena se detuvieron al lado mío, los distinguí claramente: Molina, Rivera, Concha, Giandrini, Cerda, Mehech, Torrealba, Palacios, Mellado, Soto, Lizana, Ortiz y varias mujeres de

las diversas secciones del Banco. Vestían extrañamente, los trajes no eran de mala tela, pero casi todos estaban hechos jirones, los nudos de las corbatas escondidos bajo las puntas de las camisas. Tenían unas ojeras muy grandes, como las ojeras del Roma, y gemían, luchaban contra la cerca y gemían, quiero decir que gemían con valentía, sabiendo que intentaban desplazar a fuerza de músculos o de fe, qué sé yo, la mismísima cordillera de los Andes. Mena sonreía, el cuaderno de apuntes parecía una guía de teléfonos. Nancy era feliz en la rueda, con esa risa que le abre el mundo a cualquiera, y seguramente el chorro de luz alcanzaba a iluminarme, porque cuando me vio frenó bruscamente la risa, cubriéndose la boca con la palma de la mano, y gritó "perdón, perdóname, Ramón". Yo dije para mí, nada más para mí, "no es nada". Mena se alzó peligrosamente del asiento mientras la rueda giraba, y la multitud dijo "¡oh!" Pero Mena se sentía seguro, carcajeó con toda su alma y señaló con el cuaderno a los mosquitos que estaban muy distantes. Los focos iluminaban las hojas del cuaderno y los mosquitos formaron una densa nube en el cielo. Abajo, la muchedumbre se apretaba el estómago con las manos ensangrentadas y el murmullo cesó. Alguien silbó tres veces. El gentío comenzó a alejarse de la cerca y en un instante quedó formada una gigantesca palabra: PAN. Entonces, Mena se enfureció y alumbró las hojas del cuaderno y se las mostró a los mosquitos. Hizo una señal con la mano y los mosquitos revolotearon amenazantes sobre las cabezas de la multitud. Curiosamente, yo, que estaba sentado en un caballito de madera, estaba fuera de peligro. La palabrita PAN ni siquiera se agitó. Mena gritó "¡va!", y los mosquitos quebraron las ampolletas de colores y se ensombreció todo. Fue un ruido seco y efectivo. Bajé del caballito y caminé hacia la salida. En los alrededores de la cerca había una ruma de huesos humanos. Ya en la calle divisé a Nancy, que caminaba ensayando unos pasitos de baile, seguramente riendo. Mena dio un

portazo a su Chevy y partió. La jovencita me había traído un vaso de agua y soplaba en mi boca. Cuando me sentí mejor, salí a la calle y me fui al departamento de Jiménez. Si Rubilar había venido... bueno...

y yo volvía a sentir la escasa consistencia de mis piernas, los poros abriéndose al sudor, el hombre que caía, el miedo.

DIECINUEVE

SEGUNDO JIMENEZ

Se le ocurrió regar los maceteros del balcón que Carmen había arreglado con helechos, bambúes y cardenales, pero casi no valía la pena preocuparse de unas estúpidas plantas ni de las cortinas descorridas de la ventana que dejaban pasar la arremetida del sol contra el mueble de radio-televisión-grabadora-FM-BG-WC y el desnudo de porcelana con el pezón izquierdo mordido por algún golpe. Si Carmen se atrevía a venir al departamento se encargarían de regarlas como siempre y sería necesario que viniese ahora, indispensable que ella viniese, ya que debía conservar la normalidad exterior a fin de no entorpecer las excelentes relaciones con los vecinos. Carmen y los vecinos deberían estar al lado de él, necesariamente unidos, sin ninguna sospecha entre ellos. Por algo, él mismo había sido elegido hace unas semanas jefe del quinto piso del edificio. El mismo día que, lo eligieron llenaron botellas con bencina y ácido para arrojarlas desde los balcones a los marxistas cuando pretendieran arreba-

tarles el edificio y saquearlo. Un closet, donde habitualmente guardaba los frascos de perfume, olía asquerosamente a bencina. A él le habían entregado un rifle importado desde Argentina, confiándole la delicada misión de proteger a las tres ancianas que vivían solas en el piso. Asimismo, los otros lo defenderían a él. La orden era matar marxistas ahorrando el máximo de materiales. No, las sospechas no cabían.

Toma un vaso de whisky, pese a que siente un calor abrasador en su cuerpo. Al echar los cubos de hielo moja su traje de alpaca y se pasa la palma de la mano. Oye las puertas del ascensor que se abren y queda inmóvil con el vaso de whisky en los labios (felizmente todavía no sube Allende y los mierdófagos estaban controlados o controlándose).

Los zapatos, seguramente de suela blanda, sonaban con extrema lentitud al arrastrarse en el piso plástico del pasillo. Quienes habitan esos departamentos ya han aprendido a escuchar y distinguir los ruidos y estaban alertas para tomar medidas si algo raro sucedía. Sería estúpido tomar la pistola que guarda en el closet o una botella de ácido y no saber qué hacer o hacer algo impensadamente que pudiera echarlo todo a perder. Los pasos se alejaron y alguien llamó al ascensor de nuevo. Era un whisky de buena calidad. El Vat 69 Finest Scotch Whisky under British government supervision by appointment to her Majesty Queen Elizabeth Scotch whisky distillers, y todos los objetos queridos que Carmen había ordenado —automatic level recording, USA made— alegremente después de las innumerables sesiones de amor y durante cuyo desarrollo Carmen corría desnuda por las alfombras y luego se dejaba atrapar en medio de las carcajadas, en una palabra, esa comodidad que ahora es un pecado nombrar y que, sin embargo, se había ganado como en una lucha cerrada en una selva llena de peligros, le traía la sensación de un fracaso inminente, la idea de que un solo hombre con su exclusiva decisión derrumbaba toda su seguridad y, lo peor, lo

más amargo, el mismo hombre a quien *debía* esa *seguridad*.

Así había sido. Un golpe feroz de amargura esta mañana (el ascensor nuevamente y la esperanza de que aparezca Carmen con noticias frescas, pero Carmen debía estar ahora muerta de miedo, angustiada de no saber nada de él).

Una amargura como encontrar a su propia madre acostada en pelotas con su tío o como ver los dedos afilados del pianista de la televisión mordidos por la rueda de un ferrocarril y acercarle al pianista una radio transmitiendo sus propias interpretaciones. Un solo hombre, UNO

- que señala cómo ha de ser la vida de otros .
- que distribuye la felicidad
- o la desgracia
- que en su memoria no entran los éxitos de sus colaboradores
- y si los guarda éstos siempre serán pequeños, muy pequeños, chiquitos éxitos
- y que no tolera errores
- y cada acción de sus colaboradores lo afecta . . . los éxitos o fracasos
- pero su espíritu privilegiado no perdona los fracasos porque . . . ha sido educado para los éxitos solamente

SOLAMENTE PARA LOS ÉXITOS

- las victorias de los demás son *sus victorias*
- y el fracaso del subgerente es una burda agresión
- un latigazo de los malagradecidos

UNO, SOLO, no lo discute sino consigo mismo; no hay Consejos, ni Directorio, ni Socios. EL UNO igual TALENTO; EL UNO igual SACRIFICIO; Coro: Admiración para el UNO, Todos. . .

Por el *único* no pasa el tiempo, y al *único* le debe su Mercedes, el departamento, los objetos valiosos que le han hecho sentir una vida agradable. Por eso, no puede entender que el *único* se haya comportado así, el *único* transformado en la rueda que le robó los

dedos al pianista y luego los tiró entre los durmientes. Años de sacrificio, años en que lo *único* que ha hecho es serle fiel al *único*, descrestándose para que la *única institución* tragara dinero y prestigio. Descrestándose al analizar cada una de las operaciones comerciales que le traían a su escritorio: no se sabía nunca que intentaba un cliente, entonces tenía que mirar mucho más allá de la línea en que se podía ver con claridad y de allí nacieron los elogios que el *único* le brindaba, y él recibía orgullosamente *la medalla al mérito de los ejecutivos*: no en saber mirar lo obvio, vacas sino en adivinar el futuro, para eso estaban ellos: para adivinar el futuro.

—y el *único* estaba para hartarse con los resultados, con el presente y era mucho más efectivo *imaginar* el futuro, hacer el futuro con los elementos en cierto modo del pasado que le señalaba la tarjeta de antecedentes comerciales antes de poner su vista bueno a una operación comercial que tanto tenía que ver con el *único*. Desde la navidad pasada había bebido cuarenta y cinco botellas de whisky, cuarenta y cinco botellas en diez meses y de todas las marcas, la salud del *único*. Por algo el *único* lo había llevado de subgerente de la sección Comercio Exterior, porque el *único*... bueno, lo había decidido así... porque leyó seguramente la fidelidad en sus ojos, la mansedumbre con que obedecía las órdenes que el *único* daba sin tolerar ni una sola pregunta, ni una sola solicitud de explicación, porque las explicaciones estaban reservadas solamente para el cerebro del *único*.

El UNO imponderable no le ha ofrecido asiento ni se ha dignado a mirarlo siquiera. Cualquier imbecil adivinaba la intención de esa mirada escondida por qué lo llamaba a su oficina. Juega con el corta papeles toledano y su rostro brilla inundado por la lámpara central (y él había defendido al UNO cuando el imbecil de Suárez había dicho que traspiraba hediondo, que ésa era la razón de echarse cremas y aguas colonias).

"El señor Mena me contó lo que ha pasado en su sección" / "Lo siento, señor" / "Sólo a un bellaco se le ocurre hacer esa operación" / "Sí, señor" / "Y esta empresa ha estado siempre en peligro de llenarse de bellacos como usted, la confunden con la Beneficencia" / "Creo que recuperaremos el dinero, estoy seguro" / "Y usted cree que esto es la Asistencia Pública, ¿verdad?, o le han duchado el cerebro los nuevos genios, los hombres nuevos, esos que ahora van a hacer un gobierno de beneficencia quitando, robando lo ajeno" / "No, señor, usted sabe que se lo debo todo a usted" / "Exacto, quería oír eso, me debe los 590.000 marcos" / "Sólo le pido un poco de tiempo, creo que recuperaremos el dinero" / "Pero no, no y no, no sea cretino, a todos los bellacos los eché a la calle, que otros se hagan cargo de las porquerías, ¿me entiende?" / "No, señor" / "Mire, le voy a hacer un favor, si las cosas no resultan como esperamos... , tome nota, por favor, no me importa el dinero, éstos Bancos se los van a tragar los comunistas, así es que usted les va a quedar debiendo los 590.000 marcos a los comunistas y no le perdonarán que siga trabajando aquí, sobre todo cuando sepan que usted obtuvo utilidades con la operación, ¿no es así? Váyase ahora, entonces, antes que sea demasiado tarde. Si no hubiese sido bellaco le habría pagado indemnización, pero usted es un perfecto imbécil y quedará anotado como deudor del Banco. Ojalá que en esto se hubiesen metido unos veinte empleados, unos veinte suchecitos envalentonados con la Úpé, porque los cago a todos. No les vamos a pasar fusiles a los "enemigos"...

Así, bellaco, como la propia madre empelotada con el tío.

Tomó el teléfono y marcó. Ocupado. Ocupado. Siempre pasa lo mismo.

Cuarenta y cinco botellas de Finest Scotch Whisky entre amigos y amigas, total trabajaba para eso, nadie pensaría que después del trabajo se aislaba en un convento, o discutía de política, cuando no se arregla nada con leseras. Divertirse, lo demás es veneno. Des-

crestarse en el Banco, después unas partidas de cach
luego hojear la revista Estadio y por las noches j
gar a las cartas, oír a Los Angeles Negros y descorch
cuarenta y cinco British Scotch Whisky supervised b
the Elizabeth Queen, gracias al OMNI, al potent
OMNI. Claro, gracias al OMNI. Que él se hiciera el b
llaco era un jueguito de viveza no más, los bellaco
eran los otros, el Mena, el Ortiz, el Schwenberg,
Belarmino, porque se creen inteligentes, con *talent*
pero lo que pasa es que son *tan lentos* para pens
que se sientan echados atrás en los sillones convenc
dos de tener por lo menos la facha y el poder c
Nixon, pero la verdad *ni son* la uña del *único*. Porqu
detrás de ellos está el MAGNUS que les da vida en es
sillones y en esos cuerpos encorbatados. No, él sal
reconocer: él *único* vivía en él, caminaba en él, le ll
naba el closet de scotch y medallas *al mérito*, a
lealtad, por él sabía cumplir y los demás se limitaba
cómodamente al *cumplimiento*. El OMNI lo pone a
detrás de la plancha de acrílico que publicita la dec
sión: Segundo Jiménez R., Subgerente. Sabe que e
tar allí alegre a Carmen, porque ella adivinaba que e
las divisas y las importaciones él se transformaba e
un hombre importantón y desde allí se podía esper
con optimismo la navidad; él, madurón y sudorón
esperaría la navidad con la misma o mayor ansieda
que los niños: agradecidos, los clientes llegarían a s
escritorio con paquetes de regalos, obsequios para
más importón de importaciones. En los días prev
a la navidad casi no pone atención en su trabajo, e
una máquina que escribe, calcula y firma sin pens
más que en los obsequios, su cerebro viene a ser alg
parecido a las *computadoras*: no todos retribuyen l
favores y como buena *computadora* registrará l
acontecimientos llegada la ocasión, en dos listas sep
radas: una lista de los clientes duros, los coñetes, l
pesados que no retribuyen, y otra lista con los cliente
generosos que saben reconocer las *importancias*. Ab
bien los ojos cada vez que el ascensor del departame
to deja salir a un respetable señor cargado de pa

quetes. Por los parlantes de la oficina chorrea un coro de niños. Un bulto será para él, *tiene que serlo*, no pueden exponerse a las represalias que tomaría con los coñetes. Así eran los buenos tiempos. Tenía el escritorio rodeado de paquetes, los dejaba allí a la vista para que los durones comprendieran. Ineludible. Halagar a los importantones. Los otros, los pobres tipos de las máquinas, destrozaban sus nervios, su envidia miraba lo importantón que era él sobándose la lengua en un charco de saliva. Cuarenta tipos que tenían que sudar por todos los dobleces de su cuerpo para que ninguno fuera colocado un día, al precio del sudor, allí en el puesto del importantón, sino por la gracia del *único*.

Rehúye la idea. La tiene hace rato en las botellas de whisky (regalos de la navidad), en los cubos de hielo: pensar que su caída, que el bofetón no se lo ha dado solamente el *único*, sino Ramón Barrera, el cínico Ramón Barrera, huaso apitucado y metido. Ramón Barrera las sabe todas y lo vigila. Sabía de sus relaciones con Carmen y le informaba todos los movimientos de ella y los individuos que la rondaban, las llamadas telefónicas, con qué amigas se juntaba. Había invitado a Ramón a su departamento, porque el cabrón andaba con una rubia sensacional y él tenía interés en la mujer. La joven no era para un tipejo como Ramón y en ciertos momentos, talvez debido al trago (porque no siempre iba a poner cara de subgerente de Banco y hacerse inconscientemente como que él era el *único*), se dejó pasar a llevar por Barrera por la maldita circunstancia de la rubia. Le permitió entrar a su departamento y el pendejo le tomó como cuatro vasos de scotch y encima después lo fue a dejar a la porquería de pensión en el Mercedes y la rubia ni siquiera se deslumbró con el estéreo y el tocacintas del Mercedes, sino que preguntó no más si tenía cintas de cumbias o de Tom Jones o los Bee Gees o los Beatles, y después se durmió y lo mismo hizo en dos ocasiones posteriores, ni siquiera le había rozado un muslo. Con gente así no perdía tiempo él. Y con

gente como Barrera no debió haberse metido nunca en la vida, pero la culpa de todo la tenía él mismo por su debilidad y su entreguismo a las circunstancias. Más que nada eso de tener que enfrentar cuestiones, muchas cuestiones al mismo tiempo. En unos meses más, cuando los mierdófagos estuvieran en el poder, se produciría un descalabro fatal. Lo decían todos: su hermoso y cálido status, su costumbre de vivir la vida después de la oficina se derrumbaría y era necesario prepararse, aprovechar las circunstancias, por eso había caído en la trampa de Barrera, porque todos los clientes de miéchica iban al Banco a retirar dólares y deseaba comprar todas esas cosas que ofrecían a precios tan bajos los afortunados que huían de Chile. En ciertos momentos pensó hasta comprarle un auto: Carmen. Puras gangas.

Luego la puerta del ascensor. Fue con la botella de whisky a poner la oreja en la cerradura. Era una discusión sobre infidelidades. De la mesita del teléfono tomó la libreta de llamadas de urgencia, donde tenía anotados los números de las ancianas. Todo lo que había comprado gracias al único corría peligro de embargo si al OMNI se le ocurría denunciarlo. El teléfono sonaba, pero la vieja no se movía muy rápido. Con esa movilidad, las viejas estaban condenadas a morir a la primera embestida de los mierdófagos. La vieja contestó. El dijo que llamaba el jefe de defensa del piso quinto por una circunstancia muy grave: los marxistas lo habían amenazado con lanzar una bomba incendiaria por la ventana del departamento, así es que era necesario evacuarlo. Si ella podría guardarle los muebles y otras pertenencias. El auto lo llevaría a la parcela de un primo. Agradeció el gesto de la vieja y después las emprendió a besos con el retrato de Carmen cuando tenía dieciséis años. Era bonita y sensual, pero no sabía nada de nada cuando la había conocido: todo el placer que puede dar ahora tiene las características de él, el largo preámbulo conteniendo los deseos para felicidad de los sentidos, y el reventón súbito. No siempre venía aquí. Los vecinos ex-

gían respeto y ahora el Jefe del Comando de Defensa del Piso Quinto debía conservar la sobriedad.

También los marxistas acabarían con el sexo.

Cuando abrió la puerta, las viejas estaban apoyadas en sus bastones. Unos cuantos vecinos "¡oh! ¡oh! lo que le ha venido a pasar, señor Jiménez".

El traslado de las pertenencias comenzó con escorrido de lamentaciones, arrítmico, semirreligioso, con brotes de vulgaridad angustiada.

VEINTE

RAMON BARRERA

Siempre uno tiene sus dudas, por eso pregunta y lo preguntan siempre. Pero después como que estaba seguro que Nancy me engañaba, era una idea, como dije, que había recorrido mi cerebro hacía mucho tiempo, no sé decir exactamente desde cuándo, pero en ella había como una sospechosa voracidad del tiempo, eso de estar al lado mío mirando a cada rato el reloj, importándole el tiempo mucho más que yo, como si detrás del reloj hubiese alguien esperándola en una esquina. Pero no dejé que esa idea entrara así de lleno en mi cerebro, como restregándome la pata encima de los sesos. La verdad no más, yo no soy ningún leso. Lo creí y entró de firme la idea después que pude verla claramente detrás de mi cerebro incontrolado caminar riendo desfachatadamente cuando abandonó la plaza de juegos infantiles adonde había quedado yo buscando entre huesos y calaveras la salida salvadora.

Quería dormir y estaba cansado tendido en la cama; sin embargo, sentí que era ella. Antes estuvimos tres veces aquí, ahí donde estás sentado, ella se aflojaba los zapatos, los sostenía en la punta de los dedos y luego los lanzaba al aire. Siempre había que esquivar un zapato de Nancy, antes de hacer cualquier

cosa uno tenía que esperar esta ceremonia inicial, que criticara mi pieza, todo. Tres veces, pero como si fuera la primera vez, fijé toda mi atención en esos pasos que conducían a la rucia impresionante a *mi* pensión, venía por *mí*, a estar conmigo. ¡Oh!, *mi* amor, mon cherí, never livmi. Lo juraba que nunca para mis adentros, porque era *mía*. Sólo ella era capaz de tocar la puerta rítmicamente, sólo ella andaba dándole música a todo como los cables eléctricos y su risa era tan ella misma que lo tumbaba a cualquiera. Un día había dicho “yo no soy marihuanera, una vez no más para saber, para no andar leyendo cuentos en las revistas, para matar las ganas de saber, y te juro que una vuela mucho más con ese Tom Jones o con los Bee Gees, mucho más que con la hierba te elevas con los Beatles, te vas a las nubes, aunque no entiendas la letra en inglés, porque la letra la lees en ti mismo, y están saltando los significados en la guitarra, en la batería, y la arrastran con la voz, la hacen crujir igual que tus penas y tus alegrías, ¿me entiendes?, hacen pedazos lo desagradable no con la boca como lo hace ese gallináceo gorgoriento que lo único que va a conseguir un día es que alguien lo tumbé en una fuente de pollo¹ y lo achicharre en el horno. Hay que volar haciendo cosas, las cosas lindas que tienes al lado y no arrancando de ellas”, por eso sentí los nudillos en la puerta y como que se me inflaba el corazón y arrancaba a volar, pero esa tarde, al sentir sus brazos redonditos sin esa sonrisa de que he hablado tanto, y cuyo sonido y forma me arde en los ojos ahora, me arde y me duele. . . , digo: no tenía ninguna sonrisa, sino los labios con una línea divisoria irrompible y horizontal. Dudé que estuviera allí después de *tanto todo*, sentada en la cama silenciosamente, fumando, dirigiendo la mirada a los afiches. Estábamos metidos en lo del cheque y en esos momentos a mí el cheque no me importaba o lo tenía como un problema nu-

¹Se refiere al cantante popular José Alfredo Fuentes, “El Pollo”.

blado en mi cerebro. Mi preocupación era perderla a ella, ese poster sonriente, esa orange crush o esa bebida efervescente, o esa coca-cola que te derrama alegría hasta por los intestinos. Y, sin embargo, esa muñeca que yo había pedido prestada en alguna parte de la vida del Roma y la Martita, estaba triste y sospecho que me vería obligado a devolverla acaso a un dueño que yo no conocía. Le dije que ayer por la tarde y toda la noche había estado vigilando la casa de Marcos después que Jiménez me golpeó con los pies furiosamente. No lo dije para quejarme, sino para que ella me quisiera más encima de mis heridas. Sin embargo, todo había sido inútil. Marcos no llegaba a casa y por la noche tendría que hacer otro turno. Ella dijo "en la oficina han entendido todo, estoy segura que no pasará nada", y me dio repulsión pensar en esos mismos momentos en las cosas que se piensan cuando los vestidos abandonan los muslitos de una mujer y le dije "me había hecho muchas ilusiones pensando en lo que ganaría con el cheque, pero..."

Sí, pienso en ella, palabra, qué me importa a mí. Lo Miranda, ni la plata ni nada por el estilo, ni que ella era como un préstamo para mí, ¿sabes?, todo está en tener cerca de uno la posibilidad no más, me entretenía y era lindo pensar que una o dos veces a la semana yo podía verla y acercarme a esa posibilidad de convertir el préstamo en propiedad, pero ahora no, no sabe usted cómo se siente uno, cómo desaparece todo menos el cuerpo y los pensamientos que lleva adentro. Mira, yo no siempre ando serio por ahí, pero esto lo dije con una tremenda seriedad "entre muchas cosas iba a decirte que nos casáramos", en serio lo dije, pero como no ando serio siempre, o es que ando muy serio y no me doy cuenta, me gustaba jugar cuando estaba al lado de ella y esa tarde el juego era algo macabro, me dio por jugar a eso de estar en Lo Miranda, guiando mi Mercedes o mi Volvo por los caminos polvorientos y reseco por el sol que no encuentra en sus calles ningún árbol, sino zarzamoras con hojas grises. Y entonces llegaba a la plaza, esa pla-

za que cuando me vine tenía unos jardines llenos de tristeza y de lirios secos y me detenía a comprar cigarrillos. El coche frente a la iglesia, a eso de las doce del día, cuando todo Lo Miranda se hace representar en la oficina de correos para oír a la funcionaria recitar los nombres de los destinatarios de las cartas. Nancy en el coche escuchando a sus Bee Gees a todo volumen, encerrando detrás de los enormes lentes oscuros una emoción a punto de reventar sus ojos apretados, entonces yo cruzaba la plaza y luego el camino y me paraba apoyado en el poste de madera carcomida del corredor y desde allí, manos en los bolsillos del pantalón pegado al cuerpo, luciendo esa polera roja como la de Jiménez, mirar a medio Lo Miranda pasarse los comentarios de boca a oreja, verlos correr a mirar el auto. Entrar al almacén de López Cuéllar (mucho mejor almacén que el de mi padre, el mejor almacén de Lo Miranda, porque vendían telas y jabones y bebidas gaseosas) y golpeando el mesón de madera engrosada por la traspiración y la manteca de tantas manos "¡hola!, ¿tú eres López Cuéllar hijo?, hola, López Cuéllar, cierra la boca y dame un Hilton King Size, no me conoces, ¿no?, pero estás pensando que me has visto artes. Yo soy la porquería de Ramón Barrera". ¡Chutas, la carita de espanto! Salgo del almacén y dejo clavado a López Cuéllar en una duda que tendrá que clarar antes de dormirse y grito "¡hey, Nancy, amor, baja un poco, ven!" y me digo así se llevan los vestidos en la civilización, así son las mujeres lindas de Ramón Barrera, no hay mejores en todo Chile. Me asalta la duda. La televisión habrá llegado a Lo Miranda, las imágenes los tendrán deslumbrados y nosotros seríamos los héroes de carne y hueso, ¡adelante!, pueden acercarse al Mercedes y pasar los dedos por la carrocería, tocar los focos, la antena, oír a los Bee Gees saltando fuera de las ventanillas.

Debía ser Nancy la que venía, eran sus pasos, casi pude oler su perfume. El corazón avisaba sin equivocarse. Miré el reloj para ensartar en la memoria el

tiempo de esta felicidad en medio de la angustia de unos cochinos dólares. A las siete de la tarde, estaba frente a *mi* posibilidad, ahí estaba con su falda cortita y las manos cruzadas y un lindo collar de perlas deslumbrantes en su cuello largo y redondo. Abrió los ojos como preguntando a las paredes en el matrimonio del Roma (quiero decirte que el Roma se llenó de chiquillos, que eran de la Martita, pero él no participó en nada. Cuando supo que él no tenía nada que ver después de calcular las fechas en que había terminado de satisfacerse en los muslos de la Martita, derramó unos gruesos lagrimones y le dijo "Martita, ándate de la casa" y la Martita llenó un par de maletas viejas y se fue a encontrar con el amigo del Roma) y a uno le daban ganas de resolverle todos los problemas cuando ponía esa carita de pregunta y le repetí "pensaba casarme contigo", y ella dijo "yo pensé que no era tan complicado el asunto de cobrar el cheque, créeme, no quise causarte daño" y mascó unas perlas del collar. Le dije "estaba seguro que todo saldría bien, Nancy, que ganaría dinero y luego podría hablarte de casarnos y, sin embargo, habrás sufrido sólo molestias en la oficina, palabra, lo siento".

El hecho de besarla me hizo pensar que todo volvía a la normalidad. Fue entonces cuando acerqué lentamente mis manos a sus senos y ella reaccionó "no me siento bien, tengo miedo de lo que puedan hacer en el Banco, ¿tú no me delatarás, verdad?, ¿le has dicho a alguien de dónde proviene el cheque?" Entonces, algo que iluminó mi cerebro empujó hacia afuera una risa "no tengo idea de dónde vino el cheque, yo no he visto nunca un cheque por 590.000 marcos. Negaré absolutamente todo. Que se las arregle el fresco de Jiménez", y en seguida le dije "te quiero, Nancy, pero creo que te voy perdiendo, porque ahora no soy nada y ni siquiera tengo la esperanza de ser alguien que pueda importarte en este mundo, soy muy poca cosa, habrá miles de hombres con dinero y comodidades para ti y ni siquiera talvez necesites trabajar, mi amor, me doy cuenta de todo eso". Ella envolvía

unas matas de cabellos entre las vueltas del collar de perlas. Pensé que lloraba con la silenciosa lentitud de alguien que *ve morir cosas* a su lado. Lo que siguió, esa carita que miraba interrogando al mundo es de las sensaciones que no dejan de volver y volver de vez en cuando. Sentí sus mejillas en la palma de mis manos y vi que su boca ya no podía reír sino hacer solamente una grotesca intenciona de sonrisa. "Creo que desde ahora nos veremos más seguido", dijo, y una palabra poco frecuente en nuestras relaciones sonó en mis oídos "¿me quieres?", ¡qué pregunta!, ¡qué pregunta!, ¿te fijas?

Estaba claro. La besé. "Sí, mucho" (no sé por qué me acordé de Venegas, la porquería de hombre que será ahora Venegas. Me acordé cuando una noche paró a hablar con el viejo para que yo lo acompañara a regar los choclos. En Lo Miranda no hay mucha agua durante el día, la desvían mucho antes de llegar a Lo Miranda. Hay que esperar la noche y pasarla entre las plantaciones quitando obstáculos con la pala. Venegas estaba mudo, no hablaba ni una sola palabra como otras veces. De pronto se apoyó contra el tronco de un árbol, chupó tres veces seguidas su cigarro y echó humo con suspiros a los millones de estrellas que se veían allá arriba. "La Elvira me dejó porque ya no me quiere", dijo, y yo medio entendí que se trataba de una pena muy grande).

Entonces, después de pasearme por Lo Miranda talvez fuera al tronco de ese árbol a mirar las estrellas con Nancy. Te lo juro, ése era el sitio justo para sentirla *mía* en la inmensa soledad del campo, sin amenazas de nadie, sin patas bajando encima de tu cuerpo para verte hecho tiras en el suelo por el solo motivo de ser... bueno, Ramón Barrera, el hijo del almacenero, porque te preguntan de dónde vienes, quiénes son tus padres, si tienen dinero y luego dicen "el cabro de mierda no vale una hueva".

Esa incertidumbre y esa felicidad de la promesa de vernos más seguido me exigían que terminara con el problema de los malditos dólares. Le insistí "el pro-

blema de los dolares seguro te habra traído disgusto en la oficina, no me digas que no, se te nota. Está preocupada, ¿verdad?”, y ella dijo “no, todo esto me acerca más a ti”.

Nancy.

Nancy.

Perdón. Yo pensé muchas veces que no la quería tanto, es decir, todo lo que sabía de querer y a veces lo creo todavía era aquello de acostarse con la tía Remigia, reventarle espinillas, rascarle la espalda y esperar que me arreglara los pantalones. Después Inés Nancy, otras. Pero me dolía querer a Nancy, me dolía que ella me quisiera y que no me quisiera, me atormentaba pensar si ganaba o perdía la posibilidad que llenaba no sólo esos días, sino los que vendrían más adelante. La necesitaba sinceramente. Eso es lo mío. Puedo responder por lo que yo siento y sentía, por lo único, es decir, ésa era la Nancy que *me* pasaba a mí. Yo y el amor por Nancy. Maravilloso, tremendamente maravilloso. Pero ella respecto a *mí* ni hablar. Lo que debía haber hecho ese día, y luego la última vez que fui a visitarla, fue darle como caja al sexo para que se acordara siempre de mí o haberle ortigado el culo. Eso pienso yo que se merece. Dos bonitos hipócritas pies, redonditos, que se te echan encima de todas tus posibilidades, posibilidades que no eran para mí solamente. quiero que me entiendas, eran para mí y para *ella*. No, yo lo sé. En lo que hizo no tiene nada que ver los marxistas, porque para todas las cuestiones de ella no más. Habla con ella, pregúntale: ¿Quién te dice que no arregló deliberadamente el lío de los dólares para fregarme?

No le hice nada de lo que siempre se desea. Pero sé que ella era demasiado generosa al andar conmigo pero no se puede confiar en alguien que te llena de ilusiones el pecho y te va criando esperanzas y de repente te abandonan. No, eso es maldad. “Nos vemos más seguido porque te quiero mucho”, dijo y le volvió mi cabeza a su pecho, a ese collar de perlas que

no me hizo pensar nada malo aquella vez, ni siquiera le pregunté cómo había ido a enrollarse a su maldito cuello / "Amor mío, amor mío", dije, digo, diré: "amor mío".

Yo ando por las calles y pienso en ella. Tú la conocerás, si tienes interés. No hay nadie como ella, por eso puedo verla, pero no tocarla. En las calles un perfume que te acaricia, en las micros, en los grandes automóviles, en los desfiles callejeros que están de moda. Me paso los días, las semanas, los meses mirando a los de la Upé y a los de la oposición; largos desfiles que pasan gritando sus consignas y el último manifestante corre para no quedar atrás: NO ES ELLA.

Fui a su oficina. Todos en huelga, los carteles colgando de las ventanas de los edificios, pidiendo la intervención del gobierno, nadie quiere hablar con uno, puros carteles llenos de odio por todas partes. Habían despedido a varios empleados y obreros, me dijeron. Acusaban a Costa, el dueño, de inmundo gusano, y a Astudillo, de fascista perseguidor de militantes de la Upé. Odio por todas partes, acusaciones, amenazas, banderas rojas, verdes, rojinegras y lienzos groseros BURGUESES COBARDEN Y EXPLOTADORES PERSIGUEN A TRABAJADORES. En la puerta, un obrerón con casco amarillo no me deja pasar. "La cosa no está para huevadas —me dice—, ¿acaso no tiene ojos para ver?" Al fin, torturado por la insistencia, pide que me identifique. Saco mi carnet, el reloj y la billetera. "Deje todo aquí y ahora entre, compañero, pero no la va a encontrar a ella, pregunté dónde está el explotador de Costa, ésa es pista buena, el escritorio estaba lleno de fotografías." Donde Nancy estuvo una vez sentada, en su propio escritorio, unos hombres clasificaban papeles y otros escribían consignas sobre pliegos de cartulina RECABARREN, PRESENTE. "Mirc —dice un hombre con la factura en la mano—, en esto gastaban la plata: un collar de perlas de tres vueltas." Ella no está, pero comienzo a ver claro.

Por donde camino la veo y la siento. Pienso com-

prarme un picap después. Por el momento tengo los discos de esos gallos que le gustaban a ella. Eso es por lo menos una posibilidad de acercamiento. Acostarse pensando que ella vendrá a estar contigo y que no ha pasado nunca nada. Tarda uno en quedarse dormido, buscas pretextos para quitarte los pies de ella que te lastiman, un libro, un cigarrillo, una revista, un problema en el Banco, qué pasará ahora en este país lleno de extranjeros y máquinas fotográficas: cubanos marxistas, norteamericanos marxistas, congolese marxistas, argentinos marxistas, franceses marxistas. Tratas de irte con los pensamientos a otra parte y lo logras. Estás lejos, puede ser una huida de una hora, dos o tres, sin embargo, ella vuelve y te hace brotar lágrimas y recorres tu vida: la tía Remigia, el asalto en la Quinta Normal, el administrador de la fuente de soda, el viejo del teatro, el Banco, el Roma, Lo Miranda y lo que eres tú ahora, con esa pena inmensa, y te acuerdas de Inés, del ballet que viste en la película con Nancy mientras ella sollozaba por no estar allí bailando, porque eras feliz cuando la conociste y salías al cine tomado de la mano preguntando "¿será cierto todo esto?" y cualquier día miras por la ventana de la pensión y ves el invierno que oscurece la tarde y a través de los visillos no ves ningún horizonte sino el desierto en tu corazón y sales a caminar, a ver gente en la calle, a distraerte, y pasa una mujer que te mira, te gusta, es hermosa, pero no es ella ni lo será nunca y vuelves a la pensión esperando idiotamente encontrarla subiendo los escalones rítmicamente, regando el pasillo de perfumes.

Huevadas.

De alguna manera pienso ahora que volveré a Lo Miranda a gritarle a quien quiera oír que ella habría venido, que tuve la posibilidad de volver a Lo Miranda en el Mercedes ese que algún día compraré, acompañado de una estupenda rubia.

Esa es mi parte. Lo demás es cosa tuya.

Se levantó de la cama y se marchó. "Nos veremos

más seguido" / "Sí, nos veremos", le dije, y la abracé. Corrí después a la ventana y la vi doblar la esquina. Sólo la vería una vez más, en su bata floreada transparente, cuando debí haberle dado como caja o haberle ortigado el culo. Y fui después al baño a tomar agua, a pasar las tabletas para aliviar la cabeza y estar en buenas condiciones durante el turno de la noche.

Pedí que él mismo hiciera el cheque. Después de pagar la letra, volví al mesón, apoyé el índice en su pecho y dije

VEINTIUNO

FLORENCIO COSTA

¿No estaba de más haber venido a la oficina este antepenúltimo día en Chile? Tal vez no fuera más que un acto de violencia contra sí mismo. Se abrían las heridas que le hicieron los años y las incomprensiones, todos los años para levantar industrias, compañías de transporte, seguros, Asociaciones de Ahorro y Préstamo, distribuidores de abarrotes, radioemisoras, acciones bancarias, años para levantar a hombres medianos, ignorantes mendigos de empleo que él había ayudado a levantarse, achicándoles los problemas a los gobiernos. Ejemplo, ese cuervo de Astudillo que no merecía pisar las alfombras de su oficina, violador de esfuerzos, violador del despacho desde donde soñó, manejó, puso precios y metió en las estadísticas a sus negocios, sus mujeres y sus planes inteligentes. Pero fuerzas superiores a su voluntad seguramente lo llevaron a su despacho. Desde ya, ha podido advertir una sumergida, oculta y densa atmósfera que cuesta recibir en sus pulmones y en su espíritu. No está Nancy, la

pobrecita Nancy se ha quedado en casa. Por lo demás, siempre el sábado había sido su día libre

—estará empacando

—o no estará empacando.

Una atmósfera pesada, completamente gris. Nancy, en verdad, ha sido su apoyo invisible, más fuerte que cualquier columna de mármol que levantó Durandegui para sostener el edificio. Ha estado revisando los cajones del escritorio de Nancy, acariciando el respaldo de su silla, ha palpado los citófonos y los teléfonos, en busca de un indicio, la pista que despeje esa brutal sensación de soledad y le permita o le dé una idea para descifrar el misterio, la impenetrabilidad de ella, el *desdoblamiento* de quien será su compañera. El no la conocía. Entristecido por lo de ayer, casi no ha podido dormir, la había lastimado sin pretender ser violento. Dolorida, Nancy había tomado la cartera, se marchaba y él la llamó casi con angustia infantil, la voz debilitada por una bandada de nervios que se retiraban llevándose sus fuerzas. Ella se detuvo “dame un beso, Nancy”, y ella dijo “no”, y él insistió “un beso no más”, y ella “un beso y me voy”, y él “no echemos a perder nuestros mejores momentos, no esperemos más, el avión sale pasado mañana a las diez de la noche”, y ella dijo “todavía tengo que pensar si me voy. Por el momento un beso, tengo que hacer mis cosas todavía”, y él se había enfurecido porque al margen de Costa todos podían hacer cosas, ellas podían acostarse con hombres para negociar dólares, ellos meterse enteros en los atentados políticos, podían darse trompadas en el Madison Square Garden; ser unos carajos los empleados de su oficina después del horario, podían matarse los obreros, amarse, celarse, acostarse, levantarse, beber vino en la cama, pero ELLA al margen de él, por ningún motivo. Le había apretado un brazo y la sangre se detuvo furiosamente en las mejillas de Nancy y sus ojos se abrieron como una caja de resortes. En seguida, lo besó. “¿Qué tienes que hacer tú que yo no sepa?” / “Por ejemplo —dijo ella—, ver a mi amigo Ramón, que hizo

todo lo del cambio del cheque, es un deber" / "Yo te llevo en mi automóvil" / "No —dijo ella—, no son barrios para ti, no son sitios para los que piensan sólo en el brillo de sus malditos Soldados en Acción. Es un barrio muy ordinario para un hombre que considera a las mujeres unas perras, aunque la culpa sea de ellas. Déjame ir sola, es un buen amigo." Entonces, él tuvo el bello gesto de abrir el cajón del escritorio, sacar el estuche, apartar los cabellos rubios y poner el collar de perlas de triple vuelta alrededor del cuello de Nancy. Abrochó el cierre, soltó los cabellos, los acarició temblorosamente y la besó: el sacrificio de un amor *con-decorado*. Ella lo deseó, pero simuló rechazarlo y al final se quedó con el collar y después del ¡oh! se marchó alegremente entristecida.

Bueno, él no la conocía y en el escritorio donde faltaba ella ahora extendió sus meditaciones:

NANCY

Veintitrés años, rubia, cuerpo estupendo, super-deseable.

1. —Tiene que hablar por teléfono, es su oficio, clientes, recados, etc.
3. —Está consciente de que su jefe es un hombre casado.
5. —Algún joven deportista, atlético, soltero y millonario con el cual
7. —Cuenta historias raras de amigos.

YO (FLORENCIO)

Caurenta y ocho años, semicalvo, rey con fuerte oposición.

2. —Pienso que los clientes se le tiran de vez en cuando, todos lo hacen alguna vez.
4. —De acuerdo, pero vale más que cualquier patán soltero.
6. —no podré competir no por la Sonia, por mi barriga de cuarenta y ocho años.
8. —Las anoté todas en la memoria:

- A) Ella tenía un novio jovencito, universitario, auto deportivo,
- B) antes de conocerla, cuando me había perdido lo mejor del mundo con ella.
- C) El novio andaba pasando unas vacaciones por España
- D) cuando entró a la oficina y le dije "salgamos" y ella aceptó.
- E) Con él había tenido relaciones, fue su primera vez después que la engatusó con unos discos de Tom Jones y unos tragos cortos.
- F) A la primera supe que no era virgen, que había perdido o ganado muchas batallas, pero ¿cuántos amigos o enemigos habían disparado entre sus piernas?
- G) El volvió, pero ya no era lo mismo,
- H) me quería sólo a mí, como nunca.
- I) Rompe.
- J) Nos unimos, ¿para siempre?

SIN EMBARGO, OTRA VEZ DICE ESTO

- A) Ella estaba de novia con un joven estudiante universitario con auto.
- B) No me daba cuenta que durante seis meses anduviera conmigo y con el otro.
- C) El estudiante dijo "ca-sémonos",
- D) era verdad lo que andaba diciendo Astudillo.
- E) Porque estaba embarazada y no sabía si el estudiante o Costa,
- F) ahí estaban los dos mil quinientos escudos que me pidió para comprarle remedios a la abuela.
- G.1 El se asustó y se fue con otra.
- G.2 Decía que yo amaba a otra: la Pepy.

G.3 El lloró cuando le contó que andaba con un hombre

G.4 a todas luces superior, pero tenía que dejar a la Pepy, de lo contrario el estudiante...

EN MUCHAS OPORTUNIDADES

9. —Llévame a casa, ¿me vas a llevar a casa hoy?

10. —No, reuniones y reuniones, tal vez mañana, si no tengo reunión.

11. —Bueno.

12. —Bueno, casi feliz, se resigna.

CUALQUIER DÍA

13. —Aló, ¿Florencio?, estoy enferma, no iré a trabajar.

14. —¿Cómo pudo estar enferma si llegó tostada por el sol?

15. —No puedo terminar, cierto, no puedo, no siento nada, quizás porque pienso que no me quieres cuando lo estamos haciendo.

16. —Resoplaba y resoplaba, casi sin interés. Yo me esforzaba, hacía lo que podía y ella resoplaba angustiada. ¿Mucha actividad?, ¿o ineffectividad mía?

17. —¿Cómo dices? ¿Qué te imaginas?

18. —Con otro o con otros, di la verdad.

19. —Es un primo, el novio de una amiga, un bailarín: Ramón.

20. —Lleva las fotografías en la billetera, siempre están allí las fotografías. ¿Ramón?

21. —Si quieres las rompo.

22. —Rómpelas.

23. —¿Las rompo?

24. —No, total, no puedo obligarte. Injusto.

25. —Hoy no podremos vernos. Abuela enferma, parece que muere.
26. —La llamo por teléfono. Nadie contesta. Abuela no oír nada. Nancy. ¿Mentir?
27. —Te juro que te quiero.
28. —Cuenta otra vez esa historia del estudiante
29. —Imbécil.
30. —a ver si calzamos algo.
31. —No, gracias, muchas gracias.
32. —Tómalo. No es mucho dinero, necesitarás para tus cosas.
33. —No me llevarás a casa, ¿cierto?, ¿y mañana?
34. —Ya te dije que hoy no, lo sabes muy bien, ¿por qué te pintas si vas directo a casa?
35. —Otra vez me avisas con tiempo que no me llevarás a casa.
36. —Eso no me favorece, sólo a última hora, así no haces programas.
37. —Desde que entró a esta oficina supe que no sería nunca bailarina. Por eso la odio.
38. —Yo soy parte de la oficina, soy la oficina misma.

RECUERDOS DE BROMAS PESADAS

39. —Ya no podremos salir nunca más.
40. —No hables leseras, tontita.
41. —Sí, es verdad. No quise herirte, pero ya no es posible guardar el secreto.
42. —Estás enferma. ¿Cuándo vas a hablar en serio, cuándo dirás la verdad de todo lo que escondes?

- 43.—Me caso en diez días más. No es culpa mía.
- 44.—Ridícula. No te olvides de traer mi invitación por mano.
- 45.—Créeme, es verdad. ¿Qué me ofrecías tú?
- 46.—Mi gran capacidad de amar. Pero es cosa tuya, ¿seguiremos viéndonos?
- 47.—Es demasiado tarde. He pedido préstamos, he comprado cosas, tengo el anillo.
- 48.—Cuando estés casada y no puedas resistir la tentación de verme, todo será difícil si no imposible.

Y A PESAR DE TODO ESTUVIMOS EN CAMA

- 49.—Me voy, quizás no nos veamos más.
- 50.—No te vayas. No renuncies a la oficina.
- 51.—Tengo que irme. Debo estar a las seis y media en las clases de preparación matrimonial.
- 52.—Puedes llegar tarde. Tienes una buena base y te será fácil aprender.
- 53.—Chao, quiero que vayas a mi matrimonio. Bailaré contigo toda la noche.
- 54.—¿Verdad? Me parece increíble. Ahora no más te digo que te adoro desesperadamente.
- 55.—¿Seguirás amándome igual?
- 56.—No. Serás mi amante y antes no lo eras.
- 57.—Quizás no me case.
- 58.—No quiero influir, es demasiado tarde.
- 59.—Quizás no me case nunca.
- 60.—No se casó. ¿Eran bromas? ¿Era verdad?
- 61.—¿Hasta cuándo me huevean todos?

No, imposible conocerla bien. No conviene insistir más, porque al fin, pasado mañana, partirá con él. Claro, ayer había reaccionado mal, pero hoy lo ha llamado por teléfono para decirle que lo quiere, que no se siente bien, que comienza a preparar las maletas mientras piensa cosas decisivas. Preguntó cómo se sentía un día sábado en la oficina. Cosas decisivas: En la abuela, en Chile y en su pequeño grupo de amistades (pequeño, ya que por ti me he apartado de todo el mundo y perdí las esperanzas de ser bailarina), en él mismo, talvez. Le preguntó a ella cómo estaba el amigo del Banco. "Apenas si lo vi, está completamente tranquilo. No hay de qué preocuparse." Claro, su reacción de ayer había sido la de cualquiera que tiene destrozados los nervios por la burla que significaba *perder* en la cama y en el Banco. Porque, total, 590.000 marcos o unos 162.000 dólares no eran mucha cosa. Lo que no podía tolerar de buenas a primeras, lo que un Florencio Costa no puede dejar pasar, es la forma de perder, cómo era posible que la Pepy, emputecida y todo, se acostase con un hombre y lo cornuqueara a su regalado gusto. Luego, las implicancias de último momento si la Nancy o la Pepy *hablaban*. Con los problemas que le podían crear Impuestos Internos, la Inspección del Trabajo y el Banco Central era como mucho quedarse a merced de los rojos. Eso no atemoriza a Astudillo, está atorado con las ambiciones el huevetas. Pero ni la Nancy ni la Pepy hablarían. Hay una prestancia en él, un muro inexpugnable que ellas han podido admirar y por lo mismo no lo violarían ahora, en los momentos de las *cosas decisivas*, como dijo Nancy, riendo al otro lado del teléfono, con una crueldad exquisita que lo sume en la impotencia, con una risa de verdad, donde es imposible creer que se instale una mentira. Nancy es en Chile lo último que le queda y que depende de su voluntad retener. Lo último querido de este país el descueve que se va a la mierda, un trozo del antiguo paraíso que puede llevar consigo. En ese gran ensayo de soledad y vacío iban quedando en evidencia algunas cosas:

- él no podría cargar nunca con la soledad.
—ni con la violencia repugnante, porque no da seguridad de éxito ni al provocador ni al provocado.

La soledad. No le gustaría empezar de nuevo sistemáticamente con otra mujer en un país extraño para que crecieran a *costa* suya. Es tiempo de que él se apropie definitivamente de sus cualidades de hombre de negocios adinerado. No hay cosa más atractiva para una muchacha de veintitrés años que no sea su dinero o el inmenso poder que destila en ese elefante blanco que es el edificio central de todas las empresas que había construido a *costa*, una y mil veces, de sacrificios y noches de insomnio, soñando ansiosamente en el día de la inauguración para taparles el hociquete a los jueces, al cura, a los ingenieros, a los gerentes y subgerentes y al general Zemperz, que andaban pregonando leseras después que Sonia se empelotó en su casa. El poder, su poder, se terminaba *momentáneamente*, pero todavía existía el refrán de que los males no duran nunca cien años. No puede quedarse solo. Si las cosas estaban cambiando por voluntad de la Divina Providencia, debe aceptar el desafío. Tiene que evitar desvincularse bruscamente del poder, y mantener la esperanza de retornar a su maravilloso país. Un fuerte cordón tendría que unirlo a sus intereses: el dinero. Entonces, no puede acabar con Astudillo y por eso lo espera ansiosamente en esa oficina amada, que talvez no volvería a pisar nunca más en su vida. Ni siquiera pensar en romper con Nancy, porque él tiene sobre ella una idea muy clara: abandonada con esa abuela *innecesaria*, Nancy tendría sólo dos caminos, sobre todo cuando él la había preparado para la intensidad constante del acto sexual: o se dedicaba a puta o continuaba siendo la amante incondicional de él. Lo primero es intolerable y lo segundo una necesidad casi vital y posible. Podría llegar a ser hasta la puta de Astudillo. Si los marxistas lograban dominar la situación, ¿dónde podría trabajar una jovencita que había sido la secretaria del *mono-polista*

Florencio Costa? Hay un millón de soledades resueltas y sin resolver. El se preocupaba de lo suyo. Sonia cubriría el resto de sus días con variadas marcas de alcohol. El no podía resolver todas las situaciones.

La atmósfera, pesada, gris, abrumadora. Están las circulares y las últimas solicitudes de empleo sobre su escritorio. Las estanterías se llenarán de polvo. No están ni las figuras de porcelana ni los vasos de cristal ni el televisor ni el picap de Nancy. En los cajones del escritorio tampoco estaban las tres grabadoras que accionaba cuando conversaba con los jefes, para que después no dijese "yo no hablé eso". Todos los archivos habían sido incinerados, de tal manera que los marxistas no hallarían pruebas para condenarlo con facilidad.

A veces, una figura de porcelana podía decirle "Florencio, no estás solo".

La violencia: Chile había sido un país de paz y trabajo. Orgullo occidental de la democracia. Como un símbolo de prosperidad estaban las columnas de ese hermoso edificio, la madera de su escritorio, las lágrimas de la lámpara, el saloncito contiguo donde tenía la cama de reposo, el bar y los aparatos audiovisuales y unos libros detestables que venían a venderle los propios escritores (venían a pedir limosna, porque todos han querido ganar con él).

Eso era Chile, mucho trabajo, mucho esfuerzo, no pocas incomprendiones, pero tranquilidad, paz y comodidades en compensación. De pronto ellos desataban la violencia. Cierto que es casi una violencia verbal, no se había presentado como lo esperaban Astudillo y otros chuchetas que se las daban de profetas y que fomentaban la esperanza de terminar con los marxistas cuando ellos se desbocaran rompiendo la normalidad. Los expertos habían errado y ahora andaban hablando chamullos que nadie les cree. Hasta los gringos se han hecho caca en los pantalones y no quieren participar en ningún plan donde se les vean los dedos metidos en la masa. Los gringos se harán caca, pero eran sabios como él, la violencia para los demás, el

Pentágono ya se había equivocado otras veces y ahora les tocaba a los otros: a las empresas que ellos dominaban en el extranjero y a los amigos de Estados Unidos que nunca faltan en algún país. El jueguito es un jueguito hipócrita pero efectivo. El último imbécil que cree que Allende no subirá es el chuchetas de Astudillo y se olvida que el cabrón puede subir y ahogarse arriba, ahogado desde la *base* de su pedestal de cartón. Se pasa de huevetas Astudillo, está lleno de humo. Por eso tendré que partir a Buenos Aires antes del 19 para no oírle las leseras de explicaciones de lo que sucederá con su plan descabellado. Tampoco desearía estar mezclado en ninguna payasada que lo comprometiera, porque en las cuestiones políticas culpan al que habla y al que escucha. La violencia cautelosa, la violencia con antifaz es lo mejor. No a las trompadas, él no quiere eso. En los DUN había lanzado buenas ideas, casi de salón. Propuso elevar los precios de todos los artículos de necesidad imperiosa. Que no se preocuparan por el ritmo de las ventas, porque no descendería desde ningún punto de vista. El plan consistía en difundir paralelamente en todos los medios de comunicación la pronta y general escasez de artículos en el mercado. Eso era resistir astutamente, sin puñetes ni bombas. Y ahí tenía que empezar el jueguito maravilloso de la mayor demanda que justificaría los buenos precios y la intranquilidad de los imbéciles que soñaban con el paraíso allendista. "Eso para más adelante —había dicho Astudillo con esa seguridad demolidora que tienen los chuchetas que hablan para convencer a chuchetas superlativos—, hay que darles duro al tiro, duro y a la cabeza." Otro dijo "dejemos de trabajar, así amenazamos al corazón del isabelino Salvador Allende Gossens. El huevetas tendrá que pronunciarse con garantías, lo obligamos a darnos seguridad amenazándolo todos los días y hacemos shows continuados de golpes de Estado, con los militares, sobre todo. No lo vamos a botar nosotros, sino que los propios marxistas se van a cabrear". Opiniones. La de él consistía en no colocar bombas, porque si los miristas

se vengaban, al primero que le colocarían una bomba sería a él. Y eso tendrían que reconocerlo los marxistas si se daba la ocasión: él era contrario a esos planes enfermizos que la mayoría había aprobado con la mano en alto: colocar bombas en el aeropuerto de Pudahuel, el Canal 9 de Televisión, en la propia casa de uno de los presentes, en una torre de alta tensión en San Bernardo, contra la Bolsa de Comercio, Bancos, en el Estadio Nacional, en las casas de dirigentes políticos, en la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile, en las iglesias, en fin, estaban locos, locos, porque el plan que ellos llamaban de pacificación había fallado por culpa de los demócratacristianos: no elegir en el Congreso al Allegado, sino que a Jorge Alesaurio y provocar con la renuncia de Alesaurio una segunda vuelta electoral donde irían unidos los freiscolines con los nacionales. Puros políticos de mierda, partidos que se lo llevaban fregando a los hombres de trabajo. Partidos y políticos que crecían a *costa* de él, que hacían sus campañas con su dinero y después se hacían los mañosos, los niñitos rogados para aprobarle leyes sensatas que le permitieran invertir con seguridad en nuevas industrias. No, él no quería ningún tipo de violencia. En Uruguay y en Argentina secuestraban a policías, militares y HOMBRES DE NEGOCIOS, y Astudillo de puro huevetas se embarca en el juego de la violencia. Por eso necesitaba cien mil Soldados en Acción. Los DUN eran otra cosa, pero Astudillo era un chuchetas de mierda. Rechazar la violencia y el odio. A sus años no tenía por qué fregarse él, total a *costa* de él ya habían crecido cientos de miles de chilenos que se lo debían todo.

Que arriesgaran ellos, él había estado demasiados años en los riesgos; pero desde el extranjero mantendría vivo el contacto con el poder y podría ver a Nixon en el ring poblando de heridas mortales el rostro del pituco Allende, como Mohamed Alí con Quarry. ¿Quién dudaba del ganador? Pero no lo metería nadie en la jaula de los leones. Pueden sacarle la plata que quieran, pero lo único que podía desear cuando

todos se volvían contra él, inclusive la putinga de la Pepy y la indescifrable Nancy, lo único que podía hacer para *siempre* o *para mientras tanto* era irse de esa cagada de país.

Astudillo lo estaba esperando en el salón contiguo. Su hermoso e íntimo salón contiguo (¡putas la huevada!).

—¿Así es que perdió el negocio de los dólares, Costa?

—Sí, ya se lo dije ayer por citófono.

—Es decir, yo lo sabía antes que usted, Costa. Pero no se preocupe, lo están ayudando. Se hace lo que uno puede.

No lo iba a sorprender el maricornudo de Astudillo (él mismo le ha comido la color por un par de joyitas que el avarote no quiso comprarle a la mujer para el aniversario del caza-y-miento, querido), no lo iba a impresionar ahora que tenía los dos pasajes en el bolsillo interior de la chaqueta. Ni menos aquel pobre hombre destinado a enfrentarse a Impuestos Internos, al Banco Central, a la Inspección del Trabajo y a los Bancos comerciales cuando tuviera que responder por los impuestos eludidos, por las facturas de importaciones fraudulentas, las imposiciones recortadas, las horas extraordinarias no pagadas y la deuda de 1.500.000 dólares a dos Bancos norteamericanos. Todo eso, cuando *Allende subiera*. Mira displicentemente el saloncito contiguo donde habrá bajo los cojines algún resto de la Nancy o la Pepy o la mujer de Astudillo. La presencia ridículamente amenazadora de un *medio pelo promovido a gente* no le impedía mirar el recinto que le proporcionó una íntima felicidad, un verdadero nido de pasiones desenfrenadas que en medio de su agotador trabajo de cifras le dio, como en aquellos lejanos días de estudiante, un recreo de placer, de esperanzas, celos, angustias, de planes para hundir al que le saliera al paso, sin violencia, sino con astucia y talento, y, además, aquel salón en el que nunca había estado Sonia, tenía precisamente ese exquisito placer: su vida *sinsonia*, aislasoniado de aquella presencia lastimera.

viciosa, que un día (cuando era un hombre de utilidades medianas y en moneda chilena), que un día amó con tanta locura que tuvo que *c-asarse* en plena juventud con ella.

—Usted, Astudillo, es un hombre nacido con vocación para ser colgado de los pendejos.

Aturdillo intentó encandilarlo con una acometida vigorosa de ojos en posición firme.

—Déme los cien mil dólares o esta misma noche lo mandamos de viaje.

—¿No más quiere cien mil dólares?

—No estoy hueveando, esta misma noche es hombre muerto.

Palpó en su bolsillo interior el revólver calibre 22, pero no iba a exponer la filosofía que tenía al respecto. Del revólver trasladó los dedos a los pasajes, los dejó y extrajo la billetera. Luego, la Parker se deslizó rápidamente hasta hacer la línea horizontal debajo de su firma.

—Aquí tiene los cien mil dólares contra el Swiss Bank Corporation de Zurich, a nombre suyo. Firme este recibo, por favor. Y los quince mil para usted.

Aturdillo firmó el recibo y disimuló cuanto pudo que estaba verdaderamente alegre.

—Aquí está el poder —dijo Costa.

—¿Lo da así no más?

—Así no más, porque Allende va de Presidente y todo se derrumbará. Pero si sus sueños se cumplen, Astudillo, he dejado expresamente estipulado en el poder que las utilidades de Costa, Astudillo y Cía. —si las hay— serán totalmente percibidas por los DUN. No quiero que me consideren un traidor. Copia del poder va está en las manos de los DUN, querido Astudillo. Además, si las utilidades no son suficientes, como me temo, o hay otro tipo de problemas, los DUN no utilizarán las escrituras, como es obvio. En ese caso, les enviaré mensualmente una colaboración en moneda dura. Yo no soy hombre muerto, hermano, ¿sabía eso también? Estoy más vivo que usted.

Aturdillo avanzó los tres metros que lo separaban

de él y, cuando acertó toda la distancia, lo abrazó y dijo:

—Usted es un gran vivo, yo soy su discípulo, viejo querido.

Costa tomó su maletín y avanzó hacia la puerta. Astutillo ya estaba sentado en el sillón del escritorio haciendo sonar los resortes. Costa dejó atrás el saloncito contiguo y se tragó un brote multilateral de saliva espesa que resumía en escala pequeña la tremenda injusticia de la vida.

—Algún día, talvez pronto, todo será igual o mejor que antes —dijo Astutillo.

—No —dijo Costa—, no sea huevón. Lo único que vuelve a cada rato son los recuerdos, y no valen nada. Mire al Uruguay, a la Argentina, a cualquier parte, chao, Astudillo, que Allende no suba, aunque eso no cambiaría las cosas a favor nuestro. Digo, fundamentalmente. En cualquier esquina, usted o cualquier ejecutivo caerá bajo las balas de la venganza. Infórmese de la situación internacional, Astudillo, no sea chacotero. Chao.

En la calle había un desfile. Lo eludió. Cerca de la partida, tenía que cuidarse, concentrarse como Mohamed Alí o Quarry antes del match. Concentrarse en casa y partir con Nancy a respirar tranquilidad.

VEINTIDOS

RAMON BARRERA

Del café me voy a la pensión, trato de dormir, pero era necesario ver a Segundo Jiménez. El fresco tenía el pelo rubio, horriblemente grueso y crespo. No sé qué le habrá encontrado la Carmen, que andaba babosa detrás de él y le agujereaba las carnes a Jiménez de puros celos. Una mañana llegó con lentes oscuros a la oficina y con la cara listada a puros arañazos de la Carmen. El mariconazo debió habérselas contestado todas, porque la Carmen también llegó con lentes verdes. Con esa cara de caballo rubio no le tuve ningún temor a Jiménez cuando lanzaba miraditas a Nancy la primera vez que fuimos a tomarnos unos whiskies a su departamento. Pero me preocupaba Jiménez por lo mariconazo que era, siempre que podía empezaba a inflarse de cualidades y eso les gusta a las mujeres, que sus hombres tengan tantas cualidades que den la sensación de que es imposible ponerles los pies encima. El cabrón mantenía entre los dientes el vaso de whisky haciéndose la muñeca seductora y dormilona y entrecerraba los ojos que tenía al frente de los muslitos de Nancy. Pero ahora era como mi hermano, amarraditos los dos.

Me estremecía la idea de andar vagando en busca de trabajo ahora que nadie iba a arriesgar ni un milímetro pensando en inversiones, negocios o indus-

trias y en contratar nuevos empleados. La idea de los pisotones en tu cuerpo, el adiós definitivo a regresar a Lo Miranda. Jiménez se puso nervioso y me dijo que esperara. Me apoyé en una esquina a mirar cómo cuatro viejas y tres hombres sacaban los muebles, la radio y las botellas de whisky por el pasillo. Cuando ayudé a empujar la radio-televisión-grabadora-jai fideliti vi que las cosas las repartían en los departamentos del piso. Donde metimos la radio había un desorden increíble de cosas que yo había admirado en mi visita al departamento de Jiménez. "Métase uno con desgraciados", me dijo al pasar cargando dos maletas / "Hablemos" le digo / "Cállese", me dijo, y cuando el departamento quedó completamente vacío dijo "¿qué noticias trae?", y le digo "planeemos algo bueno" y él dijo "recupere los dólares, hable con los que están metidos en este negocio". Entonces, le tiré la bomba / "No —dije—, de ahora en adelante yo no sé nada de esta cuestión, pruebe lo contrario, pues, Jiménez, eso venía a decirle, que no me mezcle más en algo que no tengo nada, *absolutamente* nada que ver."

Jiménez me mira con rabia, me empuja hacia la ventana y siento que abajo, en la calle Providencia, la vida continúa entre el ruido de los motores, y los dedos de Jiménez hundiéndome el tubo de la garganta y casi no respiro, y el zapato de Jiménez, esos zapatos del cuarenta y tantos, y sus ochenta y cinco kilos sobre mi pie derecho, y por los oídos me entra el aire con las frases de Jiménez "si no haces nada te mato, te mato ahora mismo, mierda", y cargaba ahora sus dos pies sobre los míos y Jiménez perdió el equilibrio sobre la superficie de mis dos zapatos, primero intentó sostenerse, pero cayó hacia atrás sin soltarse de mi cuello y entonces hubo un momento en que no respiraba y el aire me entró de nuevo cuando el otro se dio media vuelta para aplastarme con todas sus ganas y en el mayor silencio posible. "Voy a gritar", dije al sentir sus pies en mis riñones, y me soltó porque estaban golpeando a la puerta. Él dijo "ahora soy capaz

de cualquier idiotez, total las cosas no dan para más en ninguna parte”.

Era Carmen. Me arreglé la corbata mientras se abrazaban tras cerrar la puerta, se abrazaban como esos gallos amigos del difunto que llegan a abrazarte en los primeros instantes del velorio y tú que eres el pariente del gallo encerrado en la caja y te preparas para los primeros abrazos y no te sueltas ni te sueltan de los hombros esos que vienen al *me pesa* y al *era tan bueno* y al *yo lo vi tan contento* y *quién lo iba a creer*. Cuando se soltaron, la Carmen dijo que en la oficina todos estaban dispuestos a colaborar con Jiménez y que él *era tan bueno* y que *lo vieron tan contento* y que *quién lo iba a creer* que lo despidieran así de toda una vida trabajando para el patrón del Banco. Y yo pensé y le dije “¿el despachador del mesón también?”, porque el despachador no le tenía buena voluntad a Jiménez y Jiménez tampoco al despachador. Carmen dijo “todos los que tienen el corazón sano”. Ya estaba anocheciendo ese maldito día de octubre / “Anda a la casa de Palo Blanco y no lo dejas hasta que traigas los dólares”, dijo Jiménez. Carmen parece que entendió al tiro lo de los muebles después de mirar con nostalgia los cuartos vacíos y el lugar marcado por el polvo allí donde había estado la cama. Y Carmen dejó de abrazarlo y besarlo y me disparó con la mirada directo a los ojos y dijo Jiménez “lo cazas allí mismo”, y me invitó al baño. Jiménez sacó del botiquín una caja “si se resiste procede”. Yo no podía manejarme con aquel objeto, pero Jiménez dijo que lo apretara con el cinturón y me abrochó la chaqueta. Después me pasó los anteojos oscuros, esos que se puso cuando la Carmen lo arañó.

Estaba por oscurecer y la cabeza me había dolido desde la mañana cuando estuve en el café, pero ahora la sentía horriblemente pesada entre mis hombros. Al tomar el ascensor me apretaba todo en la garganta. Quería liquidar el mundo y entregarme a Nancy como jamás se me había ocurrido hacerlo antes. Yo no me importaba nada y Lo Miranda venía a ser una pesadi-

lla, malos recuerdos, nada más. No sabía, en verdad, qué haría ahora. Al caminar hacia la población de Marcos Rubilar dudaba si sabría disparar ante la necesidad de hacerlo, si era necesario amenazarlo o matarlo para que me entregara los dólares. Era como si yo no tuviera nada que ver conmigo. Así fue aquella noche. En las calles de la población había niños jugando y echando garabatos al aire. Entonces supe que no sería tan fácil disparar. Las calles eran estrechísimas y tendría que huir después del disparo con los dólares en los bolsillos, si es que tenía tiempo de quitárselos. De lo contrario, habría perdido casi todas las posibilidades. Pensé que tal vez me vería en la obligación de hacerle algo a la vieja de su señora, una vieja con un disco pegado en el cerebro con la que hablé por lo del turno. Luego me di cuenta a unas cinco cuadras de aproximación que la calle de Marcos no tenía salida, lo que dificultaría la huida. Eso en el caso de que Marcos Rubilar fuese un vivo de siete suelas. Le dije a un cabro que fuera al número 3085 y preguntara por él. Todavía no se me ocurría nada claro. Pensé que lo mejor era volverme, que la situación en que me encontraba sudando y temblando como una bestia a punto de morir no era justa porque nunca podría ser apreciada por Nancy, nunca sabría Nancy el tremendo lío en que me encontraba y me perdería para siempre esa ternura que le habría nacido al saber cuánto sufría por una situación provocada por ella. Entonces, cuando el cabro volvió a decirme que Marcos no había llegado todavía, me dieron ganas de llorar y lloré no más detrás de los lentes oscuros (lentes que, en todo caso, me habría gustado tenerlos cuando me presentara en la plaza de Lo Miranda conduciendo mi Mercedes) y caminé de nuevo hasta pararme en la curva donde comenzaba la calle de Rubilar. En la misma proporción con que avanzarían las horas sin que viniera Marcos Rubilar lloraría desconsoladamente. No sé explicar ahora por qué ni para qué ese gastadero de lágrimas que habrían hecho reír a cualquiera de esos que andan siempre con ganas de arrasarte como

sea, frescos de porquería que se hacen rankings mentales y te andan jodiendo para dejarte simplemente en las últimas posiciones. Más avanzada la noche, todo fue un silencio cada vez más profundo y entre mis terribles deseos de dormir empezaron los ruidos cada vez más persistentes, como de personas haciendo trabajos manuales. Temblé al ver a un grupo de unos diez hombres que fumaban sentados en círculo en medio de la calle y a una distancia de unos treinta y cinco metros más atrás de donde me encontraba. Me van a disparar si no disimulo, pensé. Más allá de los hombres, a unas cinco cuadras, comenzaba un extenso sitio eriazo y al fondo una barraca pintarrajeada de propaganda electoral. Retrocedí, pasando lo más lejos que pude de los hombres. Crucé el sitio eriazo y en una bomba bencinera pedí el teléfono. Un gallo calentaba café en un anafe y se preparaba un sandwich. Después que el teléfono sonó sin que nadie levantara el aparato al otro lado, me acordé que Jiménez no podía estar en su departamento. Llamé a Carmen. Ella sabía donde se encontraba Jiménez, que llamara en cinco minutos más. Cuando llamé de nuevo, ella dijo con voz de gerente, con voz de Mena más que con voz de Jiménez, que me quedara toda la noche esperando a Marcos. Por la mañana vendrían los voluntarios del Banco a relevarme. Volví pensando que acaso no tendría ninguna posibilidad de probar si era fácil disparar con aquel revólver, ni siquiera si estaba cargado y que, de todas formas, dispararía tardíamente, cuando la bala contraria estuviera ya partiéndome el corazón.

Cuando volví a internarme en la calle, los hombres que fumaban levantaron sus cabezas en círculo. Comprendí y ahora lo veo más claro. Comprendí que Marcos Rubilar era un buen tipo, que nunca había dejado de ser el tipo que sabía todas las historias del mundo y que me vendía honestamente los posters que ocultaban los hoyos de las paredes de mi cuarto, un tipo que no se merecía estar rodeado así como un cochino delincuente por más de diez tipos que fumaban

con prepotencia en medio de la calle. Era un tipo que decía la verdad, un tipo perseguido. No quiero que me digas tú quiénes eran, qué pretendían. Respetemos el trato. Ni lo sabrás todavía. Pero te he dado los nombres de los nuestros para que hables con ellos, a ver si quieren contar. Los gallos esos no hacían muchos aspavientos para mirar, yo creo que nos vimos de reojo cuando pasé cerca de ellos, yo con la mano en la cacha del revólver, los vi con esa pinta grosera y bien vestida de blusitas abiertas en el pecho con las que te aplastan cuando quieren. No sé qué porquería hacía una caseta de madera destartalada a dos cuadras de la casa de Marcos, pero después de mirar bien y descubrir sólo unos tarros de conservas vacíos y otros con restos de comida y un par de volantines despedazados, me metí adentro. Creo que dormí, creo, pero Jiménez no pasó por allí. De eso estaba seguro.

Siete compañeros de la sección Comercio Exterior vinieron por la mañana, encabezados por Castro, el detective privado del Banco, y me mandaron a dormir con instrucciones de que volviera a las diez de la noche. Yo quise decir que Marcos Rubilar no vendría nunca, que Marcos quería venir a casa a cantar y matar cucarachas, y tal vez trataba de contactarse conmigo, pero no podía porque lo seguían como a una bestia, que yo tenía las pruebas, primero que no había aparecido por el café y luego yo tenía las evidencias en un papel escrito de su puño y letra que pude recibirle cuando pasé junto a él en el Banco, el minúsculo papelito en que me decía ESTOY VIGILADO, TRATARÉ ENTREGAR VERDES HOJAS EN BAÑO CAFÉ. . . MIEDO. . . HARTO. Pero tuve que tragarme todo para evitar que supieran de mi participación. Yo no sabía nada de ningún dólar, ayudaba a mi amigo Jiménez no más. Tuve la última esperanza de ver aparecer a Marcos y que Jiménez se salvaría del despido y de todo. Era evidente que el Banco tenía interés en salvar la situación, y cuando los Bancos mandan en los intereses siempre ganan. Me despedí y regresé a la pensión. Todos me miraron con simpatía, yo era exactamente

igual a ellos. No vi al grupo que había estado fumando toda la noche y pensé seriamente que había dormido y soñado. Todo lo del día anterior, el café, la rueda, la ausencia de Nancy.

Tú no sabes el mundo que tiene de repente un tipo que no desea ninguna cosa de las que se le ocurrían antes o las cosas que se les ocurren a los demás tipos a cada rato. Cuando deja de tener los deseos que le se vienen encima a cualquiera y lo único que se le ocurre pedir es terminar con el problemita de cazar a Marcos o cerrar los ojos para siempre (cerrar los ojos como si fueran bolones de goma para borrar cosas pasadas) y luego abrirlos cuando todo lo malo ha sucedido para seguir viviendo hasta el final. Hoy también quisiera cerrar los ojos, en estos instantes, como aquella vez en la pensión después de no haber podido dormir en todo el día.

(—y encontrar a Nancy en el instante de bailar después del matrimonio del Roma con ese conjunto desahuevonado a fuerza de soplar, golpear instrumentos o vestirse de cuero negro

—en el instante del resoplido final, desinflamatorio, del deseo de poseerla que se derrumbaba ante el hecho de terminar siendo *tuyo* y *mía*, aunque no fuera nada más que durante el hecho), pero abro los ojos y es verdad todo, la había visto y había dicho “nos veremos más seguido” sin ninguna sonrisa en sus labios. Todo es verdad, comienza la noche de nuevo, tengo que ir a mi segundo turno y creo que todo es inútil, porque Marcos Rubilar no podrá moverse con unos 162.000 dólares en los bolsillos sabiendo que lo persiguen y, sin embargo, estoy de nuevo aquí como un héroe ante Mena y lo único que me cubre entero es el miedo de sospechar que hoy en la noche puede producirse el primer disparo de ese grupo de hombres que ahora circulan, que fuman como ayer en la noche y nos obligan a cambiar constantemente de posición sin perder

de vista la zona de la casa de Marcos, un primer disparo que seguro lo iba a sentir la tía-vieja-Remigio o el padre-muerto-hace-años, ingrato de mierda, y siento que tengo dos baldes de arena en los ojos, por que no pude dormir, dos tarros de arena con espinas en el corazón por no haber podido ser feliz como hubiese querido serlo con Nancy esta tarde y eso, enténdelo bien, y eso que ni siquiera sospechaba la brutalidad con que el futuro me contestaría esto ("No está —dijo la abuela Clementina—, anda loca haciendo maletas, anda llorando, sale y entra, vaya a entender una a la juventud. Si quiere la viene a ver, anda llorando mucho"). Y, sin embargo, quería decirle que la pesadilla había pasado.

Somos diez en total. No sabría decir cuántos eran ellos. "Lo concreto es que hay que agarrarlo", dijo Castro, pero no dio instrucciones de cómo había que hacerlo. Jiménez me quitó el arma. Gracias, Jiménez, esa mano voraz que me arrancó el arma merece, hoy día, para la tranquilidad de mi conciencia, estas palabras: muchas gracias, Jiménez. A la una de la madrugada comenzaron los disparos. Dos horas antes se había desatado la discusión. El hombre gritó a todo pulmón que se hiciera el silencio. Pero un poco más allá del hombre la radio sonaba a todo ful con ritmo de tango, y el tango se oía entre los golpes del martillo y el serrucho. El hombre volvió a gritar groseramente y después el locutor recomendó a un fulano que conocía todos los secretos de tu automóvil. El hombre gritaba que no podía dormir y amenazó con sacarle la cresta al que manejaba la radio, el serrucho y el martillo. Pero, además, sabía manejar la trompeta. En medio de la excitación y los gritos, el otro sacó la trompeta por la ventana y empezó a soplarla furiosamente. El sonido se atascaba de vez en cuando, pero después reventaba en los oídos de casi tres cuadras de hombres que maldecían. El hombre salió en calzoncillos, disparó cuatro veces hasta que, finalmente, pudo terminar con las fuerzas del trompetista. Llantos, mujeres, carreras a esconderse, carabineros, una ambulancia y

después el silencio de nuevo, por lo menos en la calle. Volvimos desde el sitio eriazo, todos juntos pero sin mezclarnos con los otros. Alguien dijo "¡marxistas!" / "Ni pensarlo", dijo Castro, casi amistosamente, pero ya los tenía a todos encima / "Los cachamos —dijo uno de ellos—, fuera de aquí" / "Na que ver", dijo uno de los del Banco, y se armó la ruma de gallos / "Córranse", dijo uno de ellos. Entonces, entre las piernas de un fulano macizo y grandote, lo vi a él. Más bien diría lo adiviné.

¡LO ESTABA VIENDO A ÉL!

Todo por culpa de Nancy. Parece que los diez compañeros querían quedar bien con Mena y la dirección del Banco. Resultaba muy curioso. Era como un recreo o un carnaval la cosa esa. Todos querían jugar a matones, llegar irresponsablemente a los hechos. Y ahora, los otros los tenían casi des-hechos. Vestíamos ropas sport y Jiménez se veía ojerosamente impecable en una polera de hilo café con cuello largo, de esas poleras que me gustaban a mí. Curioso. En el Banco hablaban de que no valía la pena trabajar en Chile, que todo se iría a la misma mierda, y, sin embargo, había ahora un empeño casi frenético por agarrar a Marcos Rubilar, a quien estaba viendo en la distancia perderse como una sombra de árboles barrida por el viento. Lorenz, que era el más voliente, se acercó a mí (yo no tenía ganas de pelear, sino seguir en la distancia la sombra de él a ver si la podía recuperar), "hoy por ti, mañana por... —dijo Lorenz, limpiándose la sangre de la nariz—, cualquier día cometemos el error nosotros y nos echan del Banco, por eso hay que ayudar a este jetón de Jiménez. —Miró a un lado y agregó—: ¿quiénes serán estos huevones?"

Como a una cuadra de la barraca, la sombra reapareció. "Ahí, ¡ahí!", dije yo, y la montonera de puñetes y heridas profundas, de cadenas y puntapiés se dividió en dos grupos / "¡Viva Chile libre!", dijo un imbécil de los de ellos. No venía al caso una huevada así. ¿Cómo había logrado escapar desde ayer Marcos Rubilar? Sólo él lo sabía. Después lo hemos comen-

tado en voz baja, calladitos, pensábamos que lo habían empujado a su propio terreno, eso querían ellos, al sitio eriazo cerca de la barraca. Ahora yo no quiero saber nada, de dónde venían ellos, con qué propósitos, cuántos, si son culpables. Claro, él dijo que tenía un revólver. Cualquiera dice que tiene un revólver y nadie se asusta. Yo no quería meterme más adentro del lío. Cualquiera día te pegan un tiro y se acaban esas dos posibilidades que tenía y que, te juro, te hacen vivir, te hacen pensar: esa posibilidad que dependía de mí: volver a Lo Miranda, y esa otra que dependía de ella, posibilidad remota, pero no imposible, porque si alguien te ama no esperarás que se vaya de ti así no más, que te deje metido en el problema como una canalla miserable, pero posibilidad en medio de todas las canalladas; posibilidad que se rompería en tu corazón solamente si un tiro de revólver te entraba bien en el cuerpo.

Los ojos de Jiménez brillaron de excitación cuando se puso los guantes. ¡Marcos avanzaba lentamente acercándose a la barraca! “¿Y si no trae los dólares?”, me dijo abrumado por una sensación de sospecha, de no creer que todo pudiera ser tan hermoso y fácil, y, sin embargo, Jiménez se vería unos días después en una coronación triunfal, de regreso a su trono de Subgerente de Comercio Exterior, escuchando al Gerente General en una reunión solemne decir la palabra gracias repetidamente, la palabra que lo constituía en un héroe coronado, por el *magnus*, como dijo el mismo Jiménez.

El llegó a la barraca, y cuando Jiménez lo alcanzó y los otros corrían por otro costado, los dos grupos avanzando entre los matorrales que circundaban el sitio eriazo, se oyó el ruido como de un motor de citroneta y un segundo después un disparo. Uno solo. Y una citroneta frenaba allá en la carretera.

“yo sentí el tiro allá en la barraca y lo vi huir a usted”.

VEINTITRES

RAMON BARRERA

¿Ves tú lo que ha pasado en casi dos años? Es una sorpresa verte de nuevo, hacer casi realidad los recuerdos. Es que no puedo dejar de hablar de ella. Casi el mundo entero ha pasado desde octubre de 1970. Nada es lo mismo que antes, nada. El Banco es ahora del gobierno y todos los días te despiertas con una novedad que no te deja vivir tranquilo, que no te deja, como antes, planear nada para mañana. Yo no me meto en nada, estoy a la orilla de todo, porque nunca me han metido en nada, salvo en esa cuestión de que hablamos, de esos malditos dólares. Tú escuchas, preguntas cómo estoy y no dices nada más que pueda interesarme y sin embargo sabes las cosas. Yo no te preguntaré nada, porque si tú te andas metiendo sin que te llamen, sin que te deseen, te ponen encima la pata, como la Nancy. Yo te dije hace casi dos años que deshicimos toda la operación y que después, absolutamente libre de mugre en la conciencia, intenté ver a Nancy, como lo propuso la abuela cuando la llamé por teléfono. Fue una sensación que

no podrás entender. Bajó las escaleras con una bata floreada trasparente, el pelo suelto hacia atrás, con esa sonrisa tremenda que nunca se me ocurrió retratar siquiera para tener los hoyos de esta pensión cubiertos con puras sonrisas. Esa sonrisa no ha vuelto a repetirse. Bajó las escaleras sonriendo y luego la apagó con la rapidez de una ampolleta demolida por un proyectil. Los ojos eran brillantes al decir "¡hola!"

NANCY

Le repetí una y otra vez a la abuela el nombre del Banco donde guardaba el depósito de ahorro, le dije que la casa era suya, y la pensión. Que yo viajaría por un tiempo indeterminado y que no se preocupara por mí. Después apunté en un papel todas las recomendaciones. Entonces sonó el timbre. Moví el tirador para que el personaje entrara y después bajé. Allí estaba él, demacrado, horriblemente ansioso. Incluso me pareció feo. Nada estaba resuelto en definitiva, pero lo más probable era que en un momento más me atrevería a decirle adiós.

RAMON BARRERA

Dije "¿cambiaste los muebles?", y ella dijo "sí, el otro no ha cambiado nada, ¿verdad?, ¿los dólares se perdieron no más?" y yo le dije que nunca había que perder las esperanzas, que Jiménez había recuperado los dólares y que el cheque quedaría allí en el Banco irremediablemente perdido. ¿Quién se atrevería a rescatar ese cheque? Le dije que toda la pesadilla de los dólares no me importaba nada ahora, que me sentía realmente feliz, ni siquiera me acordaba de Palo Blanco, que se había disparado un tiro en los muros de la barraca. Le dije que me habían dado licencia en el Banco, que el Banco premiaba mi heroísmo, ja-

ja-ja; que todavía estaba lleno de miedo y necesitaba estar al lado de ella como nunca.

NANCY

Yo pensé, cuando pareció sorprenderse del nuevo orden de los muebles, que durante la noche, mientras no pude dormir, como él tampoco pudo dormir, habían cambiado casi fundamentalmente las cosas. ¿El destino de la misma abuela, de Ramón, de Florencio, de la Pepy?, cosas que me precipitaban a la decisión. Yo se lo iba a decir, pero él me sorprendió con palabras llenas de esperanza y necesidad. Eso me mató, mejor, eso nos mató. Yo misma esperaba, deseaba la provocación de última hora que me hiciera ver lo mejor. Pero la provocación no venía, más bien todo se parecía a mendigar caridad en sus ojos, en los movimientos de sus manos sobre mis brazos, palpando la tela de la bata. ¡Qué ágil!, pensé con cierta crueldad.

RAMON BARRERA

Todavía me quedaban cigarrillos en la chaqueta y pensé hacer como en las películas, que uno se enrosca los nervios en el humo y se gana un poco de seguridad. Un cigarrillo retorcido que al acercar el fósforo casi incendió mi nariz y la nula costumbre de fumar me hizo sentir la aspereza del tabaco, una mugre de Quiltrón 100, y pensé, así como para distraer los nervios, que uno se llenaba de alquitrán los pulmones con esos Quiltrón 100 kinsaiz, así como me había llenado todos los depósitos de nancymientos, sin suponerlo pero con quererlo, sin creerlo pero con engañarme y, lo que es peor, el cáncer avanzaba en el interior de lo que soy yo, dejando en evidencia que la tenía allí, que sufría por ella y no la merecía, que era el duplicado del Roma, venir de Lo Miranda a tenerla cerca de mí en el sofá de su casa, sin merecerla ... talvez... soñando.

Pero no quería herirlo, no deseaba causarle daño por ningún motivo y hasta creo que sentí que lo amaba, que era duro todo aquello y que yo hice lo posible por evitarlo. Pero él se presentaba allí sorpresivamente, cuando ya estaban las maletas hechas. La imagen que no me había dejado dormir en toda la noche estaba concretamente sentada en el sofá, sin embargo, no tenía aquella seguridad con que lo había visto en el insomnio, ni siquiera la ridícula seguridad de Florencio, sino que era una sombra suplicante a punto de llorar, donde a nadie le dan ganas de apoyarse.

RAMON BARRERA

“Ahora quizás tengamos que esperar mucho para casarnos, ahora que te siento mía y te necesito, ahora que estoy libre de esa porquería de dólares —dije intencionadamente y agregué—: libre y, sin embargo, vuelvo a sentirme infeliz, esperaba valorizarme con los dólares, por el bien tuyo y el mío”, y ella dijo, fíjate bien en lo que ella dijo, por favor, “te quiero, tú sabes que te quiero, pero estoy en un mal período, te quiero, recuérdalo siempre”, y me abrazó y me besó unas diez veces. “Amor —agregó—, probemos si somos indispensables unidos tú y yo, dejemos de vernos algún tiempo.” Eso me traspasó, pero no es nada haber oído eso hace casi dos años, porque entonces la tenía como una posibilidad en discusión, envuelta en una bata floreada transparente, rodeada por mis brazos, acariciándola incansablemente, como yo estaba acostumbrado a acariciarla, de un seno a un muslo, de una mejilla al... que en verdad debí haberle reventado con alfileres hasta hacerle saltar no la sangre que brotaba con cariño de las espinillas de la tía Remigia, sino la sangre que bombcaba, al lado mío, bajo mis propios besos, toda su inmundada hipocresía.

NANCY

No podía negarle nada, y si él tenía deseos, ahí estaba yo, sin ganas, sin capacidad para responder a sus deseos y darle mi parte de placer, pero con la esperanza de... , ¡qué ágil!, ¿no? ... , con la esperanza de volar a la primera arremetida de su sexo y evitar la decisión de tomar las maletas que me llevarían con Florencio a un mundo, por fin, a *mi mundo*, lejos de la abuela, lejos de esa lámpara sucia, manchada, con el horrible y desteñido paisaje de caza, lejos del gato de la vieja, lejos de comunistas y demócratas, lejos de todo, pero no tan lejos quería yo, no tan lejos como para no ver a Ramón nunca más, por lo menos cuando Florencio iba a las reuniones y esas tardes eran de él y mías, no tan lejos, aunque tuviera a Florencio todo el día para mí, pienso... , perdón... , pienso que no tan lejos para dejar una mitad o más que la mitad en Chile e irme con la otra mitad a Buenos Aires/Miami.

RAMON BARRERA

Y ahora no tengo esa probabilidad. Never livmi, yamé. Créeles tú, apenas lo que dura mientras te lo dicen y te ilusionas tratando de creer. Le dije "¿y el collar tan lindo que tenías?"

NANCY

Me traspasó con su idiotez. La vez anterior no me había dicho nada y ahora me preguntaba por el collar. "Lo vendí —le dije—, lo vendí el collar", y él dijo "¿cómo compras un collar para venderlo?" y le dije "sí, lo vendí, tuve que venderlo" y no mentía, porque pensé que no podía dejar a la abuela con su poca plata y vendí todas las joyas que me había regalado Florencio.

Entonces pensé que Nancy necesitaba dinero yo era el último gallo que podría hablar de matrimonio con alguien que necesita dinero. Pensé que tal vez ella también ganaría algo con los dólares y tuve pena, una pena que se me cayó al suelo de pura rabia cuando salí de la empresa y me atajaron los obreros en la puerta y hasta se burlaban porque la había ido a buscar a ella y la abuela tampoco sabía nada, le había dejado un sobre con dinero. Antes contrató una mujer para que la acompañara y le sirviera la comida, y la mujer lo contaba todo y dijo que Nancy la había hablado para que se fuera a trabajar a la casa de la abuela, asegurando que por muy poco tiempo, puesto que la vieja se iba a morir. Pero de todas maneras creo que ante una posibilidad verdadera yo me habría casado con ella, aunque la hubiese sabido tan canalla como es, así como no le habría ortigado el culo ni le habría roto las carnes, porque casi siempre te frenaba con su risa y te deshacía entero. Pero esa vez no reía.

NANCY

No tan lejos y, sin embargo, quería que todo terminara luego, que siguiera manoseando y terminara luego y puse mi mano en su miembro para apurarlo y después probar si podía cerrar las maletas y partir al día siguiente, cerrar las maletas, cerrar todas las chifladuras que parece que sólo en Chile se sienten con comunistas o sin comunistas, cerrar definitivamente aquel sueño que tuve de ser bailarina y abrir esta realidad, la de ser la *amiga* de Florencio instalada aquí en este lujoso hotel de Buenos Aires con un hombre enfermo de nervios. (Yo no le di importancia a nuestro mutuo silencio de casi dos años, o a la violencia de nuestras palabras cuando cruzábamos las miradas, ni a los golpes que me dio la primera vez, la primera

vez que Florencio me golpeó en la cabeza y en la espalda porque yo estaba con la enfermedad y no podía hacerlo desnuda como él quería, tú sabes lo asqueroso que es eso, pero él deseaba precisamente esa noche de intenso calor en Buenos Aires, mirando desde la ventana la estación del metro, de un calor inmenso que lo hacía desear, pero ambos desnudos, decía él, porque afuera llovía grueso y violento como nunca habíamos visto llover en Chile y él quería que así, lloviendo afuera y calor adentro, y que no importaba lo enferma que estuviera, así con ese calor abrasando la pieza y el aire acondicionado malo y le dije "degenerado" y él me golpeó. No le di importancia, ni siquiera la segunda vez, meses más tarde, irritado porque Astudillo no contestaba sus cartas y su nombre salía en los diarios de Chile en las fotografías de los traidores, los explotadores y usureros, y hablaban de guerra civil en Chile y seguro pensaba en la borracha Sonia y en sus hijitos. No le di importancia, sino a la quinta o sexta vez, cuando no se decidía a partir desde aquí a Miami, qué es lo que pasaría con Perón y Cámpora, y un día caminábamos por Santa Fe tan lejos el uno del otro, que no tuve más remedio que reencontrarme con él, con sus borrosos proyectos de Lo Miranda, con la ansiedad suplicante de nuestra última vez en Chile, caminando con alguien que es capaz de hacer cualquier cosa por ti, yo digo cualquier cosa ohiquita no más, sin Soldados en Acción de por medio, ni cadenas de lavasecos ni Asociaciones de Comerciantes e Industriales y nada de aquello de ser bailarina, con alguien que te da su mundo entero, su mundo de porquerías sin importancia si las miras con la lupa de los Florencios, caminando por Santa Fe con él, y éramos felices de caminar sin comprar nada de las cosas que se ven aquí en Buenos Aires, todas esas cosas que les hacen falta a los chilenos, que se mueren de hambre ahora.) Sí, Ramón se dejaba amar tristemente, livadamente.

Y abierta la bata trasparente, olfateé allí y la besé allí y al cabo de mucho rato, como nunca, soltó su lubricación y sentí en sus cabellos el perfume de jazmín, las carnes apretadas de los muslos y la quietud la respiración de su chicle de menta y dijo "silencio que la abuela está arriba" y volví a besarla amorosamente, tiernamente, y quise ver de nuevo la sonrisa de cuando bajaba las escaleras, despejé de cabellos su rostro, aquel hermoso rostro donde no existía ya ninguna sonrisa en los labios inundados por las lágrimas.

Creí en sus lágrimas. ¡Oh Nancy!, querida, creo, creo, me digo "no, nunca te hallaré de nuevo, querida posibilidad, entre la multitud de Santiago, para mostrarte, ágil canalla, mi pueblo de Lo Miranda, y sepas, por fin, dónde empezaron a ponerme los pies encima". ()

Pero todas las personas que me ayudaron a escribir esta novela tienen que recibir mi mayor reconocimiento. En señal de gratitud, y de acuerdo con la honestidad que me solicitaron, he sido todo lo rigurosamente exacto que se puede con su relato. Me atrevo a señalar algunos nombres de personas que fueron libremente dueñas de las cuartillas, característica de un trabajo cordial y de equipo. En primer término, a

— *Ramón Barrera*, porque, vencida la sorpresa que nos unió en el mesón del Banco zu y su natural desconfianza, relataría más tarde con sinceridad y sufrimiento lo que ustedes leyeron.

— *Segundo Jiménez*. Me recibió siempre con un whisky exquisito e incluso me facilitó una grabadora Hi-fi, Stereo, portátil, para hacer los reportajes.

— *Pepy*, a quien no conocí, pero la visitaré en la clínica... donde hay esperanzas de recuperarla. No cometeré imprudencias, se lo aseguro.

— El año pasado falleció la señora *Mercedes de Rubilar*. Sus hijos viven relativamente felices en casa de una tía. Un recuerdo para ella. Con los hijos nos vemos seguido.

— *Florencio Costa*. Preparaba las maletas en Buenos Aires para irse a Miami, donde le han ofrecido la dirección de una importante empresa de cosméticos.

— *Nancy*, con quien conversé nuevamente hace muy poco en Buenos Aires mientras preparaba nostálgicamente sus maletas para regresar a Chile. (*Ramón Barrera*: ¿al aparecer este libro ya estuviste con ella?)

— Los *ejecutivos del Banco zu*, que gentilmente me mostraron el ex Salón de la Presidencia, el ex Salón de la Secretaría de la Presidencia y el ex Salón de Reposo de la Presidencia.

— y a los trabajadores que han participado en la impresión de este libro.

Santiago, Chile, abril de 1973

COLECCION CORDILLERA



NARRATIVA